



A
pesar
de los
pesares

Cuaderno
de
la vejez

Aurelio Arteta

Ariel

Índice

Portada

Dedicatoria

¿Da usted su permiso?

Para morir un poco menos

1. Tiempo

2. Muerte

3. Escapatorias

4. Rebelión

5. Mayores y menores

6. Vejez

7. Viejos

8. Achaques

9. Prejuicios

10. Antídotos

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

A Beba,
por tantas cosas...

¿Da usted su permiso?

Puedo asegurarte, lector, que no he hecho nada para llegar hasta aquí. Me empujaron los años. A lo sumo me he dejado llevar, o mejor arrastrar, y digamos que he consentido. Así, uno a uno, me encuentro hoy al borde mismo de los setenta años. Conforme iba cayendo otro más, ya me daba cuenta del destino al que me encaminaba, pero ¿qué podía hacer para frenar esta marcha imparable o desviarla? Lo único que se me ocurrió fue ponerme a pensar las novedades que iba detectando en esta nueva etapa de mi vida y consignarlas por escrito.

Lo cierto es que un buen día a mediados del año 2006, sin plan más preciso en la cabeza, empecé a recoger de cuando en cuando los pensamientos sueltos que me suscitaba esta vejez que ya está aquí conmigo. Han ido saliendo al hilo de mis cosas y mis días, eso es todo. Sólo después, al seleccionar y corregir esas meditaciones, he comprobado la verdad contenida en la sentencia de Canetti: «Todo lo que *anotamos* tiene un ápice de esperanza, por mucho que proceda de la desesperación». Y si una y otra acompañan siempre a cualquier coyuntura de la vida humana, parece que es en la vejez donde esperanza y desesperación juegan su última partida. Me adelanto a confesar con amargura que al final ganará la desesperación, pero procuremos que venga al menos como una desesperación serena (si vale decirlo así) en lugar de otra más rabiosa.

Sea como fuere, una vejez pensada tiene que ser por fuerza distinta de

una vejez simplemente vivida. O, si se prefiere, el viejo autoconsciente deberá mejorar al viejo que ha reflexionado menos acerca de su propia condición. Y, por si acaso, esa reflexión deberá hacerse *a tiempo*, quiero decir, cuando todavía gocemos de suficiente lucidez. Aunque hoy se llegue a viejo más tarde que en todas las épocas pasadas, a fuerza de retrasar el ritmo de nuestro declive, no es menos cierto que, cuando por fin llega, se vuelve no sólo más larga sino más penosa. Ya sabemos que la ciencia y tantos otros avances en nuestras sociedades han añadido años a la vida de la gente, pero sólo de nosotros depende añadir vida a nuestros años. Entendida en su uso ordinario, la simple esperanza de vida no es lo que más debemos querer; debemos preferir una esperanza de más y mejor vida.

Parece obligado que la meditación más cabal sobre la vejez sólo deba emprenderla un viejo. ¿Acaso podríamos fiarnos de un joven o de alguien nada más que maduro para esa tarea? Si se plasma por escrito, deberá escribirse en primera persona y adoptará casi sin pretenderlo un tono autobiográfico. Y la razón no es otra sino que entonces toca enfrentarse al último tramo de nuestra existencia finita, o sea, al definitivo. Es el momento *justo*, en el que ya no caben trampas ni apaños. Es el momento de la rendición de cuentas ante uno mismo, de la reconciliación con los demás, de confesarnos sin rebozo si nuestra vida ha valido la pena. Será nuestro auténtico examen de fin de carrera, ese juicio final de puertas adentro, del que seremos a un tiempo el juez y a quien se juzga, y donde el aprobado nos aportaría la máxima satisfacción a la que entonces cabe aspirar.

Así se entiende mejor aquel dicho clásico griego, que Aristóteles repite en su *Ética a Nicómaco*, según el cual de nadie puede decirse que ha sido feliz hasta que muere. El dicho no sólo nos previene de que semejante veredicto sobre alguien exige escudriñar su vida entera sin saltarse ninguna de sus etapas ni rincones. Sin pensarlo demasiado, casi todos nos inclinamos a identificar infancia y juventud como nuestras edades más dichosas. Pero aquella sentencia parece más bien advertirnos de que la vejez representa en la vida humana el período de la prueba decisiva, la etapa en que se concentran

los mayores obstáculos para alcanzar esa felicidad. Es decir, como ese tramo de nuestro itinerario vital en que más motivos tendríamos para sufrir y desesperar. La vejez puede ocultar las sorpresas más dramáticas, ciertamente, siquiera por ser las últimas; en ella todo muestra ya el sello de lo irreversible. Se diría, pues, que el filósofo no pretende tanto disuadirnos de juzgar por adelantado el grado de felicidad de nadie, sino más bien prepararnos para el combate postrero de la vejez... ¿Pero no cabe también que esta vejez, si bien puede malograr toda una vida hasta entonces más o menos venturosa, pueda asimismo poner el broche que la redima de sus peores momentos anteriores? ¿Que sea para su sujeto la ocasión del perdón o del ser perdonado, del reconocimiento que se le había resistido, de revelar por fin unas cualidades o ejercer unas virtudes que antes quedaron inéditas...?

No soy el primero ni seré el último entregado a semejante tarea, bien lo sé. Tantos pensadores me han precedido en ello y de tal estatura que debería avergonzarme de emprender yo también este proyecto. Pero ni ellos lo han dicho todo, aunque eso suyo lo dijeran mejor que nadie, y lo poco que otros podamos quizá añadir será por habernos encaramado sobre sus hombros. Eso sí, dejo constancia de que, con pocas excepciones, no he buscado apoyarme en autores consagrados, sino sólo en algunos que me salieron al paso en mis lecturas de los últimos años o en algún pasaje clásico que hubiera dejado su huella en mi memoria. Salta a la vista que estas páginas no buscan parecerse en nada a un trabajo académico.

¿Diario o dietario, entonces? Supongo que fue más lo primero a lo largo de su prolongada composición, que se limitaba a encabezar cada entrada con su fecha y a desgranar enseguida sin orden ni concierto las cavilaciones que el día a día me iba sugiriendo. Sólo cuando decidí probar a publicarlo fue adoptando ese texto la figura de un dietario. Imaginé que al lector poco iba a importarle su orden cronológico exacto y sí, en cambio, una reordenación más temática que de paso evitaba molestas repeticiones. Así el texto no perdía su frescura originaria, pues cada pensamiento seguía vinculado a la

ocasión particular que lo suscitó, mientras sin duda ganaba en la afinidad y concierto de que carecía. Si antes esas páginas ofrecían un espectáculo de miembros sueltos y dislocados, espero que su agrupamiento final muestre ya algo más parecido a un cuerpo.

Confío también en que el índice de los capítulos resulte por sí mismo lo bastante expresivo como para no requerir más justificación. Eso sí, me preocupa si habré sido lo bastante justo en el retrato del anciano o he cargado sobre él tintas más sombrías que las debidas. Me he fiado de mis propias observaciones, de las impresiones básicas que me han dejado los abuelos que he tratado y, por supuesto, esa persona mayor a la que conozco más de cerca que soy yo mismo. Pero quizá no he ajustado bien el punto de mira y sentiría haber herido con mis juicios a cualquiera de ellos, que bastantes heridas llevamos ya los mayores como para que nos inflijan otras más. Cosa distinta es que el tema escogido, trágico por su misma naturaleza, no admita demasiadas complacencias a menos que uno esté dispuesto a traicionarse y a engañar al lector. Y así comprenderán por qué, antes de ofrecerles las reflexiones que ahora vienen, debía solicitar su indulgencia por si molesto...

* * *

Como en aventuras editoriales pasadas, también en ésta me han sido de gran ayuda varios amigos a los que escogí como primeros lectores y a un tiempo rigurosos fiscales de estas páginas. Les encargué la función de sugerir, según su criterio, cuantas enmiendas y correcciones contribuyeran a mejorarlas. La más temprana lectora fue mi mujer. Después lo han sido Belén Altuna, Tomás Valladolid, José Luis Rodríguez Sández, Ricardo Pita y Pedro Manterola. Todos ellos ya saben lo mucho que les debo.

Cizur Menor, 27 de febrero del 2015

Para morir un poco menos

AHORA EMPIEZO

Me pregunto si lo recogido en este cuaderno que hoy empiezo, a mis 60 años, cerca de los 61, y tras la conversación que he mantenido con M. en Igueldo como su disparadero, puede ser ahora mismo representativo de mi vejez; o si sólo lo será cuando empiece a notar sus señales más terribles y paralizadoras. Lo más probable es que por ahora sólo me encuentre camino de ella. Pero creo que no hace falta esperar los síntomas peores, cuando sobreabundan tanto los demás.

¿Y por qué y para qué escribir esto? Pretendo que sea un ejercicio de reflexión que tendría un primer objetivo: transmutar lo vivido en esa vejez que se avecina en materia para el pensamiento. Será también, si se prefiere, un mecanismo de defensa, porque se trataría de un intento de superación, gracias al mismo pensar, de la angustia previsible que con el tiempo me irá acometiendo. Me pregunto asimismo si debe ser sólo un cuaderno *de* (en el sentido de *sobre* o *acerca de*) la vejez o también *desde* la vejez (o sea, con la perspectiva peculiar que ella adopta). O si no sería mejor titularlo «del *envejecer*», entiéndase, a propósito de y en el proceso mismo de hacerse viejo... Pero me parece que ya estoy poniendo el carro delante de los bueyes (14/06/2006).

DE LA CONJETURA A LA CONFIRMACIÓN

Hay algo que debo tener claro desde ahora mismo. Y es que en este momento, en el preámbulo de la vejez, los sentimientos, decepciones, perplejidades y desesperanzas del anciano sólo me aparecen todavía como barruntos, conjeturas, meras hipótesis apenas experimentadas. Será más tarde cuando las confirme. Porque no se me ocurre que vaya a refutarlas, sino, al contrario, a verificarlas con mayor claridad y amplitud que cuanto había imaginado.

PENSAMIENTOS TRISTES

Quiero suponer que entregarme de vez en cuando a este ejercicio no habrá sido en vano, aunque sepa de antemano que el resultado será un saber amargo. Será un saber de que el mundo y el ser humano son así, precisamente como me resisto a aceptar que sean, contrariando en aspectos básicos mis expectativas más primordiales. Por mucho que protestemos lo contrario, con frecuencia nos forjamos nuevas ilusiones en cuanto la realidad nos suprime esperanzas o pone sus objetos entre signos de interrogación.

Lo malo de los pensamientos tristes no es que afloren, porque eso es inevitable y por fortuna suele ser algo pasajero. Lo malo es cuando se repiten, se acumulan y se quedan ya con nosotros. Y, desde luego, tienden a permanecer cuando dejas constancia escrita de ellos. Entonces ya no puedes olvidarlos o disimular su contenido: ahí están, negro sobre blanco. Pero surge además la pregunta de a qué y para quién están destinados estos pensamientos: ¿a quién podrían servir?, ¿quién los va a apreciar? En realidad, su primer destinatario es uno mismo. ¿Y qué quieres decirte con ellos? Te dices: éste soy yo mientras puedo pensarlo, antes de mi nada lejana devaluación.

NUESTRO TRABAJO

«El trabajo del hombre es explicar al hombre» (P. Gauguin, en carta de

1903). A mí me gustaría también mejorarlo.

CUESTIONES OPORTUNAS

Una pregunta que de repente me ha brotado: ¿es la conciencia de la vejez que asoma, o la del propio fracaso íntimo, la que dicta estas reflexiones? Otra que tal vez busque encubrir la anterior: ¿acaso conciencia de la vejez y conciencia del fracaso personal no vienen a ser una y la misma? No necesariamente.

Pero hay algo de lo que quería prevenir cuanto antes a un hipotético lector, para que no se equivoque. Éstas no son las ocurrencias de un ser amargado ni de un resentido que se regodea en la pintura anticipada de su decrepitud y en el análisis de sus temores. Nada de eso. Espero que la satisfacción de escudriñar los movimientos interiores y de describirlos con fidelidad (ya que no con la deseable destreza literaria) se imponga sobre cualquier pesar que pudiera acecharme de vez en cuando en esta empresa.

PARA RESISTIR AL DESPOJO

A ratos reaparece la cuestión de por qué escribo este cuaderno que aún no lleva título seguro. Su autor respondería que me pongo a la tarea antes de que huyan las ganas y las fuerzas de cumplirla; antes de que la ruina que amenaza se apodere de mí el día menos pensado y me abrume. Tengo que enfrentarme al proceso de envejecimiento ahora, cuando el miedo o el apuro inmediato aún no me ahoga y puedo razonarlo. Más tarde, probablemente, sólo podré sentirlo y con tristeza o angustia crecientes. Hacerse viejo es quedar gradualmente desposeído de nuestras potencias, primero por la inmisericorde naturaleza y, a su manera, a manos de la sociedad después. Pues bien, me figuro que atestiguar este proceso mediante la escritura es un modo de resistirse al progresivo despojo. Se trata de no dejarnos arrebatar la conciencia de nuestro envejecimiento. O

de retrasarlo sirviéndonos de la reflexión como el mejor fármaco.

Seguramente este quehacer indagatorio no será a menudo demasiado gratificante. Evocaré lo que se ha ido, a quienes ya me dejaron, pasaré probable revista a demasiados sinsabores, concluiré tal vez lo ridículo de ese empeño de llenar el día como fuere, en subsistir a fuerza de enrolarte en las causas más tontas o estériles, en esperar lo que no debía suscitar tantas esperanzas. Bien, el balance puede ser demoledor, ¿y qué? Ésa habrá sido mi vida y la de nadie más. Me haré cargo de ella entera y, al repasar sus hitos, las personas que la poblaron, sus éxitos y fracasos, acabaré dibujando un rostro inconfundible: el mío. Lo que no se cuenta deja de existir, parece para siempre. De manera que no cabe concebir este ejercicio sin alguien al que se dirige y, si el primer receptor de mis líneas soy yo, confío en no ser el único. ¿Pero serás tan arrogante como para suponer que estas minucias puedan interesar a alguien aparte de su propio protagonista? Pues sí, dejen que me haga esa ilusión.

Meditaciones ausentes. Vuelvo a preguntarme el motivo de dejar constancia de estos pensamientos. No estoy seguro de que lo supiera cuando empecé ni tampoco sabría contestar con rotundidad ahora mismo. Doy por supuesto que por ahí debajo rondará el narcisismo disfrazado bajo unos cuantos ropajes, pero eso no me inquieta. Me ocupo sobre todo de mí en este último tramo de mi vida, ya que no lo he hecho bastante en los tramos anteriores. Ojalá fuera también una inyección para insuflarme fuerza cuando me vaya desinflando. Más aún, podría ser asimismo otro expediente a fin de ganar algún atisbo de eternidad, una argucia para hacer ver —a quien corresponda— que soy un digno candidato a esa inmortalidad, si nos la hubieran prometido.

Al lado de ensayos clásicos o relatos autobiográficos contemporáneos este texto se conforma, y no es empeño menudo, con enseñar un poco a los pocos que tal vez lo ojeen. Habrá bastantes que, a falta de tener a

mano las obras de los clásicos, a lo mejor acuden a esta mía por más facilona y accesible. Una vez reunidos conmigo esos lectores, hallarán quizá ciertas reflexiones que les corroboren unas cuantas intuiciones propias. Al saberse ahora respaldados, al verificar que otros han pasado por lo mismo, experimentarían mayores ánimos para disipar ciertas perplejidades y algunas angustias. A la postre, si estas leves meditaciones tienen algún valor, será porque no suelen hacerse un hueco público. O sea, porque las alusiones a la muerte, y con ella a su pendiente inevitable, la vejez, continúan siendo las forzadas ausentes de nuestros encuentros. No hay más que mirar las caras de los circunstantes cuando estas evocaciones comparecen en la sobremesa: se diría que han visto fantasmas.

Otra vez más. Escribo para aclararme a mí mismo, para saber quién soy antes de dejar de ser. El autoconocimiento, si no es la tarea más alta del individuo, sin duda se antoja la más imprescindible; sin ella será impensable desempeñar ninguna otra o, por lo menos, con la misma capacidad y expectativas de éxito. ¿Qué y cómo vamos a hacer las cosas bien, si no empieza por aclararse la autoconciencia de quien las hace? ¿Y cómo haré mutis sin saber —siquiera al final, un rato antes de desaparecer— qué ha sido de éste que se va? Seguro que, a lo largo del tiempo, otros muchos que me escoltaban acertaron a captar partes de mí, quizás incluso mejor que yo mismo. No me extrañaría que así fuera, porque la cercanía en que uno vive consigo entraña a menudo una confusión que impide aspirar a la objetividad. Yo no puedo ser mi propio pintor y —en el mejor de los casos— mi autorretrato sólo será aproximado. Pero aunque otros conseguirán tal vez pinceladas o trazos más exactos, quiero creer que sólo yo sería capaz de recomponer la unidad del conjunto.

Estos fragmentos de escritura tienen que ver además con los preparativos de mi despedida, con el afán de dejar algo para la memoria de otros. Pero no, tampoco eso es todo. Me mueve primero

algo así como el deber de ser fiel a mi diferencia como ser humano, de consignar estas ideas y sentimientos no tanto por ser míos, como por pertenecer a un hombre. Es decir, porque revelan nuestra condición excepcional y por eso merecen perdurar y me obligo a rescatarlos. En este apresurado autoexamen siento además el prurito de llevar a cabo una tarea que sólo a mí me corresponde y sólo yo puedo cumplir. De manera que doy por sentado que así me sobrevivo un poco. Estas reflexiones vendrían a ser entonces una protesta anticipada por mi condena a muerte, un lamento que lanzo gracias a una herramienta —la palabra razonable— que por sí misma proclama ya nuestra aspiración a superar la muerte. No soy ni una hoja voladera ni un bicho cualquiera, que viven sin porqué y se extinguen sin conciencia de sí. Soy un ser consciente, que medito sobre mi propio desenlace, desde su previsión y contra ella. ¿De qué otro asunto más suyo podría ocuparse un *moriturus* que además sabe que lo es?

EL PENSAR DE LOS PESARES

Me he imaginado la objeción múltiples veces. ¿Qué consigues dando vueltas al significado de la vejez y la muerte como si eso disminuyera un ápice la gravedad de sus pesares, como si eso nos sirviera para afrontarlas mejor dispuestos y armados para la batalla...? Anticipas el sufrimiento y así sólo aumentas el sufrimiento, eso es todo. Por eso me viene a menudo el temor de que con este texto quiero engañarme y engañar; la firme sospecha de que, cuando lleguen de verdad esos momentos angustiosos, no podré *nada* contra ellos. Pero aún me contesto: te rebelas ahora porque después, entonces, *ya* no será posible. Obtenemos así la precaria satisfacción de que ahora podemos derrotar a lo que al final nos derrotará. La conciencia que nos distingue posee la capacidad de prever y analizar, de prevenir y juzgar...; y creo que es nuestro deber usarla.

LA PRETENSIÓN DE UN DIARIO

Llevar un diario de este estilo sería igual que decirse a uno mismo y a los demás: «aquí tenéis una vida que no debía acabar o, al menos, no acabar del todo». Como es una vida que da muestras de trascender la muerte, el diario sería como un registro de nuestra vocación de eternidad. Se lleva un diario por resistirse a desaparecer. Aunque se escriba nada más que para uno mismo (lo que nunca es seguro), nos exige tomar nota de las huellas que el sujeto —a un tiempo narrador y narrado— va dejando. Y si se anotan sus dichos y sus hechos, es porque subyace la convicción de dibujar un ser valioso que reclama su derecho a permanecer como está siendo ahora.

Por parar el tiempo. Entresacado de una entrevista reciente a Claudio Magris: «A veces uno escribe para defender algo, o para combatir o para protestar. Se puede escribir por fidelidad o por un patético intento de parar el tiempo, de construir una pequeña arca de Noé». También explica que en otras ocasiones se escribe para distraerse, o por miedo, o para poner orden o hasta desorden en la vida... Después de desgranar tantos porqués, Magris concluía: «Escribir es construir un arca de Noé para salvar todo lo que queremos. Sabemos que está destinada a hundirse pero no dejamos de hacerlo». Si pienso en mí, respondería que he escrito y escribo (deberes académicos aparte) por todos esos motivos, unas veces más unos y otras veces más otros. Pero el que siempre está presente —y, más que nunca, ahora— es ese «patético intento de parar el tiempo». Es un movimiento anímico parecido el que nos lleva a la fotografía en casi todas sus versiones. A saber, la pretensión de que algo —una idea, un rostro, un paisaje— no sólo se conserve, sino de que *deba conservarse y perdurar*.

PARA MORIR UN POCO MENOS

Hoy he leído en la prensa algo maravilloso pronunciado por Viviane Forrester, ensayista francesa que acaba de dejarnos. Paseando con Octavio Paz, y a su pregunta de por qué escribimos, respondió: «Para

morir un poco menos». Exacto. Si vivir es morir un poco cada día, ponerse a escribir significa desafiar su potencia, atemperar su embestida a fuerza de pensarla de antemano. Mejor dicho: es mostrar que gracias a nuestra conciencia estamos por encima de esa muerte, protestar que no nos la merecemos y así someternos en menor medida a su imperio. Plasmar nuestras propias reflexiones o recuerdos es crear algo que nos trasciende siquiera un instante, al menos ante algún otro ser humano futuro. Morir un poco menos equivale a vivir un poco más. Porque me desdoble, me alejo de lo cotidiano y convencional, me atrevo a mentar la bicha y mirarla aunque sea de reojo a la cara. No me hago ilusiones: cuando se presente, su auténtico rostro seguramente me espantará como nunca lo habría sospechado.

1. Tiempo

NI HACER NI DESHACER

Ahora sí que me doy cuenta de lo que significa el *Fugit irreparabile tempus* del clásico. Ya sabemos que el tiempo es irrecuperable, pero eso sobre lo que el tiempo pasa o que pasa en el tiempo o que el tiempo arrastra..., la vida, eso también es irrecuperable. Hacia atrás, pero también hacia delante. Lo que has hecho no puedes dejar de haberlo hecho y lo que no has hecho ya es tarde para hacerlo. Aun si después, en ciertos casos, se pudiera hacer lo no hecho o deshacer lo mal hecho, en un sentido más hondo ya es imposible de reparar. Ahí queda para siempre (¡para siempre!). Y no importa que no haya juez supremo, ni premio o castigo definitivos; el juez será uno mismo y la sentencia, el premio o el castigo se los dicta e impone también uno mismo.

RENDICIÓN

Sensación sostenida de que el tiempo lo trastoca todo, lo puede todo..., acaba con todo. A él nos rendimos.

EL PASO DEL TIEMPO

¿Pasa el tiempo?, ¿pasamos nosotros?, ¿pasamos nosotros a una con el tiempo? Atribuimos al tiempo una causalidad seguramente porque observamos los cambios naturales en las estaciones del año y los estragos

que la edad nos causa. Pero el tiempo como tal no puede causar nada. Los cambios ocurren en el tiempo, pero se diría que no es el tiempo el que los produce. O, si los produce, es una forma de producir sin hacer nada especial o más bien por dejar hacer; parece actuar simplemente porque existe y su existir es pasar. Decimos que el tiempo deja un poso, una huella, una pátina...; son sustantivos sutiles, no fácilmente precisables, alusivos más bien a una atmósfera o a una entonación. ¿No viene el pasado impregnado de un sabor, olor o color cada vez que lo evocamos?

A veces, en los momentos felices, le pedimos al instante que se detenga porque es muy hermoso. Pero nunca se detiene. El tiempo proclama que la esencia de las cosas es su ser efímero, que tal es su ser más real. Lo único permanente es el cambio, lo que nunca pasa por completo es el pasar. Existe el tiempo en el fluir de los acontecimientos que sucedieron o de las personas que fueron en un momento, pero a esos acontecimientos o personas los estamos traicionando en la medida en que los sustraemos al tiempo. Los sentidos más humanos del tiempo, según sus dos dimensiones primordiales, son el recuerdo y el deseo; sin ellos no habría tiempo para nosotros.

El caso es que ya tengo bastante más pasado que porvenir: ¿cómo debería comportarme ante uno y otro? El equilibrio sólo resultará de dar más peso al porvenir, por ser más delgado, que al pasado, por ser más grueso y voluminoso. Recordar el pasado es hacer justicia no tanto al que fui, sino a los que fueron y ya no son. Es una piedad para con los muertos. Quiero estar con ellos merced a la memoria, pero no puedo quedarme con ellos porque hay vivos que ahora me reclaman y yo también los reclamo para mí. Mientras viva, no debo querer más que vivir. Ahora bien, por mucho que desee seguir viviendo, ¿no tendré que ponerme al fin del lado de los muertos, puesto que temporalmente ya estoy más cerca de ellos que de los vivos más jóvenes?

CUALQUIER TIEMPO PASADO NO FUE MEJOR

«... seguramente es cierto que cualquier tiempo pasado fue mejor, pero sólo porque ya ha pasado y, por lo tanto, es irremediable, lo que le da ventaja sobre la incertidumbre del presente y también una indudable superioridad sobre el futuro...» (Félix de Azúa). Vayamos por partes:

¿Nos parece mejor el tiempo tan sólo porque ya ha pasado? No estoy seguro de ello, porque la incertidumbre de un presente eventualmente alentador aventaja con creces a un pasado desastroso y ya irremediable. A ojos humanos la esperanza siempre primará sobre la definitiva desesperación. Por eso mismo, y sea el futuro tan opaco como se quiera, esta propiedad no lo denigra ante lo evidente que ya pasó. Basta que subsista la posibilidad de mejora, por mínima que fuere, para que ese presente triunfe sobre los tiempos en los que ya se impuso lo necesario, o sea, la imposibilidad de algo nuevo, la inevitabilidad de lo dado y de lo que tendrá que darse.

¿Estamos, pues, condenados a amar lo que fue, sencillamente por no tener vuelta atrás? Serían otros los factores que provocan el embellecimiento del pasado: desde su mero olvido hasta la proyección de nuestras aspiraciones incumplidas. En buena medida el pasado es fruto de nuestro deseo, aunque no siempre resulta amable tan sólo por haber sido. Lo que fue medianamente atractivo y venturoso, si ha desaparecido, nos invita a amarlo, pero no así lo indecente ni lo maligno. En el último caso nos quedará la duda de si no hubiera podido mejorar de haber contado con un plazo mayor para enderezarse. Cabe entonces maldecir la injusticia de aquel momento que no le permitió acopiar más o mejor vida. En cambio, nuestra visión de aquella época anterior no gana si las circunstancias actuales nos parecen estancadas, porque en tal caso la miseria del presente aborrecerá aún más la del pasado del que proviene y que la incubó.

EL PRESENTE ABARCA LOS DEMÁS TIEMPOS

En cierto sentido —prosigue Azúa— siempre estamos a solas con nuestro presente, es verdad, pero éste se estira y abarca también a sus contrarios. De manera que nunca estamos estrictamente a solas con el presente, sino siempre flanqueados por las otras dos dimensiones del tiempo. Pues ese presente es asimismo el momento terminal del pasado que se aleja mientras se está convirtiendo en actual. Y el futuro es la última etapa del presente cuando se desgaja de sí y da lugar a otra cosa. ¿Pasado y futuro han de entenderse como sendas condenas para el hombre? Condena será el pasado, porque ya no puede sufrir cambios ni variación alguna. Pero no el hoy, por muy maniatado que esté por el ayer, ni menos todavía el mañana, por continuo que se pretenda respecto del presente (que para él ya será pretérito). ¿Pasado y futuro como justificaciones del presente? Eso ya parece tener más sentido. El pasado y el futuro resultan desde luego engendros del presente, hijos retrospectivos o prospectivos, nunca independientes por sí mismos, sino según lo que disponga ese ahora que los proyecta hacia atrás o hacia delante.

PERDER EL TIEMPO

Todo indica que el tiempo es, si no la sustancia misma de nuestra existencia, sí su materia o elemento primordial. En él y gracias a él hacemos todo lo que hacemos y, cuando él nos falta, no lo hacemos. Él es, por tanto, el bien más buscado, el medio para lograr o disfrutar de todos los demás bienes. ¿Qué es al fin el dinero sino cantidad de tiempo congelado? Lo que más puede dolernos sería entregarlo a cambio de nada (por estafa, por explotación) o simplemente perderlo. Por eso debería asombrarnos que tantos vivan como si fueran inmortales, con la parsimonia de quienes disponen de un tiempo infinito por delante. Mientras vivimos, somos ricos en tiempo, pero por lo general pobres en tareas gratificantes en las que emplearlo. No incluyo aquí, pues, a los embarcados en una gran empresa que requiere un plazo vital superior al que saben que les será concedido, sino a los otros, que forman la mayoría. Para estos últimos su tiempo suele ser una dimensión vacía, porque nada

aguardan de él, salvo la reaparición de sus rutinas.

UNA SORPRESA

Échense a reír, si quieren, pero tengo la impresión de que el tiempo corre mucho más aprisa que en otras épocas, según cuentan...

FOTOS PARA LA ETERNIDAD

La fotografía es un arma contra el tiempo, no tanto por su intento de registrar documentalmente su transcurso cuanto por su desesperado propósito de que se detenga. La instantánea congela o rescata justamente un instante frente al imparable fluir de los instantes. El tiempo de la fotografía es el presente y, por ello, al momento siguiente de obtenerla ya ocupa su lugar el pasado. De ahí que la emoción que la acompaña sea la melancolía, el sentir de lo que fue y ya no es. Cabe preguntarse si hoy tendríamos la misma autoconciencia de nuestra vida en caso de que careciéramos de la posibilidad de fijarla por fragmentos en imágenes a nuestra disposición, ordenarlas según fechas y clasificarlas temáticamente en familiares, profesionales o de actividades y ocios diversos... No lo creo: hay partes de nuestra vida cuyo rescate ya no reside en nuestra capacidad personal de memoria, sino en la capacidad de memoria de nuestros álbumes o nuestras carpetas electrónicas. La eterna pregunta de dónde ha ido a parar el pasado tiene hoy una respuesta muy simple, pero tal vez la única tangible: para cada cual su pasado se contiene en el teléfono móvil, en el ordenador casero o en esos «lápices de memoria». La necesidad de ojearlos responde a la necesidad de reunir nuestra existencia dispersa o sepultada bajo tanta imagen. Contentos de vernos tan jóvenes, a nosotros y a los nuestros, nostalgia de vernos así de mozos... cuando nos sabemos ya tan mayores, o pesadumbre por descubrir vivos a los ya desaparecidos. Es como un acto de justicia hacia todos, a ellos y a nosotros, que no nos reducimos a lo que ahora somos, sino que somos mucho más según estas inagotables imágenes testimonian

que hemos sido.

La fotografía se opone ante todo a la muerte y a sus estragos, aun cuando revele también cada uno de los trechos que nos dirigen a ella. Que lo que ahora está pasando no pase del todo, que lo bello que contemplamos no se extinga, que todo lo que merezca sobrevivir se muestre más poderoso que la potencia empeñada en destruirlo. Si queremos dejar constancia gráfica de algo, es, antes que por ninguna otra razón, porque deseamos que perdure, que no se nos escurra entre los dedos. Párate, le rogamos a ese momento singular. Y no sólo porque es tan bello, sino porque es tan auténtico y oportuno, tan cautivador... que, en cuanto se desvanezca y pase, la realidad —al menos, la de cada cual— habrá perdido una parte de la gracia que la hacía digna de ser vivida.

Sacamos fotos, en definitiva, porque deseamos perdurar nosotros mismos. La permanencia en nuestras estampas de personas, situaciones y cosas es un rodeo más que sigue el incalmable afán de perseverar en el ser. Será como un facsímil de esa perseverancia de carne y hueso. Nos ponemos a coleccionar retazos de vida duplicados para hacernos la ilusión de no morir o, si no hay más remedio, de morir llevando con nosotros la vida que hemos vivido. Grabamos la foto porque vamos a irnos y para no irnos del todo. Ciertamente la ocasión es la vaga conciencia de que algún día faltaremos y nos faltará todo, pero su indisimulado propósito es impedir la desaparición total de mí y del mundo.

¿Y POR QUÉ NO UNA SONRISA?

«Se mire por donde se mire, la muerte es una pérdida de tiempo»
(Fernando Aramburu).

2. Muerte

VITA BREVIS

La muerte pone límite a nuestra vida y la abrevia. Vale la pena plasmar aquí seguidas algunas ideas sobre los efectos mayores de esta brevedad para la existencia humana. Sería una indagación infinita y a buen seguro ya abordada por la mayor parte de los sistemas de filosofía moral y una gama interminable de pensadores de todos los tiempos. Entre los más recientes, el filósofo Odo Marquard, para quien «necesitamos costumbres porque morimos demasiado pronto» como para emprender transformaciones totales o fundar principios absolutos. Me pongo a la cola de todos ellos y esbozo un resumen de los corolarios de esa caducidad.

1. LA FALTA DE TIEMPO. Lo primero es caer en la cuenta de que, junto con la vida, se nos ha concedido tiempo para vivir esa vida y un tiempo *limitado*. La idea de su limitación viene a una con la de su regalo, pero su vivencia estricta sólo llega con ese período en que la juventud linda ya con la madurez. Hasta entonces el tiempo parece ilimitado, dispuesto para su derroche; si vale decirlo así, estamos en el espacio, pero no en el tiempo; somos conscientes del primero, nos orientamos mejor o peor en él y conocemos sus fronteras, pero nada de eso podremos decir del segundo. Nosotros, por lo menos, no envejecemos. Mañana es como hoy, *un día más*, un día cualquiera, pero sin especial conciencia de que entonces nos queda *un día menos*. Puesto que aún no existe para nosotros

propriadamente el tiempo, nada queda afectado por su transcurso. Es una dimensión vacía y sin mojones que la marquen y dividan; hay un antes y un después, pero son partes de un todo inagotable.

En cuanto conocemos con la madurez nuestro límite temporal, en cambio, la percepción inmediata es que el tiempo se nos escapa (y nosotros nos escapamos también, empujados por el tiempo o atropellados por él). Aprendemos que el tiempo es pasajero y fugaz, que por eso la vida humana fluye con toda rapidez. En un hondo sentido somos primordialmente tiempo: sería la dimensión en que todo sucede, y lo primero de todo nuestra vida misma. Por tanto, parece como si la recomendación más obligada en la vida humana fuera la de *aprovechar el tiempo*, no perderlo, ni pasarlo a lo tonto ni menos aún matarlo, como declaran varios de nuestros dichos más ordinarios. Claro que hay formas muy diferentes de exprimir el tiempo según las culturas y los sujetos, también según los «tiempos» que corren. Pero, al menos en la nuestra, seguirá siendo incomprensible que dejemos deslizarse sin más, sin sacarle el partido debido, a lo que es nuestra máxima propiedad y eso en que se nos da todo. El tiempo es oro, sí, pero antes que ser dinero o el contenido de valor de cualquier mercancía, resulta la condición de lo que queremos y necesitamos; o sea, de cuanto consideramos valioso precisamente por ser temporal (pasajero, huidizo) y porque tiene su duración medida. Y tanto más valioso, claro está, cuanto más ambiciosos sean nuestros propósitos. Alguien me ha recordado esta exclamación de Canetti: «¿Cien años? ¡Cien miserables años! ¿Es esto demasiado para una intención seria?».

Por eso constituye una notoria injusticia que otros ocupen o roben mi tiempo contra mi voluntad. Si el tiempo humano es ante todo *mi tiempo*, no el de la Humanidad, que otro me lo arrebate en todo o en parte, sin permiso ni contrapartida, significa privarme de mi condición vital más básica. Llenar ese tiempo, compartirlo o multiplicarlo... serían también efectos inmediatos de la conciencia de nuestra finitud. Siempre se nos

está acabando un tiempo escaso. Sabiendo esto, no hay mayor desprendimiento en favor del otro que entregarle gratis alguna porción del tiempo propio para aumentar o vivificar el suyo, no hay regalo más elevado ni por ello sacrificio más costoso. La reciente fórmula «gracias por tu tiempo» lo expresa a la perfección. El tiempo de los hijos, durante la larga temporada de su cría, lo obtienen a costa del tiempo de los padres. Cuando preguntamos al otro si tiene un momento para nosotros, es para pedirle prestado algo sobre lo que no tenemos derecho, que tal vez nunca le devolvamos o ya no pueda recuperar después. Ocupar una porción de su existencia temporal suele significar desocuparle de lo que probablemente le interesa más. Muy a menudo valoramos simplemente que el otro esté ahí, junto a nosotros, sin hacer nada más que acompañarnos; en suma, darnos su tiempo.

2. DESEO DE PERMANENCIA. Por acotar la muerte nuestro tiempo, enciende a la vez el deseo imperioso de ampliarlo. Quizá no sea la inmortalidad lo que más anhelamos, pero sí en todo caso una permanencia en el mundo más prolongada: siempre más, siempre algo más, una petición renovada de prórrogas (y tanto más acuciante aún cuanto más acecha el enemigo). Siempre aguardamos algo, lo que significa que ansiamos el tiempo necesario que requiere su llegada o consecución. Pero también puede expresarse como exigencia de que el tiempo se niegue a sí mismo y no pase o, al menos, no pase tan aprisa. Nadie llegó a expresarlo como Goethe, ya lo sabemos: «Detente instante, eres tan hermoso...».

3. URGENCIA DE TODO. Si hay tanto que hacer (para ganar, crear, asegurar, ascender, gozar, aprender, etc.), y puesto que nos faltará tiempo para alcanzar en grado suficiente uno cualquiera de esos objetivos, la vida humana adquiere un carácter de urgencia. Tan breve es el plazo de tiempo que se nos ha reservado, que a cualquier edad todos somos ya demasiado viejos, seres proyectos. Será difícil para todos, e imposible para los de mayor edad, sofocar la impaciencia. Incluso lo que debe hacerse despacio

y requiere su tiempo se nos presentará idealmente como instantáneo. Para unos seres sabedores de existir con fecha de caducidad, el tiempo apremia siempre. Vivir como humanos es vivir con prisa. La lentitud o la indolencia suelen ser en el sujeto síntoma de carencia de deseo o de desdén hacia la fugacidad del tiempo. El ser que vive con la conciencia de su esencial temporalidad tiene que acoplar su existencia al mismo ritmo del tiempo.

De modo que el «no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy» no enuncia tan sólo —ni tal vez primero— un consejo contra la pereza. Puede ser también una advertencia de que mañana quizá ya no dispongamos de tiempo, sea porque no haya mañana en absoluto o porque ha pasado el momento oportuno de hacer lo que nos proponíamos, su *kairós*. Y ello implica también que habrá que ordenar las tareas según la magnitud de su apremio, que no siempre coincidirá con la de su gravedad. Aquí es donde se medirá el carácter moral del sujeto, según la jerarquía en que ordene temporalmente sus faenas, la fracción de su tiempo que vaya a dedicarles, el beneficio que le reporta a él o a la comunidad, etc.

4. SERIEDAD. Si la muerte es lo serio por excelencia, tiene que infundir seriedad a todo lo que toca, o sea, a todo. Para cada ser humano cuanto le atañe es serio simplemente porque sabe que tiene los días contados y este día en particular puede ser el último. Esta amenaza de muerte es su compañía más asidua y de la que no cabe desembarazarse. Pero dejemos que el poeta lo cuente mucho mejor: «Que la vida iba en serio uno lo empieza a comprender más tarde (...). Pero ha pasado el tiempo y la verdad desagradable asoma: envejecer, morir, es el único argumento de la obra» (Gil de Biedma). Decir que sea el único parece demasiado tajante. Envejecer y morir, eso sí, es el argumento indudable de la vida en que se bañan todos los demás; el que alimenta a todos ellos y a fin de cuentas los absorbe a todos.

5. LA CONCIENCIA DE *MORITURI*. A partir de nuestra común finitud, toda

desgracia se vuelve síntoma y anuncio de la desgracia mayor e irremediable. En el viejo más que en nadie, pues es el *moriturus* que seguramente antes cumplirá su destino mortal. Vivir con y desde el conocimiento de que somos los que vamos a morir trae consigo, entre otras secuelas, reconocer la primacía de la compasión entre las emociones morales.

Pero no menos se abre entonces la posibilidad de que esa conciencia engendre o aliente la actitud opuesta, la del deseo de placer o beneficio más brutales. Si me han concedido un plazo tan escueto y dispongo de tan pocos años por delante, trataré de extraerle todo el jugo posible, sin pararme en los costes que acarree a los demás. Y también puede animarme el resentimiento nacido de una existencia tan precaria y, con él, la inclinación a la venganza; y ésta lo mismo puede convertir a los demás en sus destinatarios o volverse contra uno mismo dándose muerte..., estrechando aún más el paréntesis temporal que se me ha dado. Sean unas u otras, se trata de tentaciones o conductas que sólo alcanzan sentido desde aquella conciencia.

6. DEFINITIVIDAD. Para un ser finito todo puede ser definitivo, todo está siempre en trance de ser lo último. Un encuentro, ocasión, situación u oportunidad, como sean perdidos, pasados por alto o desaprovechados... pueden ser ya irrecuperables. Quizá —o con total seguridad— no haya más, no se presenten de nuevo en la vida; hay múltiples despedidas ignorantes de que van a ser para siempre. Es uno de los componentes más visibles de la tragedia humana.

Si fuéramos más duraderos, habría para nosotros al menos la probabilidad o la casi certeza de que lo malo se podrá reparar, de que lo bueno reaparezca en cualquier otro momento, de que todo puede recomenzar y repetirse. Es decir, nada será entonces definitivo, nada habrá de darse por perdido. Habitaríamos el reino del poder-ser, no de lo imposible. Y este último rasgo, por ello mismo, incluye el de la *preciosidad*. Todo lo que

afecta al hombre es precioso, no sólo por ser único, sino por ser terminante o ir camino de su conclusión necesaria.

EN PRESENCIA DE LA AUSENCIA

En lugar de ponernos «en presencia de Dios», como nos pedía a diario mi padre al levantarnos cada mañana, habrá que ponerse en presencia de la nada o, por mejor decir, de la muerte. Uno mismo desnudo, en su último día. Dios y la muerte, ambos testigos o jueces imaginarios, nos indicarán tareas diferentes e infundirán ánimos enfrentados: esperanza y desesperación. Y habrá que elegir.

LO IRREVOCABLE, LO IRRECUPERABLE

¿Será la eternidad la que nos cambia en nosotros mismos, como se ha escrito, «porque ya no podremos rectificar el yo que íbamos siendo antes de morir»? No parece preciso atribuirle a ella el trabajo de fijar nuestro yo irrevocable. La muerte lo hace sin mayor esfuerzo y en un instante, de un solo manotazo. No hay que esperar a la eternidad. Lo más terrible de morirse es que *ya no* podamos corregir o siquiera retocar la vida, que nuestra suerte se ha escapado de nuestras manos, que ya no podremos ser nada más o mejor... porque ya no seremos nada.

EL VALOR DE UNA ESQUELA

Aquella página del periódico estaba ocupada por no sé cuántas noticias que relataban los puntos principales donde se jugaba la suerte del mundo. Casi ningún lector habría podido reparar en que en su ángulo inferior derecho, con no más de dos centímetros cuadrados de superficie, una esquelita daba cuenta del primer aniversario del fallecimiento de una señora. Me pareció al instante que aquella esquelita era la *verdad* de toda la página.

LA MUERTE NOS PREDETERMINA

El error tal vez más extendido sobre la muerte, según explicó Simmel, estriba en suponer que ella «sólo tendrá algo que ver con la vida por vez primera en el instante de su realización (...) Pero en realidad la muerte está ligada a la vida de antemano y desde el interior». La vida sería otra cosa muy distinta si no estuviera inserta en una serie continua de actos que se dirige a la muerte. En todos los momentos particulares de la vida *somos* los que van a morir y además lo sabemos antes o después, con mayor o menor desazón y angustia. Tal es el significado configurador de la muerte, que conforma nuestra vida no sólo en el instante de su llegada efectiva, sino que la tiñe en todos sus contenidos. «La cualidad y forma de cada uno sería distinta si pudieran sobrepasar esta frontera inmanente». La frontera con la que al final toparemos está ya presente y nos delimita desde el arranque de nuestra existencia.

ACOMPAÑADOS

Leí hace poco en unas memorias que su autor a menudo se sentía acompañado y hasta vigilado por quienes —amigos, parientes— le habían precedido en el morir. Me pasa algo parecido en ocasiones. Algunos pocos amigos ya ausentes, y en escasas ocasiones mis padres, me han acompañado en mis cavilaciones o en mis alegrías y desgracias. Sobre todo me observan, no me permiten hacer ciertas cosas. ¿Por qué esta extraña comunidad con los muertos queridos? No es sólo el recuerdo que no se apaga, sino el propósito de no dejarles morir del todo. Sencillamente porque yo me muero con ellos; mejor dicho, porque mi vida se adelgazaría demasiado si admitiera que va desapareciendo al ritmo en que se esfuman aquellos que la compartieron en mayor o menor medida y ya no son. No deberíamos admitir ni consentir que *ya no* sean; han de estar en alguna parte..., aunque de esta búsqueda nos cansamos pronto. Efectivamente, somos seres *finitos*. No sólo porque tenemos los días contados, sino por el muy escaso grosor de nuestra capacidad de

resistencia.

¿DÓNDE ESTÁN LOS QUE SE FUERON?

No puedo dejar de preguntarme a menudo: ¿dónde se encuentran nuestros muertos, esos que ya se han ido con *la mayoría*? No pueden disolverse en el aire o en la tierra, ni permanecer sólo en los recuerdos de quienes les sobreviven. ¿Cuál sería la residencia adecuada para quien ha gozado de razón y vivido como un ser libre? Entre el Ser y la Nada tiene que haber un reino intermedio en el que el hombre pudiera soñar con fundamento que ése sería su lugar apropiado. Estoy preguntando por lo que *merece* el ser humano, no por lo que supuestamente nos han prometido los dioses que este mismo ser se inventó. Y que los inventó precisamente porque andaba buscando su sitio adecuado para cuando tuviera que mudarse.

Pasar a la mayoría. De cuando en cuando necesito recordar la interminable cadena de muertos que me precede. En realidad, de ellos sólo recuerdo a los más afamados y a los amigos o conocidos ya desaparecidos. Los recuerdo, además, para decirme que se ha cometido con varios de ellos una injusticia mayor que la que en su día se cometerá conmigo, y eso porque fueron arrebatados demasiado pronto de este mundo; después, para constatar que se me ha concedido más tiempo que a ellos y que toca sacarle partido. En un caso, se trata de un consuelo y, en el otro, de un estímulo; en los dos, me siento acompañado por esa mayoría. Incluso con el presentimiento de que nada hay más digno que incorporarme a la interminable caravana de quienes se me adelantaron. Para que ellos me hablen de sí mismos, de su misterio.

LA MIRADA DEL ERIZO

Lo que me contó ese excelente profesor en aquel restaurante del puerto de Santander. De cómo le miró el erizo que pasaba por delante de su mesa de

trabajo en el campo y —cuando al día siguiente encontraron al animal muerto— supuso que había querido decirle «hasta pronto, viejo»...

YA ESTAMOS MADUROS

Ha muerto otra persona cercana. Esta ha de ser la tónica hasta que yo mismo termine. Esa persona era más joven que yo, pero cualquiera de nosotros ya está maduro para la prueba. Ojalá estos seres pudieran contarnos su experiencia del punto final, sin miramientos, para que aprendiéramos un poco acerca de ese trance. Me atreví a pedírselo en su despedida a aquella amiga ya resignada por completo y que no supo iluminarme: a lo mejor es que no hay misterio, sino sólo pavor, incomprensión radical, tristeza infinita por dejar esto. Luego, en cada muerte, me espanta siempre el período tan breve puesto a disposición de lo humano. Otro recién fallecido preparaba de tiempo atrás un trabajo de investigación, que me parece que aún no ha publicado. ¿No le dio tiempo? Ya ves de qué sirve apremiarse tanto.

¿A QUIÉN LE TOCARÁ?

Mi primer pensamiento —o al menos de los primeros— del nuevo año: «¿cuántos de los míos me dejarán este año?». Yo mismo no me he incluido como candidato posible. Y días más tarde caigo en la cuenta del terrible hueco del año de mi muerte en alguna crónica que ahora se pudiera estar preparando: A.A., 1945- ?

DEJAR PASO AL SIGUIENTE

Tremenda constatación: necesitamos que nuestros mayores mueran para seguir viviendo nosotros. Es una lección embarazosa que se desprende de lo que, con parecida crudeza, me comunica un amigo y que mi propia experiencia me obligaría también a refrendar. ¿Cómo?, ¿es que dejamos de querer a nuestros padres? Claro que no, pero nos queremos más a

nosotros mismos y el cuidado que aquéllos demandan recorta la atención que deseamos prestarnos. Así abocamos a una conclusión perturbadora: la fuerza de las cosas se impone sobre nuestros afectos más hondos; o, lo que es igual, el lazo conmigo mismo y con los que yo he elegido es más poderoso que cualquier otro lazo. La naturaleza no respeta vínculos de ninguna clase. Unos seres vivos tienen que hacer sitio a otros, los que están antes deben dejar paso a los que vienen después, igual que el hijo crecido viene a decir a su padre que ya ha cumplido con su misión biológica y que está de más: que ya es hora de irse.

De modo que estamos contrariando los dictados de la naturaleza cuando prolongamos la duración de nuestra vida y retrasamos o entorpecemos la labor de la muerte. Nada tendríamos que reprocharnos por ello, puesto que vivir como humanos equivale a reducir los fueros de la ley natural, ganar espacios a lo ineluctable. Pero esa rebelión triunfante no debe ser a costa del bienestar de quienes nos cuidan. A ver cómo resolvemos, pues, el desafío de ganar años sin quitárselos a otros; o sea, cómo hacer que el viejo no se considere una carga para los suyos. ¡Cuánta amarga lucidez en el abuelo capaz de confesar que se ha vuelto un peso muerto, un fardo para quienes él más aprecia y más le aprecian! Se lo escuché el otro día a una anciana cuando salía de su revisión médica y se reencontraba con sus familiares en la sala de espera: «Aún os daré guerra...». Les pedía disculpas porque sabe que está estorbando y, mal que nos pese admitirlo, acierta. Hay que conjugar la brutalidad natural y el afecto humano..., aunque no tanto como para ennoblecer esa brutalidad ni brutalizar nuestros afectos.

IMPOSIBLE HACERSE A LA IDEA

Podemos intentar olvidarnos de la muerte, esconderla en lo posible, preterirla..., pero no afrontarla ni acogerla como si tal cosa. Podemos especular sobre ella cuanto se quiera, pero ella no se deja captar por nada: ¿cómo vamos a entender lo que elimina toda comprensión y suprime todo

vínculo? Lo más que podemos es acercarnos a ella con temor y temblor, y entonces nos dejará una irremediable tristeza ante lo que se nos avecina. Eso en el mejor de los casos; en el peor, puede sumirnos en la desesperación.

VARIA

Contendré el narcisismo que me pide pasar en silencio a otros autores que han meditado mejor sobre lo mismo. He aquí unas pocas muestras extraídas de Vergílio Ferreira, alguien hasta ahora para mí desconocido. Cuando se refiere a «los que han muerto para que ahora tú estés vivo». O esta otra: «Y cuánta verdad morirá contigo sin que tú sepas que la sabías. Sólo por no haber tenido la suerte de un simple encuentro o encontronazo que te la hiciera salir a la superficie». Y aún más a fondo, para mi gusto: «Entre nosotros y nuestros conocidos hay una petición muda e intensa: no mueras, no mueras. Es la petición de nuestra seguridad, que se apoya para que la vida continúe».

REMEDIOS PROVISIONALES

Hay momentos en que, sin que lo provoque ningún malestar especial, me interno en un pesimismo notable. Nada del otro mundo, por lo demás, sino estrictamente del mundo de aquí. Esta vez la ocasión ha sido divagar un rato sobre el tópico de que «todo tiene remedio, menos la muerte». La primera mitad del dicho insinúa un consuelo, del que la segunda parte reniega abruptamente. El sinremedio fatal de la muerte convierte en ficticios y provisionales todos los remedios anteriores. Si hemos de morir, la muerte se erige en el límite, el horizonte desde el que hay que contemplar todo..., si se lo quiere contemplar a fondo y no en su superficie. Y aquí reaparecen las eternas preguntas de quien planta cara al pesimismo sin echarse por ello en brazos del Señor: ¿va a ser entonces la muerte lo que triunfe sobre la vida?, ¿acaso su finitud ha de privar de todo sentido y atractivo a la vida?, ¿o sólo merecería la pena la que fuera

recordada por los sucesores? ¿No es suficiente ya el mero vivir, el haber vivido, para sabernos muy por encima de lo que nunca será humano?

¿MIEDO O PENA?

B. me confiesa que tiene miedo a la muerte, y no lo entiendo demasiado. Porque no es el miedo lo que debería ser predominante, sino la inconsolable pena de abandonar la vida humana, la tristeza de despedirse de tanta maravilla y belleza, dejar sin cumplir tantos proyectos y sin plasmar tantos ideales. En una palabra, ese pesar de haber sido tan poca cosa y dejado tan flaca herencia, algo de lo que apenas unos pocos guardarán escaso recuerdo y a lo más sólo algunos años. Lo restante es una minucia sobre otra minucia.

Hagamos aquí a un lado el más justificable miedo a las fatigas y sufrimientos que anuncian el proceso de envejecer y acompañan al hecho definitivo de morir. El temor profundo puede comprenderse mejor como producto de la fe religiosa, sea ésta firme o dubitativa, porque entonces nacería de la incertidumbre acerca de la salvación o condena eternas del creyente. No negaré que, llegados al umbral mismo del desenlace, nos tiene que asaltar la angustia ante el inimaginable dejar de ser. La tristeza o el pesar más íntimo, en cambio, proceden de anticipar la pérdida de algo particular (familiares, amigos, propiedades, etc.), que en definitiva está contenido ya en la pérdida total de la vida del sujeto. Pero, a la postre, dará lo mismo. Como cualquier ser vivo, el hombre desea permanecer en su ser y su indudable fugacidad ha de contristarle al máximo. Y eso por dura que fuere su vida presente y aunque supiera que le aguarda un resto aún peor.

COMPENSIBLEMENTE RABIOSO

Acabo de enterarme de la muerte de Jorge Semprún, uno de esos seres a quienes admiraba de lejos. Como tantas veces, llego tarde a los más

grandes. Según cuentan, ha pasado unos meses de dolor intenso y estaba *rabioso* —así le describen— al percibir que iba a desaparecer para siempre. ¿Cómo no iba a estarlo? En la hora del adiós, ¿acaso puede haber otro sentimiento más poderoso que éste, a no ser el de congoja por lo que vamos a dejar? Decimos «para siempre» y no sabemos bien lo que decimos. Toda palabra y pensamiento se quedan demasiado cortos, pese a nombrar lo más prosaico y presuntamente conocido. Pero ahí radica el misterio de la muerte: en la inmensa desproporción entre su apariencia y su realidad o, mejor, en su inabarcable e inexpresable significado. Miro mis manos, sus venas saltonas y leo mi destino. Me apeno y no sé cómo no acabo, yo también, mucho más rabioso.

¿QUÉ ES PRIMERO?

Por mucha confianza que deposite uno en el ser humano o en la marcha de la Humanidad, la cuestión no deja de rondarme: ¿por qué las cosas de los hombres acaban mal? No me conformo con la respuesta más obvia, la de que tienen que acabar así porque tropiezan con la muerte que las malogra. Eso resulta en demasiadas ocasiones falso. Un final más o menos escabroso podría también evitar que las cosas fueran todavía a peor. Por eso a menudo vacilo entre saber qué es primero, el proceso de corrupción y decadencia de cuanto vive o la pena de muerte inevitable que nos espera. ¿Somos progresivamente infelices porque nos vamos a morir o hemos de morir por no poder aspirar a una mayor felicidad y sí instalarnos en la desgracia? Tal vez la muerte sea consecuencia, no causa del fracaso seguro. No nos volvemos malos porque sepamos que hemos de morir, como pretendía Canetti, sino que debemos morir como modo de pagar ser tan incorregibles. Sería igual que decir: porque ya no soportamos tanta decepción provocada por la conducta de uno mismo y de los demás. ¿Y si, en lugar de una disyuntiva, estuviéramos ante dos explicaciones complementarias y las dos caras de lo mismo?

TRASPASAR EL TOPE

Es probable que, hartos ya de tantas quiebras en el negocio personal de nuestra existencia, nos resistamos a reconocer otro fracaso más. Seguramente tenemos un tope en la confesión íntima de nuestras miserias que no podamos rebasar sin riesgo de despreciarnos tanto que nos aboque al deseo imperioso de desaparecer al instante.

«ME QUIERO MORIR»

Aún me resuenan las palabras de aquella señora mayor: «Me quiero morir». Al parecer ni siquiera sus jolgoriosos nietos eran suficientes para ahuyentar ese propósito. La depresión es así de aniquiladora de cualquier expectativa de goce. Pero doy por probable que no fuera sólo eso. ¿No se tratará además de que semejante estado de ánimo viene ya prefigurado por una absoluta falta de curiosidad, de quehaceres que vayan un poco más allá del mero afanarse por la supervivencia? Tal vez aquella señora está cerrada al mundo, para empezar al mundo de los otros, y se entiende que todo le parezca oscuro y quiera desaparecer. Es como una mónada sin ventanas, y me pregunto cuántas personas pululan a nuestro lado en estas tinieblas y cultivan en silencio ese mismo proyecto de marcharse de una vez por todas.

DESCUIDOS IRREPARABLES

En cuanto conocí su horrendo epílogo, me vino el recuerdo de que le debía respuesta a sus dos últimos mensajes navideños, una tarea que descuidé por evitar la molestia de escribir a la vieja usanza y pese a la alegría que mi felicitación le habría proporcionado. Fallé, le fallé, y ya no puedo repararlo. A lo mejor era yo en ese momento el encargado de que su fe en la humanidad no flaqueara, otro pequeño baluarte que se le derrumbó antes de que se le derrumbase la vida entera. Una vez más, la muerte como aquello que zanja toda posibilidad ulterior, que nos niega la oportunidad de dar las gracias o de pedir perdón.

LOS DOLORES DE LO ÚLTIMO

Huellas de mi reciente paso por el hospital. Comprendo mejor la razón que amparaba a los epicúreos cuando reducían la felicidad a la ausencia de dolor en el cuerpo (*aponía*). Ésta representa el umbral máximo del bienestar (pues el dolor del alma duele más cuando se contagia al cuerpo) y querer traspasarlo ya es arriesgado, porque es exponerse a que regrese el dolor. Pero hay un contraste notable entre las dolencias propias del cuerpo. Todas hacen sufrir, cómo no, pero bastante menos cuando persiste la esperanza de que la intervención médica adecuada va a ganar la partida más pronto que tarde. Otra cosa es cuando presentes o sabes con certeza que se trata de los últimos dolores, más bien los dolores de lo último y frente a los cuales no se hallarán auxilios, salvo los que alargan aún más la agonía. Esos sí que son dolores y tienen que venir acompañados del sufrimiento más apesadumbrado del alma.

EMPEORA PORQUE ACABA

Todo lo bueno es malo porque acaba. Y todo lo malo es bueno porque también acaba. Pero, en último término, para cada cual todo se vuelve malo porque lo que principalmente acaba es su misma existencia, escenario y condición tanto de lo mejor como de lo peor que pueda tocarle en el reparto. Vale, pues, defender a un tiempo que para el hombre es preferible vivir que no llegar a vivir, aun cuando la vida humana tenga más de imperfecto que de excelente. Se diría entonces que mejor bueno o incluso malo conocido que nada por conocer... Fernando Savater sostiene que el poder de la alegría es «afirmar que el peor de los mundos y la peor de las vidas será siempre la que no existe. Y que es mejor que el mundo y nosotros estemos vivos, sea bueno o malo el tiempo que nos toca atravesar».

Demos otra vuelta de tuerca y añadamos aún que todo lo bueno puede

empeorar, lo mismo que lo malo, pero también que tanto lo bueno como lo malo admiten mejoría. *Todavía* se está jugando para cada cual la partida de su existencia y los resultados son provisionales. Ahora bien, *a fin de cuentas* (o del juego), lo uno y lo otro irán por fuerza a peor y tiene que ser así si quieren cumplir la ley de la muerte que nos gobierna. Por donde se concluye que habremos de esforzarnos en sacar provecho de lo bueno cuando llegue, en razón de su forzosa brevedad. En cuanto a lo malo, por mucho que a ratos aparente volverse algo menos doloroso, en realidad se encamina al desastre ineludible. Pues cabe sobreponerse a este o aquel mal particulares, pero no a la condición más radical del sujeto humano, que es su finitud: los triunfos parciales no nos confortan frente a la segura derrota final.

COMO TODOS

Te irás como todos. Te olvidarán como a los demás.

MAL ENFERMO, EXCELENTE MUERTO

Cuando me reprochan que seré muy mal enfermo, a la vista de cuánto me quejo y molesto a quien me cuida, respondo: «Sí, pero después seré un muerto ejemplar, lo prometo. Pienso estarme quietecito y no decir ni mú...».

3. Escapatorias

CUIDADO CON LAS PALABRAS

Tengamos mucho cuidado con ciertas expresiones ordinarias. Ahí está ese «pasar a mejor vida», un eufemismo que sólo puede salir de la boca de un creyente en la resurrección de la carne. Si no, ¿cómo va a ser mejor la vida cuando deja de ser propiamente vida? Fulano «se ha ido», nos decimos también para significar que ha fallecido. Pero en realidad se lo han llevado; por regla general, nadie se va por gusto para no volver y tienen más bien que arrastrarlo contra su voluntad. Sólo al término de la pelea, y algunas veces, deja de oponer resistencia y se deja ir. No es menos curiosa la expresión «dar muerte» a alguien, la otra cara del darle la vida. En este caso llamamos dar a lo que es en realidad un quitar y arrebatarse todo.

EL CASO ES NO MEDITAR

¡Qué frialdad la de aquel funeral! Me atrevería a decir que antes de terminar, incluso antes de empezar, nadie se acordaba ya de la difunta; ni siquiera su hermana allí presente. Sólo se pensaba en volver a casa y guardarse de la baja temperatura. Los creyentes, si es que allí había alguno digno de tal nombre, ni imaginaban que ahora esa mujer estuviera ya en el cielo ni cosas parecidas. Habrían debido meditar más bien sobre ellos mismos y su destino, pero es de temer que la falta de hábito no les permitiera llegar muy lejos en esa meditación; tenían que dudar y a un

tiempo conjurar su duda. En realidad, el sacerdote oficiaba la ceremonia para disuadir de tales debilidades y celos. Y le ayudaban mucho aquellas almibaradas tonadillas: El Señor es mi pastor, nada me puede faltar...

NADIE VELA EN EL VELATORIO

Volvió a escandalizarme el velatorio, porque nadie parecía estar allí para velar al muerto. Se está con ocasión de él, sí, sus familiares nos han congregado en su nombre, pero los asistentes no queremos enfrentarnos al muerto ni a la muerte. Lo extraño es el lugar de la cita, un tanatorio, pero, salvo ese detalle, mucho de lo que se habla se hablaría igual en cualquier otro lugar y con cualquier otro motivo. Con gran frecuencia los vivos nos sirven para desentendernos de los muertos. En el velatorio parecemos no reparar en que será la última oportunidad de acompañar a ese amigo. Es como si acudiéramos a un partido de fútbol, pero ya en el estadio nos pusiéramos a leer sin atender al juego o a charlar con el vecino de cualquier cosa menos de fútbol. Con una pequeña diferencia, a saber, que conocemos miles de cosas de mayor interés que el fútbol, pero difícilmente habrá asuntos que puedan interesarnos más que la muerte. Una muerte próxima será la mía: ya ese solo pensamiento bastaría para adoptar otra actitud e incluso otro semblante en tal coyuntura. No puede ser una inconsciencia inconsciente. Sería sencillamente inexplicable que nos hubiéramos olvidado de nuestra propia mortalidad, de la congoja de dejar de ser. No podemos engañarnos tanto.

Muchos replicarán enseguida que *afortunadamente* es así y así debe serlo. ¿Razón? Que la vida tiene que procurar sobreponerse a cuanto se le opone; que está en nuestra condición defendernos de la muerte a todas horas, combatirla o silenciarla. Es posible, pero eso no quita para que la muerte ajena —amén del muerto mismo— merezcan mayor respeto. Que la distracción venga entonces después del pesar, pero no antes, porque en este caso sería la cobardía la que busca prevenirnos contra aquel

incómodo pesar.

La más probable explicación de aquella actitud estriba en que, pese a la tristeza por la marcha de quien nos ha dejado, prevalece la alegría de que uno mismo sigue aquí. Allá él, venimos a decirnos por dentro, que se las apañe; él acabó, yo continúo. Pronto compartiremos idéntico futuro, pero todo transcurre como si ese futuro no estuviera prefigurado en mi presente. El muerto es un recuerdo más borroso a cada rato que pasa y, por cierto, tan casi nada como que de ahí a poco habrá sido reducido a cenizas y cabrá en una pequeña urna. En cambio, cualquier ser con quien nos tropezamos, cualesquiera cosas que hayamos de tomar con la mano..., poseen una consistencia, una materialidad que nos pesa o envuelve. Lo que es, es; lo que no es, no es. Con tales tautologías se sientan tanto las bases últimas de la metafísica como de nuestra existencia cotidiana.

El solo y sus acompañantes. Hace tres días, de nuevo en el tanatorio. De un lado el espectáculo acostumbrado: el muerto, solo, tapado por la cortina y olvidado; los acompañantes (?), hablando de todo menos de lo que allí se celebraba, queriendo escapar de lo que está pasando y regresar cuanto antes a la vida de siempre. De otro lado, sin embargo, uno se entera de revelaciones bastante insólitas. Lo más llamativo era que, según su viuda, el moribundo se había ocupado hasta de dejar preparados los pantalones y camisa que debía vestir en su ataúd... Me pregunto si esta presunta capacidad era un mérito personal o pura y simple inconsciencia acerca del morir. En suma, si todas estas actitudes —las del finado, la viuda y los acompañantes— reflejaban otras tantas evasiones ante lo que no cabe afrontar sin escalofrío. «Es ley de vida», le oí decir a alguien; y eso fue todo.

CONVENCIONES DE LA EDAD

Es una observación común. Cuando confiesas tu edad para aludir de buen humor a ese límite que te acecha, los más jóvenes que escuchan

comienzan ya a echar mano de las convenciones prefabricadas («¡pero si estás hecho un chaval!», «bueno, yo también estoy a punto de jubilación», «aún te quedan muchos años de dar guerra», etc.). Es decir, te dan la razón para no hurgar en otras muchas razones que se la quitarían inmediatamente.

PARA SIEMPRE

A propósito de la renovación del DNI a los 80 años, la buena señora contaba que le entregaron un carnet ya «para siempre», queriendo decir para los pocos años que le quedaban. Somos maestros en el arte del autoengaño.

EL DESEO DEL MUERTO

No deja de asombrarme la osadía de atribuir sentimientos y deseos a los propios muertos, sobre todo cuando esos deseos imaginarios nos favorecen o coinciden con los nuestros. Se repite sin vacilar, por ejemplo, que al difunto le hubiera gustado que ahora bebiéramos o cantáramos en su honor, o siguiéramos trabajando como si tal cosa..., y una retahíla de bobadas. Aquí hay una engañifa que poco cuesta desmontar.

Descartada la intención de librarnos cuanto antes de su molesta vigilancia de ultratumba, me inclino a pensar que se trata de un cierto remordimiento al descubrir la rapidez con que ya lo estamos olvidando. Vamos, pues, a congraciarnos con él para librarnos de la culpa. Es una excusa que nadie nos pide, que se adelanta a un reproche que aquél no va a dirigirnos. Lo que hacemos es responder a un cargo que parte de nuestra conciencia, avergonzada de no saber guardar el duelo. Pero es que, además de engaño, es un engaño estúpido. Si el difunto pudiera ahora experimentar sentimientos y deseos como los vivos, tendría que reprocharnos seguramente lo contrario de lo que nos conviene imaginar. Al desaparecido le apenaría nuestro creciente desapego frente a él,

probablemente nos rogaría un recuerdo y una atención más duraderos. Si por él fuera, nosotros viviríamos en adelante para conmemorar su vida y muerte. Los muertos serían unos inmensos egoístas y se creerían con el mayor derecho a ello. Se les ha arrebatado la vida, lo más valioso que poseían; sólo por eso los supervivientes les deberíamos cuanto podamos ofrecerles como recompensa. Nos tendrían envidia, querrían estar en nuestro lugar, nos suplicarían que les dediquemos siquiera un minuto de nuestra afortunada existencia, uno de esos incontables tiempos vacíos que derrochamos como calderilla...

LA PLEGARIA IRREPRIMIBLE

Cada día con más frecuencia me descubro invocando la ayuda divina. ¿Qué significa eso, cuando no quiere decir que crea en Dios ni que, por tanto, tenga confianza alguna en su intervención bienhechora? Significa, por de pronto, que vivimos sometidos a dificultades, desafíos, miedos y dilemas que son superiores a nuestras fuerzas; o así se nos antoja. Lo que se nos enfrenta resulta más poderoso que uno mismo. Las tribulaciones certifican a cada instante nuestra debilidad. Nuestra señal más universal no es sólo la fragilidad, sino más todavía la impotencia. De manera que necesitamos el aliado omnipotente, ése con quien desaparecerá el miedo que como él falte nos acompañará siempre. Es igual que la llamada de auxilio del niño a su madre, del débil al fuerte, del mortal al inmortal. Seguramente sería imposible (al menos a quien fue creyente) superar ese movimiento instintivo, esa plegaria espontánea. En el fondo *somos* esa llamada, ella forma parte de nuestro ser.

Desde ella se entiende la raíz misma de la religión, que no es sino la gestión y el aprovechamiento de esa invocación irreprimible. O la respuesta imaginaria a esa llamada real, la presunción de que Alguien la escucha y la toma en cuenta. La religión vale por aquella pregunta y es más o menos detestable por sus respuestas. De ahí lo tentador de la fe, lo comprensible de la capitulación del creyente, y tanto más cuanto más

cercano se siente el final.

El recurso del desesperado. Ha sido habitual en esta temporada implorar el favor divino. No lo has previsto ni premeditado y, de repente, te encuentras rogando al Altísimo, suplicando su ayuda. ¿Tendré que avergonzarme de ello? Sí, no habría nada más que decir... Pero quizá sí haya más que decir. La oración es un grito emanado de nuestra condición trágica, una válvula de escape de nuestra contingencia. Quiero suponer que no sólo es una tentación, sino también un recurso incontrolable hasta para el ateo, a quien le procura algún sosiego por más que sepa que su invocación carece de destinatario. Será un autoengaño, pero le calma. Aquí nada se espera y, sin embargo, *se necesita esperar*. Es curioso que, al sentirnos más solos, acabemos mejor acompañados: nada menos que en compañía de Dios. Si así lo creyéramos, claro está.

NO QUIERES APRENDER

Tres días seguidos medio arrastrándote por un ataque agudo de lumbalgia, ¿y aún no aprendes? En cuanto comienzan a difuminarse las señales más dolorosas, ¿crees que lo peor ya ha pasado? No queremos ver de qué son síntomas estos males menores y transitorios: del mayor y que no pasa. Probablemente los encaramos con resolución y tranquilidad porque damos por seguro que no anuncian todavía ese mal insalvable que aguarda, porque nos negamos a mirar adónde apuntan, de qué son manifestación temprana. Bueno, pero ¿cómo reaccionar de otra manera si nos proponemos sobrevivir a toda costa?

LA MUERTE REPENTINA

Si en la anticipación de nuestro último trance predomina el temor al sufrimiento físico y a las angustias psíquicas, nada más lógico que desear un desenlace lo más inesperado, corto e inconsciente posible. Como un

abrir y cerrar de ojos, como un suspiro. Ese ideal de los tiempos modernos ya lo recogía Kierkegaard en su *Diario íntimo*. «Significa — escribe— que queremos librarnos de la idea de la muerte, arrojándola, en lo posible, fuera de la vida. Se desea vivir como si la muerte no existiera; y cuando deba llegar, que se presente en forma rápida y repentina, como si no estuviera allí».

¿Una muerte lúcida? Cuando el otro día me llamaron a aquel domicilio porque una pariente anciana (¡no mucho mayor que yo!) se había caído de la cama, tuve por fuerza que repasar los incontables quebrantos de la vejez, sus amarguras más cotidianas y su progresiva dependencia de los demás. Comprendí de nuevo que la muerte no es más que la culminación lógica de ese tramo terminal del itinerario. Así que deberé reconsiderar aquel ideal de alcanzar un estado de lucidez hasta el último momento y tal vez admitir a mi pesar que lo envidiable sería un tránsito instantáneo e inconsciente. Me pregunto si el modelo contrario (que apenas contaría hoy con seguidores) tendrá que ver con un falso concepto del ser humano, de su dignidad... y hasta con la terca esperanza de que en esa lucidez mantenida en mitad del suplicio fuera a revelarse algo insólito. La experiencia común nos dice, sin embargo, que basta un dolor fuerte y prolongado por breves minutos para que uno desee morir o, por lo menos, librarse de ese dolor al precio que sea.

EL RECHAZO A DESPEDIRSE

¿Por qué tantas personas, en las fases postreras de su dolencia, se niegan a recibir a amigos o parientes? Quizá porque ya han dado el paso y se encuentran más allá de los que nos quedamos más acá. En su interior la distancia que ahora les separa de los otros es ya insalvable. O bien por esa idea de la propia dignidad que el moribundo imagina degradada e impresentable a partir de su propia degradación. Además, para quien «está en las últimas» carece de sentido volverse hacia las cosas

penúltimas. Habría si no una gruesa incoherencia entre fingir aprestarse de nuevo a vivir y ser incapaz de ocultar los signos indudables de estar llamado a morir con premura. Sería el horror a compartir su propio horror, a tener que dar cara o hablar con las visitas cuando todo invita ya al silencio desconsolado. Todo eso de lo que debería hablarse estará de más, y del resto no se quiere hablar. ¿Para qué, si el amigo no va a entender nada de lo que el desahuciado no para de meditar? En último término, quizá la negativa a ser visitado se funda en que los demás sólo acudirán en su condición de supervivientes y, así, verles sería una probable ocasión para el mayor abatimiento del desahuciado. (Pero siempre quedará la duda sobre el móvil de esa deliberada renuncia a los gestos de despedida: ¿será a fin de no angustiarnos más o tal vez porque confiamos aún en postergarla?).

PARA DIGERIR LA MALA NUEVA

Cuando lo primero que hacemos ante la muerte de alguien cercano es preguntar en detalle cómo ha sido, cómo le ha sucedido, lo que buscamos es digerir con mayor facilidad esa nefasta noticia. Tratamos ante todo de explicar lo inexplicable, de amueblar con circunstancias familiares y asequibles el más sobrecogedor de los sucesos. Buscamos poblar cuanto antes de cosas conocidas ese territorio ignoto. Es el modo más inmediato de distraernos de lo que sabemos que no admite componendas. Cuando hacemos aspavientos ante la desaparición de alguien con quien charlábamos ayer mismo, estamos mostrando nuestro asombro ante la facilidad con que se deja de ser para siempre. Venimos a sugerir que esa distancia entre la vida y la muerte debería contar con una obligada transición; que esa raya que marca la divisoria entre lo uno y lo otro habría de sernos advertida. Todo menos admitir que, si nos pilla tan de sopetón la muerte del prójimo, se debe a que nos negamos a pensar en la propia. Siempre se mueren los otros, pero algún día yo seré también uno de ellos...

NOSTALGIA INSENSATA

Venía diciéndome en el viaje de vuelta «¡cuánto me sobreviviré!», hasta percatarme de que esa nostálgica sensación debía completarse. Porque no sólo me sobreviviré lo que ya conozco y pronto perderé: esta luz, este paisaje, todo cuanto me gusta y que no se extinguirá conmigo. Lo que viva después de mí, lo que sobrevenga al mundo en mi ausencia, será algo más impresionante; ahora mismo, inimaginable. Porque no abarcará sólo esto que conozco, sino lo que aún no ha sido concebido siquiera como posible o sólo está en la fantasía de algún soñador. Sería como echar ya en falta todo lo que llegue al mundo en adelante, lo que saldrá a la luz a lo largo de los miles de años que aún esperan a los hombres que nos sucedan. Pero esto mismo me hizo enseguida pensar en lo insensato de mi nostalgia anticipada, de este echar en falta lo que hoy constituye mi escenario, que seguramente pronto dejará también de ser y en todo caso sería irreconocible como tuviera ocasión de volver a visitarlo. Y mayor sinsentido resulta asimismo una nostalgia de lo que nunca he perdido porque aún no ha llegado a existir ni siquiera a ser imaginado.

SUCEDÁNEOS DE INMORTALIDAD

Una reflexión de Woody Allen que le escuché ayer en una película: «La tradición es la ilusión (o “el sucedáneo”) de la inmortalidad». Efectivamente, conmemorar una tradición cualquiera —y otro tanto vale para el movimiento mismo de inventarla— es celebrar que pertenecemos a algo que no muere, engancharnos simbólicamente a algo que atraviesa los tiempos y nos mantendrá vivos.

Pervivir en el pueblo. Lo primero que las fiestas populares exaltan es que somos *lo que somos*; para ser más exactos, que somos gentes de este pueblo, ciudad, país o el colectivo que sea. Los mayores celebramos también —y esto suele pasarse por alto— ser precisamente *los que quedamos*, unos supervivientes. Venimos a proclamar que nos

alegramos de seguir vivos, pero eso mismo implica acordarse siquiera de pasada de quienes faltan. Las fiestas, al empalmar los años pasados con los actuales, hacen presentes a los ausentes, resucitan socialmente a los muertos. Por ahí se revela el fondo último del que emanan estas efusiones colectivas, y es el deseo desesperado de que nada cambie, de que todo siga igual, de que uno no muera o, si individualmente muere, que subsista a través del grupo. Ese pariente mío que se entrega emocionado al concierto de la banda municipal, mientras te cuenta que a él esas canciones de su pueblo le hacen llorar. Uno descubre que en tal declaración se tranquiliza con esa supervivencia que obtiene al sumergirse en la mismísima entraña de lo popular. El gesto primordial de la fiesta es la *repetición*. Que todo sea de nuevo como ha sido, como dicen que fue, fomenta el ensueño de que nunca dejará de ser; mejor dicho, de que yo sigo y seguiré siendo el que fui. Nada cambia (y yo tampoco), o al menos lo esencial no cambia, porque yo hago que se repita. Todo ha de ser como fue, por mucho que ese acontecimiento originario situado en la noche de los tiempos no cuente con más de unos pocos años de existencia. Pero su institución reciente vino con el propósito de pervivir eternamente..., como anhelamos para nosotros mismos.

El hábito o lo pseudoinmortal. La costumbre viene a ser otro remedo de la inmortalidad. La costumbre, individual o colectiva, asegura hasta cierto punto que todo permanezca imperturbado, que habrá mañana y será como hoy. Y si todo a nuestro alrededor pervive idéntico, nosotros perviviremos también, porque somos gracias a ese entorno y no nos imaginamos sin él (ni a él sin nosotros). No sólo se adquiere el hábito por la reiteración de lo mismo. Es que además conduce a la búsqueda de lo mismo, o sea, de lo eterno e inmutable. Y en parte lo consigue, porque uno ya es eso mismo para el resto de su vida, lo cual a su vez es otro sustituto de la eternidad. Hagamos la prueba de pensar cuántas conductas, reacciones, proyectos y razones sólo buscan burlar a la muerte.

LA MODA INCINERADORA

Cuando acudí a la administración del cementerio, me enteré de que todos los oficios religiosos de aquel día se celebraban en el crematorio. Las razones me las barrunto. De parte de los familiares, quizá, lo inaguantable de imaginar la lenta descomposición del cadáver del difunto, el propósito de acabar cuanto antes con la pesadilla. Por eso, reduzcamos enseguida a nada al muerto, que nada de él sobreviva: a lo sumo, un montón de polvo, algo que no podamos identificar con su persona. Eso es lo que se quiere conseguir a toda costa y con ello tal vez evitar que en los restos de los otros veamos también los nuestros futuros.

De la parte del fallecido, si es que expresó tal deseo de ser incinerado, supongo que éste brota de esa misma vivencia insufrible —en realidad, impensable— de su *propia* descomposición; o sea, algo que no anda lejos de lo que Lucrecio ya nos previno: «En efecto, cuando en vida se imagina que su cadáver ha de ser desgarrado por las aves y las fieras, se compadece de sí mismo. Porque no se ve distinto de aquél ni se retira bastante de su cuerpo caído, y se figura que él es todavía este cuerpo y, sin moverse de su lado, le presta su propio sentimiento». Ahora creo entender mejor el fundamento de la moda crematoria: el horror al cuerpo humano exánime, a la supervivencia de la *forma humana* del cadáver. Necesitamos convertirlo cuanto antes en cenizas, que ya no recuerden a *ese* ser humano singular que fue mi allegado. Pero se percibe también no menos una especie de menosprecio platónico-cristiano del cuerpo. Si ese cuerpo no alberga ya un alma espiritual, ya no vale nada y puede tratarse como tal nada. Sin rostro, sin rastro.

No he podido menos que encajar aquí este párrafo de un novelista contemporáneo a propósito de la incineración: «De hecho, al pensarlo cayó en la cuenta de que desaprobaba completamente la tendencia

modesta, moderna, consistente en ser incinerado y que dispersaran tus cenizas en plena naturaleza, como para mostrar mejor que regresabas a su seno, que te mezclabas de nuevo con los elementos (...). El hombre *no formaba parte* de la naturaleza, se había elevado por encima de ella (...), eso era lo que pensaba en el fondo de sí mismo. Y cuanto más reflexionaba sobre ello tanto más le parecía impío, aunque no creyera en Dios, tanto más le parecía en cierto modo *antropológicamente impío* dispersar las cenizas de un ser humano sobre los prados, los ríos o el mar (...). Un ser humano era una conciencia, una conciencia única, individual e irremplazable, y merecía por ello un monumento, una estela, al menos una inscripción, en suma, algo que afirmara y trasladase a los siglos futuros el testimonio de su existencia...» (M. Houellebecq).

LA FILOSOFÍA CALCETINERA

Hay actitudes y resoluciones que sólo una edad avanzada propicia. A mí me está llevando a no querer saber nada de la filosofía como mero objeto académico, es decir, la que se ocupa tan sólo de sí misma o de lo que el gremio de profesores de filosofía mantiene como su coto privado. Me parece un simple ejercicio de onanismo teórico, de algo que sólo puede satisfacer a un yo narcisista y arrogante aislado del mundo. Ese filósofo academicista no vive lo que piensa, porque tampoco piensa lo que vive ni lo que se vive a su alrededor. En los casos más extremos, aunque nada excepcionales, la obsesión por el *curriculum* aniquila cualquier inquietud teórica. Pues bien, esa especie me produce una aversión profunda, no sólo por inútil, sino más aún porque a ese individuo le gratifica su propia inutilidad y se jacta de ella. A poco correcta que sea la descripción, el grueso de los estudios o del género literario que hoy se denominan filosofía son sencillamente grotescos por superfluos (y viceversa).

Algo de esto lo enseñó entre nosotros Unamuno. A su entender, un filósofo que no sea un hombre (es decir, que se quede en su ejercicio

intelectual o académico al margen de los interrogantes esenciales de la vida humana), es todo menos un filósofo. «Lo de saber para saber no es, dígame lo que se quiera, sino una tétrica petición de principio». La filosofía teórica se endereza a la práctica, el saber del porqué interesa en vista del para qué. ¿Por qué quiero conocer de dónde viene y adónde va todo? «Porque no quiero morirme del todo». Ese hambre de inmortalidad ha de ser el punto de partida personal y afectivo de toda filosofía.

También yo creo que la filosofía tiene que ser esencialmente filosofía práctica, porque debe conducir a la acción y a procurar la mejora de la conducta humana. Sus practicantes no han de perder por ello nunca de vista que tienen como interlocutor o destinatario a otro ser humano. Es una idea burlescamente expresada por Marquard: «Los filósofos que sólo escriben para filósofos profesionales actúan de un modo casi tan absurdo como actuaría un fabricante de calcetines que sólo fabricase calcetines para fabricantes de calcetines». Hay mucho presunto filósofo o real profesor de filosofía con la misma vocación que ese fabricante de calcetines. Quizá ni siquiera eso, porque no se dirige a todo el gremio de fabricantes de calcetines, que ya alcanzaría un cierto número por reducido que fuera. Lo peor es que ese filósofo calcetinero se dirige nada más que a los fabricantes de un solo tipo de calcetines filosóficos, sólo entra en tratos comerciales con quienes producen esos calcetines para primavera, verano o invierno, pero no para todas las temporadas; con quienes los ofrecen de nylon, de lana o de algodón, pero no de las tres clases; con los especializados en tallas grandes o pequeñas, de hombre o de mujer... Pero es que apunto a algo aún peor que eso, algo para lo que incluso la irónica imagen escogida resulta inadecuada. Con harta frecuencia ese filósofo calcetinero no se dirige siquiera a otros filósofos calcetineros, porque piensa más bien en las exposiciones nacionales o internacionales de calcetines especulativos; esto es, en fabricar algún modelo de calcetín que sepan apreciar tan sólo los poquísimos expertos en esa especie única de calcetín, a lo sumo los coleccionistas de esos primorosos e inencontrables calcetines.

Albergo la sospecha de que esa especie académica de filósofo pretende eludir sobre todo su enfrentamiento teórico con la muerte y sus misterios. Se servirá de la reflexión filosófica como de una fuga descarada o más encubierta. Frente a él sólo me interesa la filosofía que me ayude a penetrar más en los grandes interrogantes de nuestra existencia, el prodigio del ser humano, las dimensiones de la vida, los mayores problemas de la Humanidad. En una palabra, la que nos empuje y anime a ser mejores. Por eso mismo, se trata de un cultivo intelectual que nos conduce enseguida a los camaradas de humanidad. Nadie puede guardarse esa filosofía para sí o cultivarla con unos pocos escogidos. Quien la hace suya no puede sufrir la ignorancia ambiental o la mediocridad de las vidas a su lado. La filosofía es para todos o, de lo contrario, no vale lo que promete. Una vez más, me viene a la cabeza la eterna lección del mito de Protágoras: frente a los saberes profesionales, el saber acerca del respeto y la justicia (o, sencillamente, de lo que más nos conviene como sujetos morales y políticos) es el único exigible a todos.

¿UNA «MORTALIDAD PRORROGADA»?

En efecto, lo primordial de la existencia humana es a la vez, como titula Javier Gomá su último libro sobre la ejemplaridad, «necesario pero imposible». Tan necesaria es la esperanza en nuestra perduración individual como imposible fundarla. Se trata de una pervivencia que no se limita sólo al alma, sino que abarca también a su cuerpo, al individuo entero; y que, justamente en virtud de su ser corporal, no se identifica ya con la inmortalidad, sino con una «mortalidad prorrogada». Claro que, a mi juicio, su falta de fundamento se echa de ver cuando, al proponer abiertamente a Jesús de Nazaret como el ejemplo por el que podemos confiar en tan novedosa mortalidad, reparamos en que aquella presunta esperanza se confunde sin más con la fe.

Pero, además de infundada, ¿sería acaso posible o, más precisamente, aceptable para el individuo humano? Salvo momentos de cruda enajenación, ¿se nos ocurriría desear esta prolongación de la vida como fuera para vivirla a la edad más avanzada del viejo? Sin entrar en detalles sobre el dónde, el cómo y el cuándo la disfrutaríamos, ¿quién iba a contentarse con una mera prórroga provisional de la vida?, ¿y cuándo consideraríamos haber cumplido el nuevo plazo que graciosamente se nos ha otorgado? A uno se le ocurre que la congruencia con nuestra excepcional naturaleza merecería otra consideración a lo largo de nuestro transcurso. Llevaríamos una vida mortal, conforme; pero feliz o, al menos, lo bastante placentera. La irrisoria cantidad de los años vendría compensada por la satisfactoria calidad de su disfrute. Sugerir otros recursos suena a una evidente escapatoria más de la muerte necesaria.

EL ZOCO FUNERARIO

Los muertos se mueren, pero quienes mercantilmente trafican con ellos están más vivos cada día. Ojeen las revistas editadas por las empresas del ramo (y depositadas en la mesita del tanatorio) y sabrán a qué me refiero. «Con nuestros Lares Personales, unos colgantes cuidadosamente diseñados con materiales nobles para conservar parte de las cenizas — anuncia una—, se pretende evitar la sensación de vacío que surge ante el esparcimiento de la totalidad de las cenizas» del difunto. Pero los tiempos exigen novedades más radicales. Por ejemplo, solicitar al servicio de *catering* botellas de cava para brindar por el familiar de cuerpo presente, una especie de «homenajes a la vida» (?), un nuevo concepto de despedida que incluye hasta el rock. «Y es que las estrellas, las de carne y hueso, también quieren ir al cielo». Hay que abrir el abanico a todos: «porque no hay dos vidas iguales, diseñamos despedidas especiales». Tan especiales como que hay quien ya contrata a bailarinas de *striptease* contoneándose alrededor del ataúd, quién sabe, por si el finado se anima así a resucitar...

Las presentaciones de las empresas no pueden ser más completas.

«Somos un equipo interdisciplinar procedente de los más variados campos: maestros de ceremonia, expertos en ritos funerarios, coordinadores de eventos especiales, músicos y especialistas en decoración floral». Otras más comedidas se retratan como «la primera boutique *online* española de servicio para personas en duelo», capaces de ofrecer nada menos que «la gestión póstuma de la identidad virtual» (?). Las invitaciones más deslumbrantes rozan ya lo sublime: «un servicio de esparcimiento de cenizas como homenaje póstumo mediante aeronaves o embarcaciones, con el que ya ha llegado a rincones como las pirámides de Giza o los Alpes». No me negarán que, ante semejante oferta, a más de uno le deben de entrar ganas de morir.

4. Rebelión

LOS HÉROES DE LA DERROTA

Me apropio de ese hermoso apelativo —«héroe de la derrota»— que recibió el general y político mexicano Santos Degollado (1811-1861). Quiero aplicarlo aquí a los que, aun a sabiendas de nuestra derrota segura a manos de la muerte, habremos de vivirla heroicamente. Y esto, que vale para todos, vale más aún para quienes saben que la suya está próxima y será definitiva: para los viejos.

EL EXTRAÑO SILENCIO

Cuando lo pienso, sólo brota mi extrañeza ante la mayor y más universal conspiración del silencio entre nosotros. ¿Cómo es que consentimos en morir casi sin aspavientos, sin protestas ni alborotos, sin andar rumiándolo cada día dentro de uno mismo y en conversación continua con los demás? ¿Cómo pasar un día sin rezar a Dios o sin escupir contra Dios? Vivimos ocultándonos unos a otros nuestro negocio más decisivo, como si hubiera otro asunto más crucial del que ocuparnos.

UNA DESPROPORCIÓN INSALVABLE

He acudido al funeral de una vecina con la que tuve muy escaso contacto. En realidad, sólo he pasado unos minutos antes para saludar a sus hijos y nada más. «Nada más», ahí está el germen de esta reflexión

circunstancial. Se muere un ser humano, que es para toda una eternidad, y no consiento en darle más de un cuarto de hora de mi tiempo. Pero la desproporción no es sólo cuantitativa. Ha desaparecido un ser de valor infinito, y no me importa nada o casi nada. Ya sé que mueren muchos miles al día y nacen otros tantos o más: no puedo afligirme por todos aquéllos ni gozarme por todos éstos y por fuerza tengo que ser injusto con la inmensa mayoría de ellos. No me escandalizo de que eso suceda; me apena que eso tenga que ser así y que yo mismo sea el primero en comportarme de esa manera. Hablamos de un ser singular que nos ha dejado, de alguien a quien también yo seguiré un día nada lejano. Con esta conducta no guardamos el debido respeto a cada muerto, sino que nos evadimos del tremendo acontecimiento que le ha sucedido. Porque es claro que debemos empezar a ceder nuestro lugar para que otros se incorporen a la vida. La costumbre de que otros se vayan muriendo nos embota la reflexión sobre la muerte, esa naturalidad nos la acaba volviendo natural. Y la muerte de un hombre, para cualquier otro hombre, debería ser lo menos natural que cabe. O así de natural..., pero no menos cruel.

La Naturaleza ha hecho muy notorias excepciones con los humanos, pero no las suficientes; su muerte debía ir acompañada de otros protocolos. ¿O será más justo decir que no es la Naturaleza sino nosotros quienes no estamos a la altura de nuestro acabamiento? A la Naturaleza nuestro final le trae sin cuidado, pero también nosotros asumimos la muerte con excesiva naturalidad en lugar de contemplarla con la más radical extrañeza. Dejar de ser, no ser ya nunca más: ¿pueden acaso estas palabras transmitir el sentido al que apuntan? Pensemos en cualquiera que ahora mismo esté despidiéndose de la vida: se está despidiendo también de mí. No debemos acostumbrarnos a esto, porque probablemente significaría que no habríamos penetrado el núcleo de nuestra existencia. ¿Cómo expresar mejor lo que digo con estos balbuceos? Intento destacar que existe una insalvable desproporción entre el trágico dejar de vivir de unos y el trivial continuar viviendo de todos los demás.

LAS OTRAS FIGURAS

Es verdad que en ocasiones nos rebelamos contra la muerte como hecho bruto y contra sus heraldos más visibles, vg. la enfermedad. Para cuando llegamos a eso, sin embargo, demasiados han aceptado simbólicamente esa muerte bajo múltiples figuras: sometimiento a lo que está mandado, resignación ante notorias injusticias, suspicacia hacia el prójimo, desesperanza incluso ante lo esperable. Cuando al fin se presente la muerte desprovista ya de esos disfraces, no valdrá hacernos los sorprendidos.

CUÁNTO LES DEBEMOS

Nos comunican del cementerio municipal que ha vencido el período del enterramiento de mis padres y que podemos juntar sus restos en un columbario durante otros diez años. *Los restos de tus padres...*, casi no se dejan escribir esas palabras. ¿Qué queda de ambos, además de sus huesos? Tan sólo lo que nos acordamos de ellos, y también, y sobre todo, buena parte de lo que somos: carácter, inclinaciones, defectos y virtudes. ¿Y cuánto les debo? Ahora que empiezo a saber lo que me debe un niño, mi deuda con ellos la percibo más clara que nunca. Es una deuda que nunca les pagamos a ellos directamente, sino en todo caso a otros, a aquellos a quienes tiempo después hacemos algún bien... quién sabe si gracias a ellos, porque así nos lo enseñaron o simplemente porque aprendimos que ellos nos amaron primero en mayor cuantía. Tal vez la relación con los padres sea la prueba acabada de que siempre devolvemos muy poco y con retraso.

UNA MATERIA MUY CERCANA

Apenas intuyo el horror con el que voy a toparme mañana en el cementerio. Van a desenterrar ante mi vista los huesos que queden de mis

padres. Me pregunto si aguantaré, si el espectáculo se me quedará grabado en la retina y ya no me lo quitaré de encima, pero creo que debo estar presente. ¿Se trata sólo de un gesto simbólico que podría ahorrarme siquiera por el precio anímico que deberé pagar? No: eso son hoy mis padres, lo que queda de ellos, y eso hay que honrarlo. Es muy poco comparado con lo que fueron, les falta lo primordial que les infundía vida y en particular su vida humana. Pero eso también lo fueron. Eso les permitió comer y caminar, gracias a esos huesos me sostuvieron en sus brazos, a través de esas cuencas me sonrieron. No puedo decir que eso sea nada. Si algo queda, entonces con la muerte no todo ha desaparecido, no todo se ha perdido o esfumado. Queda (al menos durante un tiempo) una cierta forma humana, que sólo en la cremación se borra al instante y por completo. Por poco materialista que uno sea, ¿no habré de tomar en serio esta materia tan cercana como que es *la mía*?

El ser del cadáver. No diré que la operación de exhumar los restos de mis padres me haya conmovido mucho, entre otras razones por el tiempo transcurrido desde su fallecimiento. La silenciosa ceremonia ha durado una media hora. Todo ha sido hecho con respeto y bastante cuidado —decir «mimo» sería excesivo— y me ha hecho pensar que aquélla era una cierta forma de supervivencia, de seguir *estando*, pues allí permanecían sus vestigios. Si puedo llamarlo así, eran un *material visiblemente humano*. Se echaba de ver la diferencia entre *vivir* y *ser* o *estar* de ese modo: no vivían, pero aún formaban parte del dominio del ser humano. Aún nos ocupaban, y no se negará que eso es una forma real de ser. A su medida, es la palpable distancia que en su momento medió entre el cadáver que todavía está ahí («de cuerpo presente», se dice) y el ya enterrado o incinerado. Cuando el familiar comienza a advertir de veras la muerte del ser querido, es cuando éste es sacado de casa o del tanatorio y se halla ya físicamente ausente incluso como cadáver. Hasta ese momento el vacío que dejaba aún estaba ocupado por su cuerpo; ahora, ni eso, y por eso le echamos más en falta. Ser cadáver entraña más realidad que ser puro polvo, ser

bastante más que no ser en absoluto.

Claro que somos. ¿Vale entonces repetir la cantinela de que «no somos nada»? No, porque la muerte no reduce a cero la vida humana. El mero haber sido representa un foso insalvable frente al no ser jamás o el dejar de ser; y mucho más todavía cuando esa vida ha rebotado de experiencias excelentes. ¿Y puede concluirse entonces que «esto es todo», que esos despojos resumen nuestra verdad? Tampoco, porque los despojos son una parte —por desdeñable que parezca— del todo que somos y de nuestro sentido. Hay que cuidarse de que la perspectiva de la muerte no agote toda la perspectiva, de que la experiencia postrera no arrumbe el inmenso valor de cuanto le precede. Para que la muerte nos resulte tan cruel, eso sí, tenemos que suponer que la vida nos es preciosa; lo uno va con lo otro, lo patético con lo precioso.

Frente a la muerte no vale aquel habitual comentario lastimero («no somos nada»), sino este otro más altivo: con lo grandes que somos, ¿cómo podemos acabar así? Pero lo más justo es que ambas manifestaciones vayan juntas. Sin la segunda, no habría tanto lugar al duelo; ¿de qué habríamos de dolernos, si fuéramos tan poca cosa? Necesitamos una mirada más perspicaz para atrevernos a ser realistas y, en el tanatorio mismo, ante el difunto o tras el cristal que nos separa de él, repensar la belleza y el bien de los que es capaz el ser humano. Ha muerto uno de ellos, pero sobreviven muchos igual de valiosos o más que siguen mereciendo ser queridos y hasta admirados.

LA MEZQUINA NATURALEZA

Me he preguntado a menudo por qué emplear la vida, que en breve plazo carecerá de futuro, en dejar algo para ese futuro. Tal vez sea la forma de salvar el presente, de dar sentido al día de hoy y al de mañana. O quizá un señuelo para engañarnos: sin ese quehacer, no desearíamos ningún

mañana y nos tenderíamos a morir. No sería objetivo despreciable, por consiguiente, pero tampoco lo juzgo el más poderoso. Pienso que el secreto radica en creernos dignos de que se nos conceda más tiempo de permanencia, mayor perduración. Es una protesta comprensible, aunque no siempre sea deliberada. La clave estaría en que nos atribuimos mayor valor que el que la mezquina naturaleza nos reconoce. Nos parece que lo que pensamos, sentimos, deseamos y hacemos merece sobrevivir más allá de nuestra propia existencia. Es el signo del hombre: querer mucho más, infinitamente más, que lo que puede alcanzar.

LO INADMISIBLE

Tengo para mí que la muerte debe comparecer ante nosotros como algo inadmisibile, eso que interrumpe lo valioso, lo que frustra la esperanza que nos mantenía en vida. Un sinsentido que, no por haber sido anticipado tanto, sorprende o duele menos. Pero también creo que la dimensión en que se vive la muerte (la ajena primero, al fin la propia) corresponde a la dimensión en que se vive la vida, o sea, en que se sabe que se está muriendo la vida. Y eso puede volver a la muerte menos admisible todavía.

CONTRA LA FINITUD

Escribe F. Savater que, en *Moby Dick*, el capitán Ahab «sigue una razón más alta e injustificable, la del orgullo humano ofendido y desesperado por su finitud. Contra la Naturaleza y sus leyes inexorables se alza la única rebelión que merece la pena: la que más penas causa...». Así es justamente como me gustaría decirlo.

LO NORMAL

Leo en el periódico que ha muerto J.M. A continuación, lo que va siendo normal en mí: incredulidad primero, olvido inmediato después. Al

constatar estos sentimientos, profunda vergüenza. Nace de comprobar unos márgenes tan estrechos para dolernos del final de alguien con quien he tenido tratos amistosos. Pero seguramente se debe también a que yo mismo no puedo esperar de los otros reacciones más intensas a mi propia desaparición.

Última ojeada. Un sentimiento y una actitud que se me despiertan inexorablemente en ciertas ocasiones. Surgen cuando la prensa —más que ningún otro medio de comunicación— publica la imagen de alguien, conocido o desconocido para mí, que acaba de fallecer. Suele sucederme entonces que dudo de proseguir la lectura y me obligo a retener esa página unos instantes sin pasarla, me demoro todavía algunos segundos extras en su contemplación. Es una última mirada al desaparecido, que significa algo así como rendirle un íntimo homenaje. Lo que me digo entonces es que, en cuanto salte a otra noticia, me olvidaré de él y habrá muerto un poco más todavía. Esa detención y esa mirada, tan leves y pasajeras, se las debo para que no desaparezca del todo y tan pronto. Es sólo un fallecido más, pero es él, *esta persona* y no puedo desentenderme tan inmediatamente de ella. Si en mí tampoco dura ni ese abrir y cerrar de ojos, ¿cómo confiar en que uno mismo vaya a perdurar algo más?

Injusticia del olvido. Me he descubierto esforzándome en rendir homenajes privados póstumos a autores ignorados, tan sólo a fin de reparar la injusticia de su olvido..., y previendo el olvido tal vez aún mayor en que caeré yo mismo.

SÓLO PARA VIEJOS

Hay cosas de las que parece meditarse mejor en la vejez. A quien esto escribe le sigue asombrando, por ejemplo, que la mayoría no se anime a protestar con más frecuencia e intensidad contra el abuso o la mentira estruendosa. Y esas conductas no denunciadas me indignan más, a

medida que crece la conciencia de la brevedad de la existencia humana. Ese comportamiento que tanto me irrita será pasto inmediato del olvido, al igual que yo y mi protesta. De acuerdo, pero ¿no es precisamente ésa la razón por la que *en este preciso intervalo* de la eternidad alguien debería dejar constancia de que ese mal está ocurriendo y de que protestamos por ello?; y, si no lo hacemos uno u otro y ahora, ¿quién y cuándo lo hará?

Es justamente la finitud la que nos invita a (¡nos ordena!) vociferar nuestra rebelión. La infinitud resulta sorda, la eternidad no va a recoger la memoria de esa vida y menos todavía de aquel detalle minúsculo de esa vida. Por eso mismo, ahora o nunca. Como no habrá juicio final, tenemos que celebrar ahora nuestro propio juicio. Lo que pasa se escurre velozmente por las tragaderas de la historia y a nosotros —a nuestro sentido de justicia y de piedad— nos toca rescatarlo de la ferocidad inclemente del tiempo. El simple paso del tiempo es lo contrario de la acción de la justicia; representa más bien lo que a menudo la retrasa, la deforma, la suplanta. Pero el presente nos encomienda conservar el pasado y facilitar el futuro: que en ese futuro se recuerden las iniquidades de este presente para prohibir su regreso; que ninguna ignominia ni los sufrimientos que ha originado queden sin conocer y sin condenar (si ya no cabe reparar). No es casi nada, pero en ese *casi* nos salvamos un poco de esta *nada*.

SIGNIFICADO DESCOMUNAL

Un recuerdo, siquiera un momento de recuerdo para C. antes de irme a dormir, mientras él duerme el sueño eterno. Otro amigo que apenas se ha ido y ya le estoy olvidando. Para sentirse acongojado debería bastar repensar el significado de locuciones como «no ser ya» o «no estar entre nosotros». Pero no captamos el sentido descomunal de tales términos, pues todo lo que tenemos a la vista nos disuade de hacerlo. El cuerpo de quien tanto estuvo a mi lado en los viejos tiempos, con quien me reí tanto, pasa esta noche en un tanatorio aguardando a ser mañana incinerado y

dejar de ser del todo. ¿Habré de proseguir la vida como si nada hubiera pasado? ¿Por qué no me explicó a su tiempo lo que significaba morir, aceptar o (más exactamente) desear sucumbir y desaparecer, como llegó a confesarme una noche? ¿Hasta dónde creció su dolor para optar por esta preferencia? Una vez más, el enigma ante el que uno sólo sabe balbucir o caer en frases hechas.

BORRAR DE LA LISTA

Los números y direcciones que de cuando en cuando borramos de nuestra lista de contactos telefónicos o del correo electrónico corresponden a personas que en ese mismo instante —quizá por última vez— estamos tachando de nuestra existencia. Momentos amargos éstos en los que las personas mayores nos topamos con nombres propios que ya no corresponden a seres vivos... y los eliminamos definitivamente de la agenda, como si fuéramos dioses.

TODOS MERECEAN RECORDARSE

Alcance último de la compasión: todos los hombres merecerían ser recordados. Más los grandes, pero también los pequeños; con mayor razón los buenos y admirables, pero asimismo los perversos y reprobables. Todos. ¿Y por qué razón? Por haber sido «de los nuestros», de nuestra raza y condición; es decir, nada más y nada menos que hombres. Esa piedad que dediquemos a cada ser humano siempre será insuficiente, bastante inferior a la que *necesita*, eso seguro; pero ¿no será también inferior a la que *merece*? Es cierto que probablemente antes se habrá hecho acreedor de muchas cosas: de justicia o reprensión, unos más de aquella y otros de ésta, desde luego; pero además y siempre y en todos los casos... de piedad.

El menor de nosotros está infinitamente más cerca del más sobresaliente de los hombres que del animal más inteligente y abnegado. Por eso un ser

con semejante valor debe ser resarcido de su probable desventura en este mundo y rescatado del abandono que lo sepultó durante siglos o milenios. Si fuera posible, habría que liberar su memoria de tanto silencio e indiferencia. Son incontables. Pero son los únicos muertos que nos lo pueden reclamar, porque fueron seres autoconscientes y dotados de dignidad.

LA VIDA CONTINÚA

Ayer me preguntaba por quienes han sufrido la mayor de las tragedias: esos padres que han visto a su hijo morir o degradarse hasta extremos irreversibles por la droga u otros artefactos del horror. Me viene enseguida a la cabeza la banalidad del tópico «pero la vida continúa». Pues es muy probable que la vida de tales progenitores ya no siga adelante, sino que se detenga definitivamente en aquel recodo trágico; o al menos no proseguirá de la misma manera, sino como una especie de infravida, un doliente vagar de quien ya no puede permitirse una sonrisa o la menor esperanza...

Y, aun con todo, probablemente exagero y el tópico bienintencionado acierta. Por impensable que parezca, aun contra nuestra voluntad aferrada al no del sinsentido, incluso con un tono vital muy menguado, la vida continúa. En rigor, sólo se ha detenido la vida del fallecido o desahuciado, pues la nuestra sigue. Incluso para meditar sobre la conveniencia de poner fin a la propia vida, hay que seguir vivo durante algún tiempo, a menudo el suficiente para que renazca el afán de vivir que parecía agotado. El muerto se queda solo en cuanto muere; el vivo, al contrario, ni siquiera en la más solitaria de sus soledades ha dejado de permanecer en medio de la comunidad. Es esta comunidad real o imaginada, cálida o más templada, la que nos fuerza a seguir viviendo. Porque alguien nos espera, mientras que ya nadie espera al muerto. Al fin, será alguna comunidad la que nos salve.

LOS MEJORES PARA MÍ

¿Quiénes son los mejores para procurar tenerlos por amigos o compañeros? Desde luego, los que nos hacen encarar la vida con alegría, esos gracias a los cuales uno desea seguir viviendo, aquellos por los que la mera esperanza de volver a verlos nos sirve para endulzar cualquier disgusto o atenuar muchos pesares. Vivo porque quiero que ellos vivan conmigo o también, simplemente, porque quiero que ellos vivan. ¿Y hará falta añadir que serán asimismo estos mejores quienes me ayuden a aceptar mi muerte, no a ocultarla, a afrontarla con la mejor cara o la broma oportuna? Éstos son en verdad los más míos. Todos los otros simplemente están a mi lado o casualmente pasaban por allí.

SER MÁS AHORA

Una pregunta clave: por qué dedicar tanto empeño a tareas que, a la postre, de nada valen frente a la tragedia que corre ya a nuestro encuentro. Es decir, que no van a aumentar en un día mi vida, ni a disminuir un ápice la pena que me embargará al dejarla. Una respuesta diría que todo lo hacemos para dar esquinazo provisional a la muerte o, mejor, para dejar en suspenso su llegada. Resulta toda una confesión sugerir que así *nos entretenemos o nos distraemos*, porque viene a reconocer que empleamos el tiempo acuñando fórmulas para embotarnos, que pasamos los días ahuyentando la idea del fin de nuestros días. No hace falta que nos pongamos a ello de manera premeditada, salvo en períodos críticos de nuestra existencia. Ya hemos aprendido que la entrega al trabajo, a la actividad rutinaria (que para nuestra suerte se nos viene encima, lo queramos o no), representa el mejor revulsivo contra la tentación de desesperar. Incluso sin ser conscientes de ello, el trabajo y el ocio, la obligación y la devoción, se incluyen en el capítulo de las *diversiones*. Nos permiten dar la espalda al fantasma de lo irremediable y de su proximidad.

Para algunos, con todo, hay algo más en nuestros empeños. Ese algo consiste en un combate expreso contra la muerte y sus secuelas. No estoy pensando en quienes se atreven a confiar en la fama. A eso sólo pueden aspirar un puñado de selectos, y aun así parece una inmortalidad francamente limitada. Aquel combate contra nuestro enemigo se justifica en algo más sencillo y a la altura de todos. Simplemente en que no estamos hechos de la materia de cualquier otro ser del mundo, que no vivimos al modo de lo no humano y que, por eso mismo, no nos resignamos a morir como todo lo demás. Si no hay protesta definitivamente vencedora contra lo que aminora los años de vida, la única rebelión que nos queda es con vistas a aumentar el espesor de la calidad de nuestra vida, por conquistar una vida más humana. Como algún día ya no estaremos entre los humanos, ganemos ahora la mayor humanidad posible. Ser más ahora por no ser después; ¿una especie de resarcimiento en vida?, ¿un testimonio de que no nos corresponde la muerte?, ¿o un renovado embozo de nuestra desesperación? Representa desde luego un clamor dirigido a quien no está ahí para escucharnos. Pero también es un modo de adiestrarnos para no decaer, para mantenernos firmes en nuestra excepción. Demos muestras de nuestro valor hasta el adiós definitivo. Aunque nadie nos lo vaya a reconocer ni a premiar; o, mejor, precisamente porque nadie lo reconocerá ni premiará. Yo conmigo mismo; a cada uno debería bastarle la propia satisfacción.

A LA HORA JUSTA

Las mismas preguntas de siempre, al final del año pasado y a comienzos de éste. ¿Cuándo tocaría *justamente* morirse? Sabemos el criterio al que se atiene la naturaleza al decretar que uno está ya listo para desaparecer cuando ha criado a su prole. Claro que esa lógica admite asimismo el accidente y la sinrazón y, por tanto, uno tiene que morir si sufre una enfermedad incurable o un atentado mortal, o simplemente se le complica un resfriado. Es decir, también cuando a la naturaleza le da su real gana.

Pero habría otra manera de entenderlo. Imaginemos una especie de lógica justa, que respondiera a los méritos de cada cual, la que mostrara cuanto lleva dentro, todo lo que ha conquistado, aprendido, etc., en su vida, con su experiencia y reflexión. En tal caso, *deberíamos* morirnos tras haber desplegado cuanto cabía esperar de nosotros, los proyectos que soñábamos emprender, las relaciones humanas posibles, los goces que aún nos aguardaban, nunca antes. Las circunstancias nos habrían ido arañando una y otra vez nuestras capas útiles de humanidad, desgastando hasta que ya no quedara nada que rebanar. La primordial tarea de la vida es la transmisión de vida y, entregada toda la que uno acumulaba, sería la hora de despedirse.

Ni siquiera sería ésta la hora más justa. De hecho, tal respuesta nos abocaría a una situación francamente extraña: que unos deberían abandonar el mundo al poco de haber llegado, digamos que en cuanto dejan patente que malbaratan sus posibilidades, y que otros tendrían que durar bastante más allá de los límites naturales previstos para la vida humana. Al fondo de esas hipótesis, sin embargo, habrá que ver si no late una concepción aristocrática de la existencia humana o simplemente bien poco justiciera y compasiva. Pues con sólo calcular por encima el peso de la suerte entre los humanos, ¿hemos de tenernos por enteros responsables de lo que hemos hecho con nuestras vidas? Existe, sin lugar a dudas, una *suerte moral*.

SÓLO SE VIVE CON METAS

¿Qué vi en su rostro? Vi la tristeza que no se atrevía a mostrarse a las claras. La mirada de decepción y de sorpresa al entender que la vida por fin *era esto*. Me pareció que no lo habían previsto y que les pillaba de sopetón. Los hijos son su único consuelo, su motor para vivir, pero ni aun eso parece suficiente. Sus compañías más cercanas están muertas, o separadas o mal avenidas. Y casi nadie cuenta con otro quehacer que supla o rellene esos vacíos. Quien antes no ha vivido de veras tampoco

vive a fondo después ni creo que se entusiasme por seguir viviendo. Toca en definitiva repensar el valor de la vida, que no vale como mera supervivencia, sino que ha de contener alguna meta que nos siga atrayendo día tras día..., sobre todo cuando los indicios de la consumación son ya demasiado visibles.

ILUSIONES NO ILUSORIAS

«De ilusión también se vive», me insiste con originalidad un pariente para contarme sus ganas y hasta su esperanza de sobrevivir. Y le contesto que sí, pero sobre todo que sólo se puede vivir con ilusión. He querido pasar del sentido de «engaño» de la ilusión (lo ilusorio) al de expectativa nacida de un plan que nos empuja hacia adelante. En este segundo sentido, la ilusión siempre es ilusión de vivir, o sea, por seguir viviendo; pero se trata de un seguir viviendo porque hay algo que queremos hacer, o conocer o cumplir. Si no, no hay vida propiamente humana.

Claro que en esta ilusión como proyecto puede encerrarse también mucha treta, pero seguramente no siempre conviene denunciarla. Los que van para ancianos recurren a lo que sea para no hundirse en la tristeza incontenible ante lo que está asomando. Todo lo que hacemos en la vida, y con mayor razón lo que hagamos a lo largo del declive final, tiene como objetivo básico aplazar nuestra cita con la parca y como motivo secundario —aunque a menudo se tome por el principal— el que mande en cada caso. Los motivos inmediatos más soberbios y lucidos tienen, además de su propio encanto, la ventaja añadida de que neutralizan con mayor vigor el anuncio de la muerte. Tampoco es una ventaja de suficiente fiabilidad. Sólo me atrevo a presumir que la satisfacción de lo vivido, en quien más partido le haya sacado, puede ayudarle a contrapesar siquiera un poco la congoja por abandonar la vida.

EL MÁXIMO CONSUELO

Del último trabajo de P. Ricoeur: «Nada se pierde de lo que ha sido. Significado mínimo: nadie podría hacer que ese ser no haya existido». Me interesa contrastar el poder balsámico de esas sentencias para el individuo humano. La primera nos ofrece un escaso alivio, porque no disipa nuestras dudas. Aun suponiendo que todo lo que ha sido se conserve, una de nuestras indagaciones más acuciantes es averiguar dónde ha ido a parar y nos espera lo ya sido. Tan perentorio es el deseo de obtener respuesta que a lo mejor, si contáramos con algún barrunto de ésta, hasta nos permitiría afrontar la muerte con mejor ánimo. En cambio, la segunda sentencia, además de acertada, se presenta como insuperable. Valor de mi vida: sencillamente, haber vivido, algo de lo que un número infinito de potenciales sujetos humanos no pueden preciarse.

Mejor haber nacido. Más importante que morir es haber nacido. Un pensamiento contundente —aunque no sea un paliativo seguro— en los momentos más amargos de la existencia: que es mejor ser que no ser, vivir como hombre y entre los hombres que haberse quedado en el limbo de lo que sólo pudo ser pero no fue. Que, pase lo que pase, cualquier desventura siempre será menor frente al triunfo de haber llegado a ser humano, dotado de conciencia y por eso de dignidad, capaz de gozar con lo bello y de pensar lo infinito. Es exactamente lo contrario de aquello que invocó Epicuro: «Mejor no haber nacido. Y, en caso de haber nacido, pasar cuanto antes las puertas del Hades». He ahí un pronunciamiento radicalmente desorientado, absorbido por una desdichada emoción del sujeto y la pesarosa circunstancia que la provoca. La ventaja del ser temporal frente al eterno no ser parece algo fehaciente, sea cual fuere el alivio o el disgusto coyuntural que esto nos traiga. Por lo demás, retrucar aquel dicho epicúreo no sería difícil: «Lo mejor es no haber nacido; ¿pero a quién le pasó?» (Alfred Polgar).

La nada de antes y la de después. Llega mi cumpleaños (¡65!) y aflora la pregunta: ¿predomina la satisfacción por los años que me han

concedido o más bien la tristeza por los pocos que me van quedando? Tendría que ser lo primero, pero temo que no pueda dejar de lado el segundo sentimiento. ¿Y por qué hemos de escoger entre tales alternativas cuando habría más bien que agarrar ambos cuernos del dilema? Aislarlas resulta una tosca abstracción, porque sólo juntas permiten vivir como seres humanos. Festejar nada más que la fortuna de una larga vida sería cerrar los ojos al otro aspecto, al horror de la aniquilación. Pero no conmemorar sino la nada de *antes* y desatender la de *después* también sería mentiroso por sectario. La trágica condición humana se fragua en la simultaneidad de ambas realidades. Alguien dirá que, se mire como se mire, la última opción (limitarse a la perspectiva pesimista o desesperada) siempre será más apropiada que la contraria, siquiera medida en términos cuantitativos. Ese tal se confunde lastimosamente. Los pocos años que voy a ser y los millones de siglos que no he sido ni seré no admiten proporción ni simetría entre sí. Por eso no vale el argumento de que, igual que antes de nacer no éramos nada, también después de morir volveremos a la nada. Y es que en el *estado prevital* falta el sujeto y no cabe por tanto idea ni añoranza alguna de vida, pero en el *estado premortal* sabemos ya qué es vivir y prevemos su pérdida con insufrible pesar y la muerte como la violencia más injusta. Son estados inconmensurables y el argumento que los compara resulta falsamente consolador por capcioso.

¿Y tratar de vivir como si nunca fuéramos a morir? Sería lo contrario de esa otra encomienda, afín al punto de vista de la compasión, de vivir como si nos fuéramos a morir mañana mismo. Me figuro sencillamente que no es posible: la conciencia de nuestra finitud se nos colará por todas las rendijas del alma. En último término, parece que no cabe solución más idónea que la de alegrarse (o reducir en lo posible el malestar) por estar viviendo, por haber disfrutado de este inusitado privilegio frente a tantos seres futuribles que se quedaron en el reino de lo virtual. Bien mirado, es una ventaja que debería

compensarnos de cualesquiera otras pesadumbres. Pero ¿cómo indemnizarnos por el hecho de que un día dejemos de ser *para siempre*?

Todo esto salió la otra noche en la charla durante la cena con dos amigos. Mi tesis, la de que, pase lo que pase y nos vaya mejor o peor, resulta incomparablemente más valioso vivir que no haber sido, fue rechazada de plano por uno de ellos. Es natural. Tras la tragedia no queda fibra alguna para cantar el valor insuperable de la vida cuando se contrasta con el tormento que también puede depararnos. Que en abstracto y a priori la vida sea mejor que la no vida, lo doy por indiscutible; la cuestión es si eso mismo puede sostenerse en concreto y después de experimentada alguna de sus desventuras. La razón me dice casi siempre una cosa, las tripas otra.

That's the question. Pese a todos sus pesares, me digo que esto de vivir como hombre es algo que me distingue y me eleva frente a lo que no es, ni ha sido ni va a ser humano. Algo que me descubre a personas tan admirables, horizontes de saber tan espléndidos, proyectos tan eminentes, esperanzas tan grandiosas..., resulta un regalo impagable que debería estar agradeciendo sin descanso. Hamlet tenía razón: *ser o no ser, ésa es la cuestión* más propia del hombre, la única que importa. Todas las demás pueden subordinarse a ésta, todas al cabo remiten a ésta. Pero el examen no habrá hecho más que empezar. Pues ¿quién sabrá responder por qué es o por qué vive?, ¿y para qué habrá servido nuestra vida?, ¿y qué quedará de todo eso que hayamos vivido?

Habrá que seguir meditando si, a la vista de los males cotidianos y su suma total, puede aún mantenerse la presunción de que vale más ser o vivir que no ser y no vivir. Quien objete con quién nos compararíamos para defender la primera de esas tesis debería someterse a su vez a la misma objeción: cómo sabe él que la

inexistencia hubiera sido preferible a la existencia. Yo me inclino a pensar lo contrario, incluso en el supuesto de una vida hartamente miserable y cuajada de dolor. Será dolorosa sin duda e incluso su sujeto podrá abominar de haber nacido, pero su valía real será independiente de los sentimientos que esa vida pueda suscitarlos.

Los muertos prefieren su pasado. Sin la menor duda, digamos con Azúa que «el pasado de todos los muertos fue mejor que su presente». Sí, aunque tal vez bastantes de ellos no siempre lo percibieron así en su vida, porque habrían elegido estar muertos antes que sobrellevar una existencia desdichada. Subjetividades aparte, aceptemos entonces que sentir la desdicha contiene paradójicamente mayor riqueza que tener negada toda posibilidad de experimentarla. Acordemos que «la inquietud de los vivos es preferible a cualquier tiempo futuro o pasado, aunque no sea lo mejor». Nada más cierto: por enojoso que pueda parecer, estar inquieto contiene más realidad humana que permanecer definitivamente quieto porque ya ha sido o carente de proyectos porque aún no es.

Ser actual o ser potencial. A una edad madura quien más quien menos ha atravesado períodos en que no sólo le es indiferente vivir o no vivir, sino que prefiere estar muerto que seguir vivo. Pero sabemos también que cualquier mínima sensación de bienestar o de crecimiento personal, cualquier expectativa de sorpresa agradable, basta para corroborar una vez más lo evidente: que un instante de ser hombre vale más que toda la eternidad de no ser nada. Claro que esto no lo percibimos en las coyunturas trágicas, en las que ese modo de ser carga con un peso o una angustia insostenibles. ¿En cuál de esos dos estados de ánimo contrarios se halla o se atisba mejor la verdad? Diría que en el más sereno y tranquilo. A fin de cuentas, sea cual fuere nuestro talante, parece incontrovertible que ser es más que el mero poder ser. Una obviedad: si yo pienso, escribo esto, hago lo otro y espero lo de más allá..., se debe a que estoy siendo. Todo, bueno y

malo, se me da a partir de y mediante mi existencia; todo se me quita si se me priva de ella. Y hasta me digo también que ser nada más que una humildísima hoja de árbol rebasa infinitamente la mera posibilidad de llegar a ser esa hoja de árbol.

Hasta el mayor criminal. «Lo que no muere no vive», ha escrito Jankélévitch. En efecto, lo que vive tiene que morir, pero también cuenta eso que no muere porque no ha vivido. Todo lo que pertenezca al no-ser (y mientras no sea) no va a morir porque ni ha nacido siquiera. Y del mayor criminal, de éste al menos sí, ¿no deberemos decir que más le valdría no haber nacido? No, sólo deberá decirse que más le valdría no haberse convertido en un criminal, pues hasta su miserable vida vale más que la falta absoluta de vida. Esa existencia tan despreciable, y en principio tan preciosa como la de sus víctimas, ha ido ciertamente perdiendo valor conforme arrebatava su vida a aquellas pobres víctimas. Así y todo, ¿alguien negaría que este perverso modo de ser se halla a años-luz de no ser nunca nada...?

LOS «COMO SI»...

Se repite que hay que pensar como si fuésemos a vivir eternamente y vivir como si fuéramos a morir al día siguiente. Se me ocurre que cada una de las partes de esta sentencia podría también alentar el impulso contrario al que se supone que señala. En caso de pensar como si fuéramos a vivir sin término, es más que probable que pronto dejaríamos de pensar en absoluto. Si nos creyéramos eternos, perdería todo sentido meditar en la muerte propia o en el sufrimiento del mundo..., y con ello se habría eliminado la ocasión y el acicate principal del pensamiento. A menos que, en su lugar, nos viéramos entonces forzados a discurrir sin descanso el modo de entretener nuestra eternidad; presiento que pronto nos agotaríamos. Al revés, si viviéramos como si nos tocara morir al día siguiente, lo mismo nos daría entregarnos desafortunadamente desde la víspera a los placeres secretos más codiciados que al recogimiento

espiritual que nos permitiera recobrar el sentido profundo de nuestra existencia.

Hemos de vivir, pues, *como si* fuéramos inmortales, pero a sabiendas de que no lo somos. Es más; sólo podemos proponernos semejante lema de conducta desde la certeza de que se trata de un ejercicio de osadía y para hacer más llevadera nuestra pesadumbre de seres perecederos. Es una desmesurada avidez de eternidad contra nuestra insuperable conciencia de fugacidad. Y esta certeza nos seguirá recordando sin cesar que debemos vivir al mismo tiempo como seres que vamos a morir. Sin ese apoyo indubitable, ¿por qué la compasión, la solidaridad y otras virtudes?; ¿por qué la urgencia de gozar y actuar?; ¿de dónde brotaría el saber de nuestra excepcionalidad? La perfección consistiría en ser fieles a la vez a ambos lemas: vivir como si fuéramos inmortales y, al mismo tiempo, con la certidumbre indubitable de que somos efímeros mortales. Pero aún nos queda a los sujetos morales una divisa superior, la de Kant: hay que vivir como si *mereciéramos* ser inmortales.

ENANOS COMO GIGANTES

No nos hacemos cargo de lo pequeños que somos; describirnos exigiría un depósito repleto de adjetivos para calificar lo minúsculo. Nuestro planeta es un punto casi invisible en un universo inconmensurable, perdido en un espacio que nos desborda en millones de años-luz. Nuestro tiempo representa menos que un *clic* en medio de una duración que le precede en miríadas de años y le seguirá en otros tantos. Nuestro exiguo lugar en el mundo pasa inadvertido en todas las demás partes del planeta. A la inmensa mayoría nuestras capacidades les parecerán —y son— una menudencia, lo mismo que nuestros proyectos y aspiraciones. Nuestras alegrías resultan tan ridículas como nuestras penas. Así habría que seguir esta enumeración hasta el cansancio, porque es la manera exacta de dar a entender la poquedad de que nos gloriamos, lo ínfimo de nuestras dimensiones. Pero, una vez constatado que cuanto hagamos y nos hagan

no ocupa más que un rápido parpadeo en la vida de la Humanidad, que a su vez no significa ni siquiera eso en la inmensidad del universo y en el transcurso del tiempo..., proclamaremos que nuestra incomparable diferencia estriba en estar dotados de dignidad. O sea, de conciencia y libertad. Así pues, ¿cómo no vamos a desear que haya Alguien que nos esté esperando? Somos los únicos enanos que se quieren gigantes, los únicos microbios ufanos de su grandeza.

LO UNO SIEMPRE CON LO OTRO

En la vida no se puede querer una cosa sin que venga asociada a otra que no queremos. Desear algo es siempre rechazar a la vez lo otro que se adherirá a lo deseado. Conseguir algo es, en el mejor de los casos, lograr eso y *lo otro*. Eso otro puede ser ya previsto y asumido o, en parecida proporción, insospechado y sorprendente. Puede disgustarnos tanto que su mera previsión nos paralice y disuada de nuestro empeño principal; o que su inesperada venida nos amargue la satisfacción de lo logrado y hasta nos arrepintamos o nos preguntemos si ha valido pena. Todo eso cabe y las situaciones y reacciones serán sin duda variopintas. Lo imposible es que lo claro venga sin lo oscuro y lo bueno sin lo malo. Lo consignamos sin cesar: la letra con sangre entra, el que algo quiere algo le cuesta. Es la certeza obvia de que no hay nada bueno ni malo del todo, que todo es una mezcla y que sólo llamamos bueno a lo que tiene mayor proporción de bondad que de maldad. Lo mismo significa «no hay mal que por bien no venga» y «no hay bien que por mal no venga», tanto monta como monta tanto... Probablemente en la comprensión de esta simultánea dualidad, en la aceptación del doble o múltiple rostro de cosas y personas, radica el secreto de un comportamiento equilibrado. Mejor dicho, este secreto estaría en saber sacar el máximo provecho de todo ello. Déjenme recordar aquí a Montaigne: «El hombre, en todo y siempre, no es más que amalgama y mezclanza». Ahora sólo falta procurar entender que, así como la vida viene a una con la muerte, también para nosotros la amenaza de muerte debería fomentar más y mejor vida.

LA POTENCIA DE NUESTRA FINITUD

Apuntaré algunas de las reflexiones que hice durante la defensa de aquella tesis doctoral sobre el pensamiento de Camus. El nihilismo sería producto de la conciencia de la finitud cuando se entrega al absurdo y a la desesperación. Nada tendría sentido, ni siquiera expresar el sinsentido y rebelarnos frente a él. La finitud nos pone ante el límite absoluto e insalvable: por qué proyectar, comenzar o proseguir lo que no va a perdurar. Ese nihilismo, en el mejor de los casos, tendría que desembocar en la ética de la cantidad, o sea, en probarlo todo, acumular experiencias de toda índole. A una con ella instaura la equivalencia de las formas de vida y el relativismo moral: «Si Dios no existe, todo está permitido».

La pregunta por el sentido es inesquivable, y ahí reside el privilegio (¿y la desgracia?) que instaura nuestra capacidad racional, esto es, nuestra libertad. El mundo carece de sentido, escribe Camus. «Pero sé que algo en él tiene sentido y es el hombre, porque es el único ser que exige tener uno» y nos parece que eso basta para tenerlo. Pues de esa conciencia desgarrada de la finitud surgen varias convicciones. La primera, la consigna del *carpe diem*. Pero al mismo tiempo el cultivo de la compasión y de la solidaridad. Precisamente porque no hay transcendencia que pueda confortarnos de nuestra intranscendencia venidera, es *aquí y ahora* cuando nos tocará condolernos de las desgracias respectivas, proponernos no aumentar el sufrimiento propio de la irreparable finitud que compartimos.

Entronicemos entonces la radical autonomía del ser humano: nosotros somos nuestros únicos dioses. La moral autónoma es la más exigente. Precisamente porque no hay Dios que nos premie o castigue, tenemos que ser mejores por nuestra soberana decisión. Justamente por la ausencia de ese Dios, sólo estará permitido o prohibido lo que nosotros mismos dispongamos. Un resultado: desde la conciencia de la finitud del ser

humano brota la relativa infinitud de la Humanidad. Lo mejor de la Humanidad sería fruto del esfuerzo conjunto en la búsqueda del sentido y de superar las barreras de aquella finitud: pensamiento, política o arte.

Para aceptar todo esto no se precisa una «fe filosófica». Yo no diría que el rebelde «decide creer en el sentido de la libre exploración del sentido». Esa rebelión puede ya partir de unas evidencias tan observables como la de que ser, aunque fuera de modo limitado, es mejor que no ser en absoluto. Pues habría una especie de gradación descendente del ser: ser infinito, ser finito e infinito no ser. No debería haber dificultad en reconocer que, en el mundo intermedio de lo finito, ser hombre vale más que ser cualquier otro animal o cosa. Y así concluiremos que vivir como seres humanos implica sacar lecciones de nuestra finitud y emprender las acciones pertinentes contra sus peores secuelas. En suma, el combatir por un mundo ajustado a esta vida humana finita.

EL SENTIDO DEL SINSENTIDO

Puede uno experimentar un *sentimiento trágico* de la vida sin inclinarse por ello a regatear un sentido inmanente a su vida. «Si del todo morimos todos, ¿para qué todo?», truena Unamuno para exhibir el sinsentido y su desgarrada protesta. Pues, mire, don Miguel —cabría iniciar la réplica—, a fin de congratularse de la bondad de que los hombres somos capaces o la belleza de la naturaleza y de las creaciones artísticas. El sentido de nuestra existencia no tiene por qué extenderse a la totalidad de sus componentes ni incluir su eternidad. A falta de esta inmortalidad, y sin incurrir en vanidad alguna, aún podríamos y deberíamos sentirnos sumamente orgullosos de que la casualidad nos haya señalado entre los innumerables candidatos posibles para venir al mundo de los hombres. Todavía tendríamos que agradecer a la fortuna no sólo haber llegado a ser, sino a ser individuos tan valiosos. Ello no quita que, como aquel pensador recalca, el tener que morir haya de ser para nosotros una sinrazón: «El hombre es perecedero. Sea; pero perezcamos resistiendo y,

si nos está reservada la nada, no hagamos que sea una justicia». Ahí sí me tiene de su parte, don Miguel.

EL MAYOR OBSTÁCULO

Me asalta de vez en cuando un oscuro pensamiento, sin suficiente definición, de que todo se arreglaría si fuéramos capaces de entender todo y a todos desde la muerte. Y, para empezar, de aprender a reconciliarnos con ella. Sólo que aquí se encierra el obstáculo mayor: ¿cómo dar el sí a la vida, a sabiendas de que un día ella nos obligará al no, a abandonarlo todo?

PARA PALIAR LA PENA

¿Cómo habría que hacer para que, en mitad de los dolores de la enfermedad o del abatimiento ante la vida que se nos escapa, fuéramos capaces de recordar a nuestros amigos, logros, disfrutes, lugares más gratos, saberes, satisfacciones..., que han sido tantos? Y a estas alturas de la vida, ¿no será la más universalmente exigible comunidad humana una *comunidad contra la propia muerte*?

REÍRSE DEL ENEMIGO

Ayer éramos una panda de adultos tirando a ancianos que se habían juntado a cenar no se sabe con qué excusa. Tal vez la de celebrar que seguíamos viviendo. Éramos un hatajo —literalmente, bien lo sabíamos— de supervivientes; de personas que han sobrevivido a caídas, abandonos, ingresos en la locura. Como era de prever, buena parte del tiempo nos ocupamos de achaques propios o ajenos, de unas muertes más o menos anunciadas... Y, sin embargo, hicimos bromas de esto y aquello. Ahí se encuentra seguramente el mérito del viejo: en que aún se mofa o hace chirigotas pese al Enemigo que se le cuela por todos los entresijos del cuerpo; en que no desfallece con tantos fallecimientos. Esto al menos

ha de sernos reconocido.

Chancearnos de la muerte. ¿Qué indica, más que ninguna otra cosa, que estamos vivos? Que podamos reírnos de nosotros mismos como *morituri*, o seres enfilados a la muerte, que sepamos incluso bromear sobre quienes nos han precedido. Ya sabemos que somos los que irán en la siguiente expedición, el viaje no debe pillarnos de improviso. Por eso mismo «tenemos que gritar, cantar, glosar la muerte e incluso *chancearnos* de ella: tal es nuestra tarea cotidiana. O, si se prefiere, ¡hablar con abundancia de ella para que ella no hable en nuestro lugar!» (Louis-Vincent Thomas).

UNA ALTERNATIVA CRUCIAL

Se supone que a los descreídos el pensamiento anticipado de su muerte les tiene que hacer malos o peores. Sin ninguna esperanza de transcendencia, todo nos pide descuidar cualquier consideración hacia los demás, aprovecharnos de quien sea, por próximo que se encuentre. Ya no habría que guardar la menor convención social. Si nada esperas más allá, ¿por qué vas a rendir pleitesía al más acá? Y, sin embargo, en esto reside la alternativa: o crees en los bienaventurados con quienes algún día convivarás en el cielo o sólo queda refugiarte en la tierra de la sociedad humana. En otras palabras, un dilema capital: muerto Dios, ¿todo está permitido o, al contrario, es entonces cuando más debemos proteger al individuo y a la comunidad, proclamar el carácter sagrado de todo ello precisamente como la última defensa, como el grito final de los desventurados? Me acojo a la segunda opción de la alternativa.

APRENDER A MORIR

Para prepararse y aceptar mejor nuestra muerte, una vez desechada la idea de una vida posterior, se nos ofrecen dos vías principales: o bien le restamos valor a la muerte o bien nos restamos valor a nosotros mismos.

La verdad es que no sé cómo depreciar el valor de la muerte, que acaba con el valor de todo. No puedo ser epicúreo, puesto que su argumento suena a falacia o a broma. ¿Cómo que la muerte «nada es para nosotros»?; lo es todo, porque nos arrebató todo o porque reduce en un santiamén todo a nada. La nada no es una nadería. No creo que haya algo que deba tomarse tan en serio como la muerte («la acción más notable de la vida humana», la llama Montaigne), precisamente porque ella reviste a todo lo demás de su propia seriedad, porque revela la seriedad de todo en trance de volverse nada...

Así que no queda otra opción que restarnos valor a nosotros mismos, y eso puede tener muchos significados. La fórmula que propone Tugendhat sería adoptar una suerte de relativismo por la que «no me considero a mí mismo como último punto de referencia de todo lo que considero importante. En relación con el mundo no tengo importancia». La misma muerte, cuya presencia al fondo empuja al recogimiento de uno mismo, me sugiere también prestar atención a lo que no soy y no me pertenece. Aquella centralización inicial se transforma entonces en una descentralización de sí que nos aboca a tomar conciencia simultánea de nuestro sumo valor y de nuestra insignificancia.

Restarnos valor significa, pues, no creernos a pie juntillas nuestras convicciones y no tomar demasiado en serio nuestros proyectos y obligaciones. El sentido del humor tiene aquí su cuna. Los lazos personales serán todo lo potentes que se quiera, pero siempre sabedores de que seguramente habrán de aflojarse un día y tal vez romperse otro. En cierta medida, para poder acoger a la muerte, le tenemos que dar el trabajo casi hecho. Quiero decir, procurar que ella apenas se lleve nada: no de mi cuerpo (que ya está casi entero en sus manos), sino de mi alma (que parece restar más en mi poder). En esto consistiría el «aprender a morir» de los clásicos, en fin, en que el mortal aprenda a no considerarse un viviente eterno. Debiera ser tarea de toda la vida, pero la vejez parece el período más indicado para ese aprendizaje.

LOS HIJOS COMO AMARRAS

Los hijos, por lo común, te dan razones para vivir, te atan a la vida; la falta de hijos te quita una parte de esas razones y afloja las amarras vitales. Tal vez sea objetivamente cierto que, con los hijos, la naturaleza te da a entender que ya has cumplido tu misión y puedes ir haciendo mutis. Pero subjetivamente no es menos cierto que la falta de hijos es lo que puede arrastrarte a la convicción de que ningún cometido sustancial tienes que desempeñar y que sólo aguarda la muerte.

PARA ALARGAR LA ESPERA

¿Por qué a tus años hacerte cargo de un ser humano? Las respuestas abundarían, pero hay algunas más probables que otras. Seguramente porque quieres sobrevivir en tu vida misma, alargar (¿aligerar?, ¿engañar?) la espera gracias a la sonrisa, la ingenuidad, la niñería de un niño, del ser que ignora la muerte. También otra, que quizá sea la misma: quiero vivir en los actos futuros de ese ser y en su memoria. ¿Se llama eso afán de pervivencia?

A poco que lo piense, se me ocurren varios móviles más. Entre otros, el de asegurarnos la novedad para el resto de nuestra existencia, perpetrar un cambio de vida, proponernos una tarea de verdad creadora, saldar un déficit o una deuda conmigo mismo, hacer aflorar en el «padrino» capacidades desconocidas, etc. Pero todos esos motivos pueden resumirse en uno: resistir a la muerte y sus síntomas, lo que también podría expresarse como una estratagema para inyectar juventud en la vejez. Por eso nunca deja de sorprenderme que bastantes nos feliciten por nuestro «altruismo» o nuestra heroica tarea.

TODOS LOS RESTOS

De la muerte de alguien solemos pasar por alto muchos aspectos o detalles bien significativos. Quizá porque la envergadura del acontecimiento definitivo deja fuera de foco todo lo demás que lo acompaña. Pensemos un momento en lo que llamamos pertenencias del difunto. Bajo esta categoría incluimos su ropa, su habitación, sus libros y tantas cosas que fueron íntimamente suyas. En un sentido muy evidente, han muerto con él y con frecuencia acaban perdidas en algún desván. En otro sentido nuestras cosas nos sobreviven, son más duraderas que nosotros. Hoy conservamos asimismo sus variados vestigios electrónicos y digitales, de los que no sabemos cuándo se borrarán del todo.

Pero no menos habría que incorporar entre las pertenencias del fallecido algún rastro de los lugares y rincones que ocupaba a menudo o solía frecuentar. Son otros de sus restos. ¿Serán los mismos espacios cuando ya no los frecuenten aquellos ocupantes habituales? ¿No eran para ellos más que unos asépticos escenarios neutros en los que no dejaban huellas o aromas de sí mismos? Cuando no podemos recordar a nuestros muertos sin situarlos en sus rincones más queridos, ¿no habría que proponerse revivir esos espacios con la presencia de aquellos habitantes? Tampoco hay fetichismo en acariciar con la mano ese instrumento que él usaba, pisar el sendero que quien ya no está conmigo recorría o deleitarme con idéntico paisaje que a él le encantaba. No es superstición, sino un modo de invocar al que se fue, de estar con él a través de estos mediadores materiales. Serán gestos de piedad hacia el ausente.

ACREEDORES Y DEUDORES

A su término, la vida nos emplazará como acreedores de unos y deudores de otros. Primero, de la manera más entendible: nos iremos dejando insatisfechas deudas contantes y sonantes y sin cobrar las que otros nos deben. Pero siempre nuestra marcha irremediable hará ya imposible prestar a otros la gratitud por lo que les adeudamos en el terreno del saber o del placer. Y, claro está, tampoco recibiremos de otros ese mismo

reconocimiento que en vida nos hubiera sido tan grato, pero que llegará tarde. El prototipo de tales desajustes sería probablemente el nexo entre filiación y paternidad. El hijo, deudor por naturaleza, apenas confiesa el débito impagable con sus padres mientras éstos viven. Y los padres, digan lo que digan, echan en falta su agradecimiento.

YO SOY MUCHOS

Mi vida es *mía*, faltaría más, pero no sólo mía. Tantos han intervenido en ella, que me siento tentado a pensar que también pertenece a otros muchos. Creo sinceramente que muchas de las mejores dimensiones de esta trayectoria mía se deben a un influjo decisivo que me llegó en algún recodo de mi existencia, en ocasiones a cierto tropiezo azaroso o a alguna coincidencia casual que pudo enderezar mi camino. Es una deuda que tengo contraída con unos cuantos de mis contemporáneos, en buena parte ignorada por mí y por eso, al contrario de las que ya reconozco, sin probable devolución.

Pero no la reduzco, con ser ya mucho, a un deber de justicia hacia mis más variados acreedores. Más importa saber encararme a mí mismo como resultado de una pluralidad de seres que ahora conviven en mi interior; soy lo que todos ellos me hicieron o lo que yo hice con lo que cada uno de ellos me donó. Yo soy muchos yoes. Bien pensado, soy muchos más todavía, porque en ese interminable enlazamiento de personas habría que incluir asimismo a quienes educaron a mis educadores y a los que hicieron lo propio con aquéllos... Mi nombre es *Legión*.

EL SILENCIO ANTE EL MORIBUNDO

El pudoroso silencio que se hace en el grupo ante la noticia de que alguien se está muriendo, aunque sea nuestro más odiado adversario. Sería tal vez excesivo entenderlo siempre como una muestra de respeto hacia quien se halla atravesando semejante trance, pero sin duda arraiga

en una intuición común y radical. El acontecimiento de la muerte es por definición —mejor dicho, porque ella misma es *la definición* de todo— incomparable con cualquier otro hecho de la vida del que muere, salvo el de su nacimiento. Sólo después surge al menos una diferencia notable entre quienes, de más cerca o más lejos, asisten a ese proceso final o se informan de él. Para los lejanos al moribundo suele ser la ocasión (por lo general, no más que momentánea) de recordar apesadumbrados que ellos mismos algún día también morirán. Para los más próximos, además, esa conciencia insoslayable va emparejada a la de que es el familiar o el amigo quien se ausentará por siempre de nuestra existencia.

¿DÓNDE ESTÁ SU VICTORIA?

Es el gran desafío del cristiano, el fundamento más firme de su fe: «Muerte, ¿dónde está tu victoria?» (1 Corintios 15). No hallaremos prueba mayor de su arrogancia que la de encararse con nuestro Enemigo y soltarle: a ver, muerte, ¿por qué te jactas de haber vencido, cuando creemos que al menos Uno de nosotros ha resucitado? Más humilde se presenta el no creyente o, mejor dicho, su misma carencia de fe le obliga a la humildad. Sí, habrá de admitir, la muerte siempre sale victoriosa. Salvo Jesús y sus seguidores pasados y presentes, todos lo reconocen; con excepción del primero, según ellos profesan, nadie se ha recuperado jamás de aquélla. A esta misma hora está abatiendo a muchos miles de seres humanos, triunfando bajo las infinitas figuras de la enfermedad o del crimen, de las desgracias naturales y las aún más insoportables injusticias sociales.

Pero es cosa nuestra, de los no creyentes, el buscar otra manera de vencer a la muerte, de plantarle cara, de no dejarse derrotar del todo por ella. Sin ilusiones ultraterrenas, ciertamente, pero con convicciones refrendadas por una fe distinta de la religiosa. En un sentido que vale para todos los seres vivos, la victoria de la muerte coincide con su derrota, porque en ella se cumple el triunfo de la especie humana sobre el ser individual. La

vida de éste o aquél acaba, pero no decae por ello ni la vida humana como tal ni su valor. Hay otros muchos triunfos de la humanidad sobre la muerte, como manifiestan las instituciones de todas clases que la van relegando a un lugar cada día más reducido...

Se vislumbran también muchas formas individuales de echar ese pulso a la muerte, tantas cuantas conductas o empresas humanas manifiesten una fuerza y aspiración sobrehumanas. Cada una de ellas constituye un reto que no se acomoda sin chistar al mandato mortal; se produce cada vez que alguien concibe un gran proyecto humanitario o se empeña en enfrentarse a la barbarie a pesar de lo que nuestra fragilidad nos advierte. Porque eso significa que ha vencido al miedo. Más todavía, al presentarse la muerte como el destino ineludible de todos, multiplica el valor precioso de cada vida humana justamente por ser única y perecedera. Siempre triunfa la vida. La muerte es posterior y no puede impedir al individuo que es o que ya fue no haber sido.

5. Mayores y menores

ACUDAN A LA *RETÓRICA*

No sólo no me disculparé ante el lector por haber frecuentado a Aristóteles, sino que le excusaría de la lectura de este capítulo si me promete ojear algún capítulo de la *Retórica* del maestro. «Por su talante, pues, los jóvenes son propensos a los deseos pasionales y de la condición de hacer cuanto desean (...). Son también apasionados, coléricos y proclives a la ira (...), no son codiciosos porque no tienen experiencia de la privación (...). Tampoco son de mal carácter, sino que son bondadosos a causa de que todavía no han visto muchas maldades; crédulos, en razón de que aún no han padecido engaño muchas veces...

»En cambio, los ancianos (...), por haber vivido muchos años ya, por haber sido engañados en la mayor parte de las ocasiones y haber cometido errores (...), en nada ponen seguridad y a todo prestan menos empeño de lo que deben. Creen, mas nada saben de cierto (...). Son también de mal carácter, ya que el mal carácter consiste en suponer en todo lo peor. Pero además son recelosos a causa de su desconfianza, y desconfiados a causa de su experiencia». Y ahora les dejo seguir solos la lectura.

LAS TRES EDADES

Dividiré la vida de un hombre en tres fases temporales que podrían

resumirse así: la del *aún no*, la del *ahora sí* y la del *ya no*. Sobra aclarar que se corresponden respectivamente con la infancia/adolescencia, juventud/madurez y la vejez. Al niño y al adolescente se les niegan capacidades que sólo se atribuyen al joven y en plenitud al maduro y se suponen expropiadas más tarde al anciano por la madre naturaleza.

VAMOS A VIVIR

Recogido del blog de Arcadi Espada de ayer: «El niño se levanta y vive, y el viejo se levanta y dice “vamos a vivir”». Es cierto, no hay distancia alguna entre el niño y su vida, mientras que el mayor tiene que proponérselo y pensarse cómo vivir. Desde la ley natural, en aquella inconsciente espontaneidad reside la fuerza del primero y, en su carencia, la debilidad del segundo. Pero es que además el niño, el que entra en la vida, es la esperanza: sólo porque va a sobrevivirnos.

MÁS O MENOS VIDA

Ese sentido configurador del tiempo limitado —o esa predeterminación de la muerte sobre la vida— sólo se le revela claramente al viejo. Escuchemos a Jean Améry. El anciano, cuanto más tiempo tiene para él detrás de sí, menos alcanza a ver delante de sí. El futuro del muchacho es reversible, pero el carácter primordial que reviste para el viejo es su irreversibilidad: lo hecho no puede ser deshecho, así como lo que ha descuidado hasta ahora ya no podrá ser. Sólo somos lo que ya somos, no lo que aún podríamos ser. El deseo de invertir el tiempo representa un antojo ilusorio. Tal es la razón de la gravedad de lo que hagamos o dejemos de hacer durante nuestra existencia, porque sólo un tiempo ilimitado permitiría reparar lo que nuestra finitud constitutiva vuelve irreparable y alcanzar algún día lo hoy inalcanzable. En aquella tierra habitada por los inmortales que Borges ensoñó, lo primero que faltaba era justamente la compasión. Y es que en un tiempo infinito ningún sufrimiento humano iba a ser definitivo. En cambio, la insuperable

amenaza del tiempo que se nos agota tanto puede inducirnos a la compasión como a la más despiadada desesperación, lo mismo a ser ángeles que demonios. Por eso somos seres morales: porque somos seres mortales.

PARA SER JUSTO

Lo primero en este contacto entre dispares en años sería precavernos de una tentación permanente de resentimiento y emociones afines. Es decir, aceptar de buena gana que uno se está yendo y los jóvenes están entrando o, al menos, por ahora se quedan. Y eso sin malas caras ni complejos, sino con ganas de transmitirles lo que vas aprendiendo. Sobre todo, con la satisfacción de lo que uno ha vivido y, naturalmente, por sentido de justicia: pues es justo que también ellos vivan.

VIEJO Y JOVEN A UN TIEMPO

Ser viejo y joven a la vez, el ideal del que habla algún clásico y cuyo significado comienzo a vislumbrar. Le convendría respectivamente al joven y al viejo, no cabe duda. Me figuro que desde este enfoque ideal, y en porciones diversas, habría viejos-viejos, viejos-jóvenes, jóvenes-viejos y jóvenes-jóvenes. ¿Soy yo un viejo-joven y no podría decirse quizá lo mismo de muchos viejos si nos acercáramos a ellos lo suficiente y, sobre todo, si se atrevieran ellos a confesarlo? Lo más probable es que nos nieguen ese testimonio, como si fuera algo que ocultar por incoherente con lo que la norma establecida espera de ellos.

Una gran fórmula. El secreto estará en vivir con la jovial despreocupación de quien desconociera que va a morir y con la seriedad e intensidad de quien sabe con certeza que morirá. ¿Bastarían esta reflexión y esta autoconciencia para estar por encima de quienes, más jóvenes, son incapaces o se hallan por debajo de cualesquiera preguntas como éstas? Sinceramente creo que sí. Al menos no faltan

las ocasiones en que me siento más viejo, pero a la vez más joven, que ellos. Y quiero pensar que no hay incoherencia en tal afirmación.

Fuera de competición. Ay, el mismo que, como persona entrada en años, está dotado de los saberes y experiencia que algunos requieren y admiran..., ese mismo también en tanto que viejo ya no puede competir en la lucha por la seducción física del otro o de la otra. Es una paradoja frecuente: el jovenzuelo atrae a pesar de ser joven, el viejo no atrae precisamente por serlo. Otra raíz de la aspiración a gozar de ambas edades a la vez.

No lo entienden. Cuando a los chicos con quienes tratas les pasas cuarenta años o más, ¿qué puede esperarse de la relación con ellos? ¿Cómo van a entenderte, cómo van siquiera a acercarse a ti, cómo van a ponerse en tu pellejo? Y, sin embargo, eso es lo que más y más francamente hay que decirles: que ayer mismo uno tenía su edad, que no ha pasado tanto tiempo (aunque esto les dé risa), que deseamos advertirles de lo que les puede pasar, que no es preciso cometer los mismos errores que uno ha cometido. Pero suele ser en vano.

Insistes en que, créanlo o no, apenas nos separan nuestras edades respectivas. Que el joven y el viejo son esencialmente la misma persona, que así me siento yo (viejo y joven al mismo tiempo) más allá de las demás diferencias y que eso me otorga algún derecho a prevenirles. Les recalco que escuchen con atención, porque yo también viví aproximadamente lo que me cuentan y puedo avisarles de lo que les viene encima. Que no se piensen que las cosas pasan en balde, que no siempre hay tiempo para cambiar o aprender o gozar, que la vida es limitada... No debo de explicarme bien, porque apenas dan muestras de comprenderlo.

LO QUE EL CHICO NO IMAGINA

El increíble vigor que el mayor puede sacar para los afectos más locos, las amistades más estimulantes, los proyectos más osados. Esto apenas puede entenderlo el joven. Primero, porque carga con el prejuicio de que el viejo va decreciendo en ilusiones. Segundo, porque pasa por alto que, desde la certeza de su pronta desaparición, los deseos resultan más perentorios por aquello de que los plazos para su cumplimiento son más cortos. Diga lo que diga, al anciano no le ha desaparecido ni el gusto por el otro sexo ni el ardor consiguiente. Para Montaigne tan injusto es justificar a la juventud por perseguir los placeres como prohibir a la vejez que los busque. Tampoco ha renunciado por fuerza a la belleza, a la verdad o a la justicia. A ver si los demás se enteran.

LOS VIEJOS CON LOS VIEJOS

Los jóvenes pueden complacer al mayor por su mera frescura juvenil o por su curiosidad (cuando estos rasgos se dan, que no es seguro). Pero hay una razón al menos por la que el viejo nunca podrá ser complacido por parte de los muchachos: su misma inexperiencia les veta entender desde dentro y, por tanto, valorar en su justa medida una tarea o un pensamiento de la persona mayor. De donde resulta que los viejos buscan con más naturalidad a los viejos, aunque les devuelvan su retrato avejentado. Quieren reconocerse en los únicos capaces de recordar, comparar o situar las cosas en su cabal perspectiva: sus coetáneos.

LA PERSISTENCIA DEL NIÑO

«No hay personas mayores. No hay más que niños que hacen como que han crecido o que, en efecto, han crecido, pero sin poder creérselo del todo, sin que hayan conseguido borrar el niño que fueron, que todavía son, a pesar de tantos cambios...» (A. Comte-Sponville). Coincido en celebrar ese rasgo de la persona mayor que no se ha creído del todo su crecimiento, su propia edad, sus propios títulos. Algunas de nuestras salidas y provocaciones más ocurrentes tienen que ver con ese espíritu

infantil y con la intención de sacar a escena al niño que llevamos dentro. En cuanto veo a alguien componer la postura, sospecho más bien la impostura, la pose defensiva, la máscara de la convención, el pusilánime propósito de atenerse a lo que está mandado. Enseguida me digo para mis adentros que esa envarada disposición de la que tiendo a burlarme proviene de múltiples raíces: del olvido de la propia mortalidad, de tomarse a uno mismo demasiado en serio o como autodefensa ante el temor de que asome algún signo de debilidad. No caemos en la cuenta de que el niño en nosotros es seguramente lo mejor que podemos mostrar a los demás. Desde luego, lo que más en común tenemos con el otro y, por tanto, lo que antes nos llevaría a congeniar con cualquiera.

UNIFORMADOS

Lo pensaba esta madrugada al volver a casa y cruzarme con tantos grupos de jóvenes disfrazados para festejar en cuadrilla la llegada del nuevo año. Me sentía muy lejos de su fiesta: ésa es otra diferencia que sé que me separa de la gente joven. Los jóvenes *tenían que* divertirse, porque eso es lo que se espera de ellos, mejor aún, porque se considera que tal es su deber; tenían que divertirse, además, porque ésa era *la tradición*, aunque esta tradición sea contemporánea de ellos mismos. Tenían que divertirse *en masa*: iban a juntarse con los que se divertían de la misma manera, a formar una multitud en los bares, discotecas, en ciertas calles y, por si fuera poco, para ser vistos en los «medios» al día siguiente. E iban a divertirse, por fin, *uniformados*, aunque por grupos los uniformes fueran distintos. En definitiva, me parecía contemplar un ejercicio perfecto de sumisión, mimetismo, gregarismo, autocomplacencia.

La gente de mi edad pasaba la noche de un modo que semeja la otra cara de la misma moneda. Sentían la añoranza de quienes hicieron algo parecido de jóvenes, o sea, por motivos similares y por mecanismos no demasiado lejanos. Lo ven tan bonito y tan natural y necesario como la puesta del sol. Sólo que ahora les falla el cuerpo, se aburren, les vence el

sueño, tienen prohibido el alcohol y están sujetos a otras cuantas miserias que tratarán de disimular. Quiero decir que no han progresado demasiado respecto de los más jóvenes; simplemente es su cuerpo y sus desórdenes lo que los distingue de sus hijos o nietos, pero no algo más sustantivo. Si el cuerpo se lo permitiera, harían aproximadamente lo de aquéllos...

No les acompaña el alma. Ahora que vuelvo a pensarlo, ¿qué idiotez es esa de considerar sólo que al viejo ya no le acompaña el cuerpo para la fiesta? Me temo que lo primero que no le acompaña es el alma, y ésta es la que más disuade a su cuerpo. Es su alma, quiero decir, el recuento de las desventuras de la existencia, de las que el joven apenas tiene aún noticia, la que más le prohíbe sumarse al jolgorio: la muerte de tantos, la decepción respecto de otros cuantos, la confirmación de la poquedad de nuestra biografía. Si no fuera por eso, ¿qué le iba a impedir al viejo —a su manera— lanzarse de cabeza a la juerga? De todas maneras, mientras volvía, no dejaba de hacerme la pregunta: ¿qué ponen los años, qué añade la llegada del Año Nuevo, si para muchos apenas habrá novedad alguna y para los otros no hay día que no traiga su nueva interrogación o su nuevo drama?

ESCASEZ DE PASADO, ESCASEZ DE FUTURO

Philip Roth expresa muy bien la diferencia. Para los viejos (o los desahuciados) el tiempo que importa es el futuro que les queda, mientras que para los jóvenes está constituido por el pasado. Los jóvenes miden el tiempo mirando hacia atrás, al punto de partida, en tanto que los mayores lo cuentan hacia delante, es decir, según la proximidad previsible de la muerte. Desde perspectivas tan opuestas —añado por mi cuenta— ambos disponen de un tiempo escaso, pero aquí se trata de una escasez de futuro y allí de pasado. O, lo que es igual, unos y otros disfrutan también de cierta abundancia: los viejos de pasado y los jóvenes de futuro. Y estaremos de acuerdo en que los longevos cederían casi todo su pasado a cambio de algunas migajas del porvenir que se les niega.

LOS DOLORES MÁS TEMPRANOS

Ante las terribles revelaciones de A., ya no me cabe duda: los dolores más tempranos en nuestra vida los causan nuestros padres. Si éstos supieran los infelices que nos hacen sus conflictos, cómo nos marcan su huella indeleble por faltarnos aún la madurez que nos permitiría quizá disculparlos o sobreponernos a ellos... Lo cierto es que con el tiempo resplandece lo que en su momento no quisimos ver o no nos atrevimos a enjuiciar como tan grave. Aquello que así nos lo parecía, pero nos empeñábamos en que no podía ser, era cierto.

UN PLACER DE VIEJOS

Conozco uno de los placeres —y no pequeño— del viejo: la enseñanza de los más jóvenes y la satisfacción de ver reconocidas sus lecciones, cualquiera que sea su especie. Tal vez no siempre compensan los sinsabores producidos por las arrogancias del muchacho prematuramente envejecido, pero vale intentarlo. Habría también que discutir, contra lo que consagra el refrán, la calidad del saber propio del viejo. No es para estar seguro a la vista de tanto anciano ignorante por la mucha vaciedad acumulada en su vida. Incluso en el mejor de los casos sería otro de los contrasentidos de la existencia humana: llegar al fin a aprender algo cuando resta tan poco tiempo para aprovechar ese saber. Mejor dicho, cuando tal saber le exigiría a uno deshacerse de un montón de prejuicios y derroteros tomados en su existencia pasada..., y aplicarlo tan sólo a una vida futura menguante. Pero, como ahora se dice, «esto es lo que hay».

SUCESIVAMENTE, PRINCIPALMENTE

Somos sucesivamente niños, jóvenes, adultos y viejos, de acuerdo. ¿Pero qué somos *principalmente*? Quiero decir: ¿cuál de estas etapas manifiesta mejor que las demás lo que somos?, ¿alguna de las tempranas o de

nuestra madurez? Mi duda arranca desde esa edad avanzada que nos susurra que esto es a fin de cuentas el hombre y la vida. ¿Dónde está, pues, la verdad del individuo, al comienzo o al final? Suele decirse que se revela al final. Pero, si así fuera (y siempre el estadio postrero habrá de ser por lo común el de la decadencia), ¿cómo cantar las maravillas del hombre y creer en él? ¿Quedaría algún fundamento para el optimismo? Una incógnita embarazosa, que sólo puede despejarse resolviendo que la vida es la fusión de todos esos sumandos, con sus correspondientes riquezas y miserias, y no ya sólo su resumen o conclusión.

EL VIEJO Y EL NIÑO

A veces se me ocurre imaginar la peculiar visión que del viejo tiene el niño pequeño. Sencillamente, creo que no ve al viejo como viejo, la vejez no le inspira ninguna consideración especial ni mucho menos trágica. Lo mira con naturalidad, como a los adultos o a otros niños, aunque se muestre más afín a estos últimos. A lo sumo sólo ve aspectos físicos distintos, les presta atención diferente, pero nada más. El viejo se siente como reconocido por el niño, quizá porque los dos están circunstancialmente en situación parecida de dependencia, de una incompletitud nacida en un caso del desarrollo y en el otro del deterioro. Será más tarde, algo crecido, cuando el todavía niño sea capaz de tomar distancias respecto del viejo y de contemplarle en su decadencia, en sus rasgos penosos y más feos. Entonces se le vuelve un ser progresivamente extraño, de una edad a la que el niño supone que no llegará nunca, y en ocasiones hasta le produce vergüenza o asco.

Él nos cree eternos. Algo que le gusta al viejo: el trato con el niño (y aún mayor delicia si éste es su nieto). ¿Por qué? No sólo porque le hace revivir su vida, disfrutar provisionalmente de otra edad, mirar la existencia con nuevos ojos, hasta hacerse la ilusión de que en esa nueva renace la suya que se está agotando. Tampoco sólo porque sea una oportunidad de enseñar lo que uno ha ido adquiriendo, y eso

siempre entraña placer en ese período tan corto en placeres. Sospecho que es, sobre todo, por tropezarse con seres humanos que le tratan como igual, que no le distinguen por su edad ni por las convenciones adheridas. Por eso, al viejo, el niño le hace sentirse joven. Ese sentido fatalista del tiempo y de su peso en la persona mayor, el niño lo ignora del todo. El niño considera al viejo tan eterno como él mismo. Los niños le observan viejo, pero no lo entienden porque desconocen la muerte; o sea, no le dan a esa apariencia su significado último. He ahí el secreto y creo que no hay otro. Él ha conocido al viejo ya de viejo y lo imagina viejo desde y para siempre; más allá de él ya no hay etapa posterior para el hombre. Y, si no hay muerte, el viejo no despierta más interrogantes ni sobresaltos.

ERRORES POR EDADES

Copio esta reflexión tomada de mi agenda: «El error de la juventud es creer que la inteligencia compensa la falta de experiencia, mientras que el error de la madurez es creer que la experiencia sustituye a la inteligencia». Me temo, sin embargo, que el error de la juventud no reposa en una sobrevaloración de la inteligencia; a uno le parece que estriba más bien en su engreimiento, que por regla general les priva de intuir lo que sólo puede aportar esa experiencia de la que aún carecen. En cambio, diría que lo referido a la vejez acierta en mayor medida. El viejo, por lo general, se jacta y se fía sólo del camino que ha recorrido, tiende a desdeñar lo que ignora porque no forma parte de su experiencia. A él nada hay que enseñarle sobre aquello que cree haber vivido. Su decaído afán de aprender se apoya en esa misma autosuficiencia que le procuran los años. Ahí está la razón de que tan a menudo se celebren las sentencias o las manías del viejo sin someterlas a examen: para no desairarle a su edad, por no golpearle con un mentís que ni siquiera llegará a entender. A los ojos de un maduro, pocas cosas pueden ser tan deprimentes como el espectáculo de otro más senil que ha aprendido bien poco de la vida y que, pese a ello, perora con aires de sabio. El autor de aquellas líneas

debía haber añadido que, donde falte la inteligencia, la experiencia vale de bien poco. En definitiva, el viejo sólo acaba sabiendo más si intelectualmente se ha cultivado mientras llegaba a viejo.

A COSTA DE LOS MAYORES

He aquí un conflicto que se diría eterno. Hablo del impulso de afianzarnos a costa de nuestros mayores, a fuerza de esquivar el pago de la deuda que tenemos con quienes nos ayudaron a ganar altura. En los mediocres suele ser producto del resentimiento. Ahora tienen que vengar la mortificación que el mayor —por su superioridad, por la dependencia en que les retuvo— les infligió. Hace falta ser muy franco para reconocer esa obligación, no sonrojarse por ello y, en definitiva, seguir agradecido al acreedor. Por desgracia, para algunos ponerse en pie parece requerir derribar al de más arriba, y bastantes miembros de la generación anterior lo advierten con tristeza en sus contactos con los de la siguiente. En ese trance, por cierto, el joven tendrá siempre a los jóvenes de su parte. No sólo porque todos se hallan en tesitura parecida, sino porque ellos son los que van a sobrevivir y tienen que conllevarse entre sí (y no tanto ya con el viejo que está próximo a abandonar la escena).

La deuda impagable. Posible rencor de quienes más te deben, precisamente porque te deben más y ellos querrían deberse sólo a sí mismos. Los favores mayores son los más costosos de aceptar de buen grado, los que piden incluso venganza. El otro me ha dado sin obligación alguna y nunca podré devolvérselo como corresponde, puesto que ya tengo con él esa deuda que él me ha creado; por ese insalvable desnivel, hay que hacérselo pagar. Los deudores han de demostrar que ellos, igual que ahora pueden más por sí solos, también antes hubieran podido y ya no es todo suyo ese mérito que dan por seguro que el acreedor se atribuye.

ENSEÑANZAS DE URGENCIA

Ayer tarde en «Urgencias» del Hospital. Lo que allí sucede es como una exposición cotidiana de las múltiples muestras de nuestra inconsistencia, de nuestra íntima sujeción a la precariedad de un cuerpo que se confunde con uno mismo. Nos contemplamos unos a otros y pronto caemos en la cuenta de que el percance y el dolor que me han llevado allí ya no son sólo míos, sino más o menos como los de otros.

Pero fijaos en las caras de los allí reunidos, la diferencia entre el rostro de los pacientes más jóvenes y los más viejos. Para todos un servicio de Urgencias significa un recordatorio del límite al que llegaremos, del modo imprevisto como nos sacude el daño, de nuestra dependencia respecto de quienes nos atienden y pueden sacarnos del apuro. Incluso, no nos engañemos, de la muerte que puede aguardarnos en un rincón de ese pasillo o en el interior de esos escuetos despachos de consultas. Ella está siempre rondando por ahí. Pero las caras de los más jóvenes reflejan la seguridad de que aquella amenaza no va con ellos; es probable que ni se les pase por las mientes. Se dirigen a la celda de su consulta con plena confianza en que el riesgo máximo no les atañe. Los mayores, en cambio, y no digamos los más ancianos tendidos en la camilla, aguardan con la mirada más seca o perdida el dictamen de los médicos. Ellos saben bien que la enemiga está allá agazapada en alguna esquina, aunque tal vez no sea aún la ocasión en que se haga notar y le baste de momento con anunciarse a través de ese leve cólico nefrítico.

PROYECTAR Y RECORDAR

Si recordar es el verbo que más conjuga el anciano, proyectar es el propio del joven. Juventud es época de preparación, y nada más tramposo que hacer creer a su sujeto que está en la edad en que ya sabe todo y puede gozar de todo; o sea, que las demás edades vienen por añadidura y a peor. Negarse a crecer es un trastorno no sólo porque pretende retrasar lo inevitable, sino porque desdeña por miedo o sobrado narcisismo el

adiestramiento necesario.

QUIÉN TEME Y QUÉ TEMEMOS MÁS

Hoy, entrevista a Salvador Pániker en *El País*. A su juicio, «un síntoma de que una persona está realizada es que le trae sin cuidado lo que vaya a ser de él después de muerto. La muerte es más una preocupación de jóvenes que de viejos. El joven puede temerla, el viejo ya ha dicho todo lo que tenía que decir». Levanto la mano para negar la mayor. A mí no me preocupa la muerte por lo que vaya a ser de mí después de muerto (¿acaso habrá un «mí», o sea, un yo?), sino por el hecho de interrumpir y aniquilar lo que estoy siendo como vivo. Y esto no se les ocurre a los jóvenes, puesto que apenas han vivido (no han acumulado recuerdos o logros suficientes) y, por tanto, apenas piensan todavía en la muerte. El viejo la anticipa más y mejor y, como nunca ha satisfecho todo lo que lleva dentro, no puede entregarse en paz a su desaparición. Tememos más el envejecimiento que la muerte, añade el filósofo. «La vejez es una devastación (...). No temo a la muerte, sino a la decrepitud». Supongamos que deba ser así. ¿Pero se temería igual esta decrepitud si ésta no desembocara en la muerte, sino que —vamos a suponer— diera paso a un renacimiento?

SIEMPRE Y NUNCA

En boca de los jóvenes, los *siempre* y los *nunca* suenan mucho más largos que en boca de los viejos.

INSENSATOS, NO IDEALISTAS

Lo he dicho a menudo con ganas de provocación: ser joven equivale a ser ignorante, váyase lo uno por lo otro. Que nadie entienda como un insulto lo que sólo quiere ser la constatación de un déficit disculpable. Saber siempre es resultado de la madurez y sinónimo de ella. Si hay que repetir

tales obviedades, es porque conviene cuestionar un halago hartamente frecuente que en nada les beneficia a ellos y nos engaña a todos. Los jóvenes no siempre son más idealistas, sino más ingenuos que los adultos. Si parecen idealistas, es sólo porque aún se desconocen a sí mismos y desconocen la naturaleza humana y sus requerimientos. No se han topado todavía con la muerte y dan en arrogantes porque se creen eternos. En suma, porque son como los mayores cuando teníamos su edad.

RISTRA DE DESDICHAS

Cuando los sitios antes festivos se nos vuelven ya lugares rebosantes de ausencias, donde echamos en falta los rostros y la compañía de tantos. Donde la música y la animación ya no son el argumento que atiendes, sino el mero escenario de otra representación interior, de una añoranza. Y te dices que tú también faltarás un día sin que eso importe a los circunstantes, que seguirán cantando y bailando porque así se lo pide el cuerpo, el hábito, la imitación..., o la ignorancia del dolor de la vida. Cuando no hay viejo sin dolencias que le dobleguen y delaten su incapacidad por más que trate de disimularla. Cuando no hay persona mayor con la que te tropieces que no arrastre varias ristas de desdichas. Entonces se entienden, una vez más, desde las afligidas e implorantes miradas del anciano hasta sus manidas advertencias a los componentes de las nuevas hornadas. Ser viejo es eso y ser joven lo contrario; éste tiene que desoír lo que salmodia aquél. Ambos están emplazados a la misma desventura final, pero unos lo saben y otros todavía no, y por eso se comportan respectivamente así.

SUFRIMIENTOS MENORES

Los sufrimientos de los menores son también menores, y creo que por varios motivos. En primer término porque les ocupan menos su existencia, todavía muy dispersa y abierta, al contrario que la del anciano, que cada día se vuelve más reducida y concentrada y por eso todo lo que

entra en ella abarca más espacio vital. A un número más escaso de órganos corporales susceptibles de ser afectados, como es el caso de los jóvenes, menor número de ecos dolorosos. Habrá que dar por seguro que en ellos una nueva ocupación les va a «divertir» enseguida de su dolor actual, que nada —ni bueno ni malo— permanecerá en ellos idéntico mucho tiempo. Pero esos sufrimientos tampoco durarán a causa del largo tránsito que aún les queda por delante para gozar y sufrir, y comparar así el valor relativo de cada pena y de cada alegría. Y, sobre todo, porque sólo a una edad avanzada llegamos a descubrir que una congoja del alma o un malestar del cuerpo nos va a acompañar el resto de la existencia, que ya no será un dolor pasajero sino presente hasta la partida definitiva.

JÓVENES AVEJENTADOS, ANCIANOS JUVENILES

Igual que hay personas con vocación de ancianos desde pequeños, otros se plantan en la adolescencia y nunca acaban de hacerse mayores. Los primeros adoptan enseguida una seriedad y un tono sentencioso impropios de sus escasos años. Parecen figuras encuadradas en tiempos nada lejanos, cuando el anciano revestía un prestigio y autoridad que hace varias décadas le fueron ya retirados. Hoy, en que triunfa sin reservas el estilo juvenil, es al anciano al que le toca esforzarse para asimilar la apariencia más requerida. Unos y otros, por querer aparentar lo contrario de lo que son, bordean con facilidad el ridículo. Pero habrá que tener cordura a la hora de emitir un juicio justo a fin de no confundirnos con los simplones baremos acostumbrados. No me parece ridículo el joven que rezuma la seriedad de quien ha optado ya por lo que considera la tarea de su vida y se encamina decididamente hacia ella. Lo mismo que merece elogios (y no recelos) el viejo que aún conserva expectativas, con tal de que sean expectativas de algo en verdad valioso.

SHAKESPEARE YA LO SABÍA

«Los viejos desconfían de la juventud porque han sido jóvenes».

6. Vejez

MORIR VIVIENDO Y VIVIR MURIENDO

No estoy seguro de que podamos prepararnos para (bien) morir. Pero, aun cuando no fuera posible y, más aún, ni siquiera un propósito sensato, diría enseguida que en todo caso nos conviene saber qué sea el morir o la muerte para el hombre. Al menos si queremos comprender a los más viejos y envejecer después nosotros mismos de la manera más digna. Pues envejecer no adviene con la experiencia más o menos aséptica y neutra del paso del tiempo. Envejecer, escribe Jean Améry, es «pensar en el morir», corresponde a esa «fase en la que topamos con el pensamiento de la muerte». La muerte forma parte del escenario del viejo, no del joven. Pero vivimos en una sociedad que rechaza como mal gusto tanto en jóvenes como en viejos la mera mención de la muerte.

En realidad, abandonamos la infancia y adolescencia cuando aprendemos que los hombres tenemos que morir. Pero se diría que al principio tan funesto destino sólo afecta a los demás. Sólo vamos envejeciendo conforme va ganando presencia en cada uno la convicción y el sentimiento de que uno mismo también morirá. En el transcurso de este proceso de envejecimiento es donde cabe distinguir una fase inicial de madurez y otra fase de la vejez. Diría que la madurez supone el conocimiento cierto de que hay muerte, así, en abstracto, mientras que en la vejez se impone de modo creciente la conciencia continua y a ratos angustiosa de la propia. Para el hombre maduro la idea de la muerte

puede incluso desempeñar una función estimulante, en tanto que quien envejece sólo acierta a tener de ella una visión abrumadora y deprimente. Nos hacemos mayores cuidando de los menores y a la vez de los mayores que nosotros; los llegados a viejos ya sólo se cuidan, y mal, de sí mismos. Para decirlo con tino, la madurez sería un morir *viviendo* y la vejez un vivir *muriendo*, en donde los respectivos gerundios cargan con el peso principal del sentido de tales expresiones. Cuando Christopher Hitchens intenta relatar el devastador período final de su vida, lo resume como «este año de vivir muriéndome»...

POR SORPRESA

Nadie quiere enfrentarse a la vejez antes de que se presente y ya no quepa eludirla. Así nos salen de mal las cosas cuando nos alcanza, remachará Philip Roth. Pues el caso es que cualquier etapa de la vida más avanzada que aquella en la que uno se encuentra nos resulta «inimaginable». En ocasiones estamos ya en la mitad de la etapa siguiente para cuando caemos en la cuenta de haber entrado en ella. La observación vale sobre todo para las etapas tardías de la vida, puesto que, al resistirnos a que lleguen, nos volvemos ciegos a las señales más evidentes de su venida.

Una batalla perdida. Del mismo escritor: «La vejez es una batalla, querido, si no es con esto, entonces es con lo otro. Es una batalla implacable, y precisamente cuando estás más débil y eres menos capaz de invocar tu viejo espíritu de lucha». Pocas páginas después, el dictamen se agrava: sería una batalla perdida, pues en realidad «la vejez es una masacre».

MÁS PASADO QUE FUTURO

Entrar en la vejez, se quiera o no, empuja a vivir en el pasado tanto o más que en el presente y futuro. Ya contamos con demasiados amigos y parientes que nos han ido abandonando. De forma que cada actividad,

celebración, acontecimiento viene a una con el recuerdo de quienes ya no quedan para contemplarlo, celebrarlo o, simplemente, acompañarnos. Ellos debían estar para que el goce de la ocasión fuera completo.

Malos pensamientos. Para mi gran suerte intercambio continuos mensajes con bastantes amigos, pero no puedo dejar de pensar cuándo empezarán éstos a faltarme. Y con ese sombrío pensamiento viene también el de cómo sería de valiosa mi existencia en adelante sin ellos. O si esta existencia que prosigue estará cada vez más repleta de recuerdos, lo que significa de más pasado. La mente tendrá que estar cada vez más invadida por lo ya sido. ¿Y si quien se marchara primero o antes que otros fuera yo mismo? Esta previsión, paradójicamente, atenúa aquella inquietud. Uno puede desear acabar antes que nadie, tan sólo para así ahorrarse esos pesares nacidos de la ausencia ajena.

EN TONO MENOR

La vejez como una etapa en que se vive en tono menor. Vale decir, en un color más grisáceo, bajo un sonido más tenue, con impulsos menos potentes, en medio de emociones —alegrías y tristezas— menos intensas. Y todo se debe a que los de nuestra edad ya sabemos de qué va esta vida y, sobre todo, adónde va y aproximadamente cuánto nos queda de ella. Ésta es sin duda la diferencia; y aunque uno mismo no la detectara, los inequívocos modales del otro hacia ti no permiten el autoengaño.

¿UNA VEJEZ DE NUEVO CUÑO?

A propósito de algunas ideas de la charla de ayer. La conferenciante insiste en que somos una «anomalía generacional», por ser unos viejos juvenilistas instalados en una gerontocracia que cierra el paso a los jóvenes. Bien, así será, pero temo que responde a una visión obtenida sólo desde el exterior. Lo que importa es indagar si, pese a todas esas

diferencias indudables (alargamiento de la vida, retraso en la edad del matrimonio y nacimiento de los hijos, ganancia en bienestar y seguridad, etc.), persistirá lo penoso de la vejez, el sentimiento de pesadumbre ante la frontera ya avistada. A la postre, me pregunto si no hay excesivo optimismo en presumir que la vejez occidental contemporánea, liberada de los agobios de las etapas anteriores de la vida y con las actuales posibilidades... puede ser una época de indudable crecimiento moral.

RECONOCIMIENTO

La vejez refuerza seguramente nuestro afán de reconocimiento y, en caso de ser contrariado, activa los mecanismos de venganza y búsqueda de culpables en quienes descargar la responsabilidad del propio fracaso. Al final, es un problema que brota de la vanidad o, mejor, del narcisismo, del desbordamiento del yo, sólo que agravado por la desesperación. El no reconocimiento se trueca en rencor y termina por ponerse en el centro del mundo. Como el mundo se acaba para mí, el mundo debe acabarse para todos.

MAÑANA SERÁ OTRO DÍA

Cada día que pasa tendemos a incurrir de manera inconsciente en una falsa presunción: que, salvo que haya mediado algún suceso relevante, ese día estamos más o menos igual que el día anterior. No es verdad. Excepciones aparte, estamos *objetivamente* peor al menos conforme a una dimensión primordial de la existencia: porque estamos más cerca de nuestro último día. ¿Qué más da nuestra particular impresión de bienestar o malestar o lo que dictamine nuestro médico tras un examen concienzudo? La infancia vive anhelando el mañana porque busca hacerse mayor por las ventajas que eso comporta; los niños piensan que el día siguiente resultará más atractivo que el anterior. En la edad opuesta, los sentimientos ante el discurrir del tiempo se invierten con facilidad: nos damos por contentos si las cosas no van a peor.

EL LENTO RITMO DE LA MEJORÍA

Algo que enseña el correr de los años es la tremenda parsimonia del proceso con que se abre paso entre la gente alguna certeza indisputable, aun la más tonta o superficial, o la conquista de algún bien social, por pequeño que fuere. Aquella experiencia corresponde a la consecución de cualquier mejora..., retrasada por una diversidad de factores y el concierto que exige de todos ellos. Se requiere que lo nuevo que pugna por imponerse se desembarace de los intereses o los prejuicios más acendrados, que comience a ponerse de moda o a encajar en el clima ambiental. En fin, sólo de mayores empezamos a entrever cuál es el ritmo cansino de implantación de lo que más importa y cuánto suele equivocarse el joven en ese cálculo y, por tanto, en sus previsiones y urgencias. La historia marcha a un paso bien distinto que la biografía.

LA VIDA A EXAMEN

Creciente impresión de que la vejez es la fase más dificultosa de nuestra vida. No sólo porque desemboca en «la ceremonia del adiós», sino por ser la época del examen de todo, en que la vida entera nos quedará por fin a la vista. Eso puede resultar insufrible, y de ahí las trampas y las mentiras que nos hacemos en ese examen.

SIN VUELTA DE HOJA

A cierta edad nadie ignora que hay decisiones, encuentros o tareas que son para siempre. Es decir, que ya no tienen vuelta de hoja, que son las últimas porque no habrá tiempo de sustituirlas por otras. Irreversibles.

Llega un momento en que la expresión «para toda la vida» cobra su máxima fuerza. No es cuando se pronuncia en una fase más o menos juvenil de la propia existencia; tampoco cuando se asume un compromiso

radical, pero aún no es descartable que con el paso del tiempo tal compromiso pueda suspenderse, aligerar su contenido o variar su orientación. Es mucho más grave cuando eso que se adopta para siempre lo será con casi total seguridad, pues lo que resta de vida es muy exiguo. Una promesa, por ejemplo, se revela infinitamente más firme y creíble que cualesquiera otras hechas hasta entonces. A quien tuviera ante sí una vida ilimitada no se le ocurriría garantizar en público un comportamiento tan duradero, porque a lo largo de una permanencia tan dilatada todo debe experimentar demasiados reveses como para pretenderse inmodificable. Por el contrario, los estrechos márgenes temporales en que nos movemos otorgan a los actos del último período de nuestro ciclo una importancia gigantesca.

LA VEJEZ NOS HUMILLA

«Pero la cercanía de la muerte torna humilde a un hombre» (M. Houellebecq). Así es las más de las veces, sin duda alguna. Aunque también ocurre que, en lugar de humildad, cause desesperación y encienda la arrogancia de quien no lo considera algo acorde con su «dignidad» o simplemente con su autoestima. Nuestra progresiva debilidad, soledad o torpeza, como ancianos, nos humillan. Al creerse ya un hombre mayor, Montaigne dejó escrito: «De ahora en adelante sólo seré medio ser, ya no seré yo». Demediado.

La vida indecente. Sí, nos humilla porque manifiesta sin rebozo lo que hasta entonces procurábamos (y por lo regular conseguíamos) ocultar o disimular: nuestro sometimiento a la fisiología. Todo o al menos lo principal estaba bajo control. Nuestra vida es la envoltura de esos mecanismos fisiológicos de los que nunca somos dueños, pero que más tarde la enfermedad —compañera asidua de la vejez— los manifiesta a todas luces. Hasta ese momento nuestra vida, al tapar mejor los pequeños desarreglos, era *decente*; después se va volviendo *indecente*.

EL CUERPO COMO ESTORBO

Hacerse mayor podría definirse también como el establecimiento de una nueva relación con el propio cuerpo; tal vez incluso como la primera conciencia indudable para su sujeto de estar *encarnado* y, simultáneamente, de extrañeza hacia su carne. Quiero decir que es la edad en que el cuerpo, antes presente con toda naturalidad, como si fuera uno con su sujeto, ahora se contempla como *problema*, o sea, como algo de lo que uno comienza ya a separarse y tomar distancia. En realidad, sería más exacto afirmar que es el cuerpo el que se distancia de uno, porque presenta exigencias y reclamaciones que hasta hace poco se guardaba o nos pasaban más inadvertidas porque podían satisfacerse sin gran esfuerzo. Ahora se ha vuelto un *estorbo*: el instrumento dócil se rebela como algo independiente, que no responde a lo que se le pide, que nos contraría a cada instante. De pronto uno cae en la cuenta de que dispone de un hígado, o unos pulmones o hasta una próstata que tienden a fallar cuando menos lo espera. Los «sientes» por vez primera. El sujeto empieza a percatarse de que ha de mirar dónde pisa, la altura de un desnivel cuando va a saltar o la anchura de una zanja antes de salvarla. En definitiva, ahora el cuerpo empieza a demandar atención por sí mismo, como requisito de las demás atenciones que queramos prestar a tareas más arduas o elevadas. Habremos crecido en muchas dimensiones de la vida, seguro, pero cada día más condicionados por el estado de nuestra encarnadura.

Materialistas positivos y negativos. La vejez es la edad del cuidado del cuerpo. No ya sólo o principalmente de la apariencia exterior, que ese cuidado toca más a la juventud, sino del cuerpo como organismo físico que hay que vigilar en su funcionamiento cotidiano. Entonces es cuando estamos pendientes del mínimo dolor e insuficiencia, de cualquier disfunción que podamos advertir, sin dejar pasar una sola. Basta un ligero quejido o punzada que venga del interior para

alertarnos. Cada día detectamos algún quebranto que hasta entonces nos era desconocido. De ahí que sea la edad más materialista y menos idealista. Los jóvenes sólo son idealistas en el sentido estricto de que no se preocupan de los presupuestos y consecuencias carnales de sus empresas soñadas. Son idealistas no porque se muevan más por ideas y estén decididos a aplicarlas a riesgo de su sacrificio. Son idealistas ante todo porque el cuerpo no les duele y porque no se figuran los dolores ajenos. O, si se prefiere, son materialistas positivos, por exceso de confianza en su cuerpo pletórico.

Quienes habitan la vejez, al contrario, son materialistas negativos, por defecto, por exceso de defectos. Unos y otros están observando su cuerpo, con naturalidad unos (porque todo funciona como se espera) y con extrañeza otros (porque se paraliza o duele); con confianza o desconfianza, gusto o disgusto respectivamente. Todos dependemos en última instancia del propio cuerpo. La gran diferencia es que los jóvenes apenas reparan en ello o dan por segura la fidelidad de la carne; los viejos, en cambio, tienen que revisar cada poco su «maquinaria» porque su ejercicio ya no es automático y puede traicionarle cuando más la necesiten. Por eso el anciano más admirable es el capaz de desviar con disciplina esa mirada hacia objetivos superiores, de salir un tanto de su cuerpo desfalleciente para introducirse algo más en su alma y en la de la Humanidad.

PENÚLTIMOS DESCUBRIMIENTOS

La vejez es (o debería ser) la edad del descubrimiento y aceptación de la complejidad en lo que hasta entonces parecía más simple, de las dificultades que en realidad ofrece lo que creíamos sencillo. Eso tiene muchos ángulos y enunciados posibles. Entre otros, el anciano averiguará que algunos de sus móviles anteriores no fueron tan puros como se preciaba, que en el fondo perseguía otros objetivos que los que ha logrado y que aún le pueden brotar sentimientos que no creía poseer. Es el

momento en que al fin comprendemos que lo mejor viene a una con lo peor y viceversa, que los calificativos capaces de definir a una persona se entremezclan, que nada es diáfano y alcanzable de un solo golpe de vista, que todo es enredoso hasta la hartura. Que una acción mínima puede traer consecuencias máximas, y al revés. Que hay que cuidar cada palabra y cada gesto, porque podemos herir al otro con imprevista facilidad, la misma con que los demás nos hieren. Ahora nos enteramos por fin de que el suelo que pisamos —antes tan familiar— está sembrado de trampas y minas. No hay mejor cimiento de las normas de cortesía y de respeto que haber experimentado nuestra delicada situación entre los hombres, nuestra *delgadez*.

Así lo dictaría la experiencia filtrada por el tamiz del pensamiento. Faltos de ella, para muchos la vejez suele ser más bien la época de la simplicidad culminante, en la que todo se resuelve en máximas solemnes que generalizan sin distinguir y consagran los tópicos más difundidos. Y a eso contribuye lo suyo la necesidad de revestirse con la pompa de una sabiduría impostada. El viejo común, por la cuenta que le trae, no quiere más que confirmar lo que ha sabido; ¿cómo va a aceptar que casi nada es como creyó y que sus criterios eran desatinados o necios? Cuanto más tiempo pasa, y como no hayan adquirido hábitos críticos, dejarán engrosar aún más los prejuicios. Será cosa de la rigidez de las arterias, pero seguro que también de la casi invencible fórmula del *sostenella y no enmendalla*.

DESDE NIÑO

Habrá que reparar en cómo nos han marcado ciertos sentimientos desde la edad más tierna. Lo recuerdo a propósito de ese amigo de la infancia a quien hace unos días le hice un apreciable favor, que aún no ha agradecido ni con una simple llamada que bien poco le hubiera costado. Pero ahí radica justamente la clave: que, según se ve, le habría costado tanto que la operación de agradecerlo se hallaba por encima de sus

fuerzas. Mi tristeza no proviene, pues, de su ingratitud. Proviene de imaginar la enormidad de sufrimiento que he debido de causarle hasta ahora y del consiguiente rencor que se ha ido depositando en él año tras año desde niño... hasta incapacitarle para dar las gracias. Arreglarlo ya no está en nuestras manos. No hay buena voluntad capaz de curarlo, ha cobrado la fuerza irresistible del tumor que crece sin nuestro permiso.

Pagos diferidos. Otro descubrimiento tardío: cuánto pagamos en la madurez los errores cometidos en los años mozos e incluso antes. Por ceñirnos a uno sólo, cómo la antipatía que hemos podido producir en otros o almacenar en uno mismo va creciendo con los años hasta desbocarse y no admite ya ser retenida lo suficiente ni mucho menos diluirse. Así un desprecio, un gesto o una inoportuna broma inocente, que en el preciso instante en que tuvieron lugar fueron ofensas no sólo impremeditadas sino mínimas, se han transformado con el tiempo en barreras insuperables, en cargas insoportables. Y estoy hablando tan sólo de lo que recuerdo o he llegado a sospechar por indicios incontestables. Pero ¿y los daños ignorados, además de involuntarios, infligidos a otras personas que ya olvidé o, mejor, que nunca habría sospechado? Y, al final, la pregunta de mayor calado: ¿cuántas vidas he podido arruinar o por lo menos perjudicar en alguna circunstancia que me pasó por alto?

Hay otros muchos descubrimientos tardíos. En realidad, mientras no haya muerto o consumido su curiosidad, nunca para uno de destapar lo oculto. Son hallazgos tanto más estimables cuanto que no los esperábamos quienes creíamos haber aprendido todo sobre nosotros mismos o sobre el ser humano. Pero el viejo Heráclito ya sentenció que «si no esperaseis lo inesperado, no lo hallaríais».

¿COMPASIÓN O INDIGNACIÓN?

No es fácil delimitar en una circunstancia dramática el terreno reservado a

la compasión y el de la indignación o, si se quiere, hasta dónde llegará la una y hasta dónde la otra para dar lugar a la justicia. Porque en las conductas más encomiables no siempre deben prevalecer los primeros términos de esas alternativas, sino su inevitable combinación con los segundos. Desconfiemos del juicio en el que uno de los dos sentimientos morales predomine tanto que oscurezca o elimine al otro. Es la persona mayor, y ya sólo por su más largo trato con los hombres, quien más acierta a verlo.

Pregunto si la compasión ante el daño nacido de un premeditado comportamiento ajeno puede acaso brotar al margen de la indignación hacia quien lo comete. Pero también si cabe una indignación que no sólo se trueque en compasión hacia los dañados, por supuesto, sino asimismo hacia los autores del daño por las costosas penas que nuestra condena legal les infligirá. Muchos sonreirán ante tamaña ingenuidad, pero con ello estarán soslayando la principal cuestión moral aquí en juego, a saber, cuánto vale la compasión sin la justicia o la justicia sin compasión. Lo difícil estriba en asumir ambas emociones a un tiempo: apreciar piadosamente la dignidad del otro y, sin embargo, juzgarle y, si preciso fuera, condenarle. Si lo primero impidiera lo segundo, entonces seríamos crueles con los más débiles, con las víctimas. Hay que saber discernir con Lévinas lo que demandan el «rostro» del otro y los derechos del «tercero», guardar el inestable equilibrio entre el amor y la justicia. Hay que saber decidir cuándo es el momento del puñetazo en la mesa, del abandono de la tolerancia o de la esperanza de conversión. Si no, habrá de sospecharse que allí se encierran gruesas flaquezas: entre otras, el pusilánime propósito de asegurarse la paz con la mayoría.

EL MUNDO INJUSTO

Si hubiera que destacar la enseñanza que la persona mayor obtiene de su envejecimiento, subrayaría ésta como una de las primeras. Asimilarla nos consume todo el período de la juventud y aun buena parte de nuestra

madurez.

Hay tantas zonas de oscuridad en la vida de los hombres, que ésta parece no estar sujeta a regularidad alguna, a ninguna lógica. Pero tal percepción se debe, seguramente, a que nuestro ser moral demanda siempre que el mundo sea justo, que la vida de cada cual se lleve lo que merezca, que triunfen los buenos y se hundan los malos. Casi nunca sucede así y ésta es una de las lecciones más amargas de la existencia humana. Aunque la damos por supuesta y nos jactamos de haberla experimentado de sobra, la olvidamos a cada rato y entonces renace la esperanza de que por fin haya perdido su vigencia. Probablemente no haya convicción más acendrada y desilusión más dolorosa. Del bien no siempre brota el bien, sino a menudo el mal; y el mal puede engendrar a veces el bien, y no el mal. El mundo del hombre no es justo, sino azaroso. La «ley» del mundo humano es la ausencia de ley o de necesidad, o sea, la contingencia. Por tanto nuestra compañera inseparable cada minuto de vida es la inseguridad, la incertidumbre y el miedo a la desgracia. Contra esto no hay fortaleza interior o exterior suficiente. Los pocos que se atreven a desafiar ese elemento invariable de la condición humana alcanzan a nuestros ojos la altura de superhombres.

En el fondo no pasa nada que no sea previsible o no hayamos aprendido de una vez por todas. No existe un «mundo justo» y cada instante no deja de probarlo. No hay Dios que nos cuide. Mis sueños son sólo sueños; pero su incumplimiento me hará sufrir más que si no los hubiera acunado. Una presunta aproximación al ideal anhelado, ¿compensará acaso el dolor por su indudable fracaso? Quién sabe, pero doy por seguro que en eso estriba nuestra condición trágica, que esa es una de las innumerables formas de nombrarla. No podemos cambiar ni nuestro mundo ni a nuestros seres más queridos; hay que quererlos así sin demasiada esperanza. Tal vez sea de las privaciones más costosas que la vida nos solicita o, mejor, nos impone. Y lo más difícil es sobrevivir a esa renuncia..., que significa el sacrificio de una dimensión capital de uno

mismo, sin la que uno se teme que dejaría de serlo.

EL HONDÓN DE LAS PREGUNTAS

Vengamos a una disposición propia de la vejez, aunque probablemente cultivada por escasos viejos. Me refiero a la capacidad de vislumbrar ese fondo desde el que surgen las preguntas de verdad, ese último plano en el que los interrogantes encuentran su formulación y su tono menos convencionales. Se diría que se necesita un esfuerzo ímprobo para descender hacia el hondón de uno, ése que asoma en muy contadas ocasiones. Requiere la osadía de perforar una tras otra las capas de «naturalidad», la costra de sobadas opiniones comunes que nos impone la mayoría; el atrevimiento de dejar atrás mucho de lo mal aprendido, de caminar sin miedo hacia las más oscuras incógnitas o incluso al horror que al cabo de ese desnudamiento puede dejarse ver. Descendemos a tal profundidad gracias a fogonazos provenientes de los más grandes —poetas, pensadores, científicos, artistas—; por nuestras propias luces probablemente no llegaríamos a adivinarla. Es de suponer que uno regrese transfigurado de ese descenso, con la mirada de quien ha visto lo más exultante o tenebroso, algo así como dicen del rostro de Nietzsche cuando volvía de sus paseos en Sils-Maria. Sería el envés del mito de la caverna pero con un designio coincidente: sólo discernimos la verdad —teórica y práctica— contra las apariencias y contra los tópicos, contra lo que popularmente se consagra como verdadero.

EL PESO DE LA SUERTE

Doy por seguro que sólo los mayores reparamos lo bastante en la determinante presencia de la suerte en los asuntos humanos, porque hemos tenido más tiempo para tropezarnos con ella y desengañarnos de nuestro gloriado libre albedrío. El valor de una vida humana no es ajeno al peso que en ella asignemos a la suerte, favorable o contraria, a la buena o mala fortuna. Ese valor lo mismo puede ir menguando que creciendo

conforme al papel que en aquella existencia represente la casualidad, eso incontrolable que subyuga el comportamiento del individuo. No hay ser humano que se libre de estar expuesto a la contingencia, a la probabilidad de que ocurra lo no querido ni previsto. La suerte formaría así parte irrenunciable de ese valor como una porción ineliminable de la vida humana. Paradójicamente, sin embargo, hay un sentido al menos en que la contingencia, en lugar de disminuir ese valor, lo engrandece: cualquiera que sea la valía del hombre, la azarosa amenaza que siempre pende sobre su cabeza eleva piadosamente su precio.

LOS MUERTOS NO TESTIFICAN

Otro capítulo de la sabiduría que se alcanza a lo largo del envejecer. Como la historia posterior acostumbra a perdonar al poco tiempo todos los robos y crímenes que han encumbrado a individuos o a dinastías, así también absuelve de los fraudes y atropellos que han propiciado los triunfos de gobiernos e instituciones. De nada sirven los cargos probados que pueden dirigirse contra los ganadores, porque por lo común no lograrán desbaratar la posición ya conquistada ni a retroceder al punto cero del proceso. Si aquella mentira o desafuero han acabado imponiéndose, en adelante valen y se respetan; si fracasan, en cambio, no engendran el menor derecho. Mientras haya recuerdo suficiente, siempre podrá invocarse el abuso del punto de partida, pero de hecho cuenta más lo que hay que lo que fue. El presente siempre arrastra una presunción a su favor, que se alimenta del poder de la inercia o de los costes que se derivarían de su eventual denuncia.

Sería un aspecto más de las miríadas de injusticias olvidadas, sepultadas por el tiempo. Los vivos viven o malviven —contentos o apesadumbrados, según les toque— porque los muertos ya no pueden testificar ni a su favor o ni en su contra. Las víctimas no reúnen sólo a todos los derrotados sin distinción, sino especialmente a los perdedores de causas justas o, daría lo mismo, a los sacrificados por causas injustas.

¿HARTOS O COLMADOS DE DÍAS?

Los dioses griegos no parecían tener a la vejez en particular estima. Al menos si damos crédito a estas palabras de H. Arendt en su *Diario filosófico*: «Sigue siendo verdad que los dioses deparan una muerte temprana a sus favoritos, y los libran en recompensa de la vejez, no permiten que mueran “viejos y hartos de la vida” (...)». En abierto contraste el Dios del Antiguo Testamento se encargaba de conceder una larga vida a los patriarcas, que morían «colmados de días».

LO PEOR DE LA VEJEZ

«Y, con todo, ¿saben qué es lo indudablemente peor de la tercera edad? Que no hay cuarta» (F. Savater).

7. Viejos

TIEMPO SOBRANTE

La mayoría de las personas mayores dice que les sobra tiempo, cuando salta a la vista que ésa es su mayor carencia. Sólo quieren decir que no saben cómo emplearlo.

¿QUÉ PENSARÁ DE NOSOTROS?

Siempre la misma pregunta ante el rostro de ese viejo con quien nos cruzamos y que camina con dificultad: ¿qué pensará de todos nosotros sino que no nos hemos enterado todavía, que ya nos llegará la hora de vernos en su misma situación? Pero también nos asalta la inmensa sorpresa cuando descubrimos alegría, o proyectos o no digamos ya generosidad en ese anciano al que sus sensaciones y reflexiones le empujan en sentido contrario...

ASQUEADO CONSIGO MISMO

¿No habremos de cambiar ni de viejos? ¿Siempre las mismas obsesiones, las mismas angustias e inseguridades? ¿Hay esperanza? El afán de desaparecer tiene que venir en ocasiones de eso: de que uno ya está harto, asqueado de toparse consigo mismo, tan raquítico como siempre y por desgracia tan previsible como siempre.

Los nuevos viejos. Los viejos de hoy ya no pueden ser los viejos de ayer. Fijémonos sólo en lo que representa que ahora mismo, la una de la madrugada, pueda yo conectarme por medio de este artilugio en que escribo a casi cualquier lugar o persona del mundo. Este aparato contiene una cámara que me permitiría hablar y verme al mismo tiempo a miles de kilómetros de distancia con quien dispusiera de ese dispositivo. ¿Cómo no va a introducir semejante novedad unas diferencias cualitativas también en la vida de los ancianos, antes reducida a salir a la plaza a conversar con los de su entorno, hoy día capaz de entrar en contacto con todos y en un conocimiento instantáneo de las noticias, obras de arte, paisajes, documentos, de la historia, secretos del universo, en fin, de todo lo que puede ser objeto de nuestra curiosidad? Pero más vale no hacernos demasiadas ilusiones: cambian sólo los instrumentos al alcance, pero lo sustancial, la conciencia de nuestro próximo acabamiento, tiene que continuar; se altera sólo el modo de alimentar o, quizá mejor, de entretener esa conciencia.

UNA CHOCANTE INSENSIBILIDAD

Lo más frecuente es el caso de quien por sus años, y más que a ninguna otra edad, anticipa en la muerte del otro la suya próxima y se apena. Pero todos hemos sido testigos ocasionales también de esa aparente satisfacción de algunos ancianos ante la noticia del fallecimiento de alguien con años parecidos, incluso aunque hubiera sido su amigo. Al menos no deja de chocar una insensibilidad que parece decir: aquél ha caído, mientras yo perduro y sigo en pie... Con todo, me inclino a suponer que tal reacción no expresa indiferencia ni egoísmo brutal. Simplemente sucede que no predomina el sentimiento de que el otro está muerto, sino ante todo el de que uno mismo permanece vivo; expresa más alegría por la suerte propia que aflicción por el infortunio ajeno. Piénsese asimismo que no se trata del puro regocijo de sobrevivir, sino del único estado de ánimo que les permite resistir el regular mazazo de la muerte de los

demás. Parecería un momento de relajación, de sentir algo así como «por esta vez me he librado». No es falta de sensibilidad, en suma, sino exceso de ella lo que les mueve a protegerse a fuerza de resaltar sólo el hecho crucial de su propia supervivencia.

POCO QUE APRENDER

Contra la advertencia del filósofo griego, una de las propiedades más acostumbradas e irritantes de muchos mayores es el creer que tienen poco que aprender. Dan por seguro eso de que más sabe el diablo por viejo que por diablo, cuando bastantes de ellos apenas han pasado de ser unos párvulos. Todo lo que ven o eso de lo que se enteran tienden a reducirlo a alguna experiencia particular suya, casi todo queda neutralizado porque enseguida lo vierten en el molde de lo familiar y ya sabido. Poco han de atender que les venga de fuera o del presente inmediato, pues lo que ocurre suele ser lo que ya ha ocurrido y lo que les pasó a ellos o a los más próximos. A los ojos de esta poblada categoría de seres longevos, nada puede ser distinto, o más o mejor de lo que ya fue; nada puede ser en verdad nuevo o desconocido. *Nihil novum sub sole*. Cuestionar esa creencia sería como removerles el asiento en que se apoya su peculiar narcisismo, dejar en suspenso sus alicortas experiencias, las únicas que les justifican y consuelan. Sería lo mismo que decirles: poco de lo que aprendisteis valía la pena y tendríais —si ello fuera aún posible— que empezar a vivir de nuevo.

La repetición. La tentación del viejo (incluido el que no lo es por edad, pero sí de estructura mental): buscar con ardor repetirse. Reiterar *lo mismo* una y otra vez viene a ser la ilusión de que nada cambia, la acomodación a la rutina, esa insistencia obsesa en sus tiempos jóvenes y sus ventajas. Lo más opuesto a la vejez parece ser la espera de lo diferente, la invención o creación, la capacidad de cambio. ¿Y no serán estas últimas unas escapatorias oportunistas? Es posible; podrían ser una manera de esquivar el final desastroso, pero al menos

resultan más gratificantes y productivas.

Homo senior. A menudo pienso que buena parte de todas las edades, salvo la niñez, está compuesta de viejos que se ignoran. Han renunciado a muchos de los proyectos y deseos de mejora como seres humanos o en permanente acabamiento. O sea, se sienten tan cerca de estar acabados como si fueran a morir mañana mismo. Poco va a aprovecharles porque han decidido que poco necesitan; para ellos, casi todo está ya dado, casi todo está ya dicho o escrito, casi todo está cumplido. Casi nada de dentro o de fuera merece la pena indagar. Son demasiados los que se han entregado al límite, al descanso, a lo definitivo. *Homo senior, senex:* supongo que es la categoría más abundante de nuestra especie.

INMUTABLES

Operación quirúrgica de F. Otra faceta de la vejez: que ya no podemos cambiar, ni él... ¿ni yo? Estoy dispuesto a acudir a preguntar por su estado, aún no sé por qué. Algo tiene que ver la coherencia con la que defiende la práctica de la piedad más allá de lo merecido o inmerecido. Pero me pregunto si no se tratará más bien de un modo de prevenirme frente a la culpa futura, de librarme de un reproche que no quiero hacerme. Ni de esa persona ni de mi gesto hacia ella espero nada, ni siquiera mi tranquilidad de ánimo; peor aún, espero más bien la incompreensión. Tampoco estoy seguro de que su eventual fallecimiento fuera a crearme inmensos sentimientos de culpa. Olvidamos todo, con mayor razón lo que nos perturba. Endurecimiento, ése es el primer poso del tiempo. Queremos librarnos de cuanto represente un desafío, del riesgo de cambio, de cualquier amenaza para nuestros confort cotidianos, lo mismo en nuestras convicciones que en nuestras relaciones.

JUICIOS FINALES

La insistencia con que nos cuentan que Fulano es un mal bicho, que no hace nada sin interés y acusaciones de este tenor. ¿Dónde se muestra aquí el sello de la senectud? Por de pronto, en que esta clase de juicios derogatorios tienden a emanar de una conciencia amargada por su propia desventura. Parece como si, al término de la vida, nos entregáramos a la suspicacia, a evaluar conductas atribuyéndoles los móviles o propósitos más descarnados. Se olvida entonces la complejidad del ser humano, algo que debería aprenderse antes de llegar a viejo: la admisión de que esa presunta mala persona en tal aspecto no lo sea en otros, lo probable de que facetas dispares en valor coexistan en el mismo individuo. Pero lo peor es que un veredicto tan poco caritativo no admite ya transformación posible en la conducta de aquél, sino que suena a una auténtica condena. En resumen viene a decir: «nadie debe esperar nada de él». Habrá quienes mantengan que la cercanía del desenlace agudiza nuestros sentidos para percibir la verdadera estatura de la gente. Claro que también podría ser, al contrario, que el envejecimiento nos entorpezca, embote nuestra percepción y nos depare así una falsa idea de los demás.

LA SOLEDAD DEL VIEJO

Tras sorprender la charla entre dos ancianos, uno se dice que la vejez (al menos la más avanzada) corresponde a la fase en que la tentación de autoengaño se acrecienta al máximo, por no soportar tanta realidad desdichada. La religión, por supuesto, es uno de los recursos más socorridos para encontrar alivio. Está luego la sociedad con los demás. Pero el viejo habitual se siente extraño a los jóvenes, en los que tiene que ver sólo a unos pobres ilusos; y, en cuanto a los más próximos, no sólo empiezan a faltarle los de su generación, sino que le cuesta estar con quienes le van a comunicar desastres idénticos a los suyos. Parecería que todo fuera compañía inapropiada para quien a fin de cuentas ha de quedarse tan solo. La soledad es el destino del viejo, porque siempre nos morimos solos y para quedarnos más solos todavía. Supongo que por eso escribe García Márquez en *Cien años de soledad* que «el secreto de una

buena vejez no es otra cosa que un pacto honrado con la soledad».

EL PORQUÉ DE LA IMPACIENCIA

Este mediodía en la cafetería mi acompañante —y no es el primero que me lo reprocha— se ha extrañado de mi impaciencia ante la tardanza del camarero. Enseguida me ha parecido descubrir un probable motivo de mi desazón. No puede ser otro que la prisa ante el escaso plazo con que uno cuenta, la certeza de que no hay tiempo ni para lo fundamental; ¡como para perderlo en lo accesorio! No es cierto entonces que la parsimonia y la lentitud sean el *tempus* del anciano. En realidad es el de la prisa, el de «venga, venga» y «vamos, vamos»..., porque esto se acaba y no es cosa de recortarlo o dejarlo pasar. Otra cosa es que las articulaciones de su gastado organismo no se avengan a ese ritmo.

LA PALABRA OCIOSA

Una constatación no por «normal» menos deplorable: la trivialidad, lo superfluo de las conversaciones de la mayoría (y en lugar destacado también de los mayores). Si estuviera en su mano, el abajo firmante haría grabar en cada estancia o lugar de reunión aquella sentencia evangélica: «De toda palabra ociosa daremos cuenta rigurosa» (Mateo 12, 36). Por el tono seguro y satisfecho que emplean se deduce que el hablante no percibe lo banal de sus palabras, ni sospecha que pueda haber otra comunicación más honda y sobre lo que más importa. Y así se les van las horas, los días, los meses, los años...

UNA DEMANDA INCOLMABLE

De modo diferente al niño, el anciano se siente igual o más necesitado de cuidado que él. Aquél vive su dependencia en forma inmediata e imperiosa, sin la menor conciencia. Éste, por el contrario, la experimenta quizá no tan inmediatamente (porque interpone prejuicios y

convenciones), pero de manera no menos perentoria que el infante. Como de ordinario cuenta con hijos, se cree con todo derecho a exigirles su auxilio y con frecuencia lleva mal que su descendiente se ate con más deberes hacia la nueva familia que ha formado que hacia la propia que le arropó a él. Aunque entienda sus actuales apegos, no puede aceptar que sean más fuertes que los que le unen con sus progenitores.

No seré yo quien le reproche ese egoísmo de anciano, por figurarme que sería tanto o aún más exigente que ellos. No es sólo su título paterno el que justifica a sus ojos esa demanda: un pago no estipulado pero que esos seres que trajeron al mundo les deben, una deuda que ahora les toca devolver por los servicios prestados. A su juicio, la obligación general de los demás hacia ellos arraiga más al fondo. Es la naturaleza misma la que les ordena lanzar esa petición desgarrada por encima de cualquier otro miramiento. Necesitan una mano que les tome de la suya, y una mirada que les atienda y unos oídos que les escuchen..., porque saben que se van y, por saberlo, que están ya desde ahora solos. Disponen, pues, de raras ocasiones para juntarse con quienes vienen detrás. Les asombra que éstos no perciban esa diferencia entre unos y otros. Enterados de que pronto van a perderlo todo, exigen que se les entregue ahora mismo todo. Cualquier otra justificación del más joven les tiene que sonar injustificable. No puede ser que sobre los demás pesen otros compromisos tan ineludibles como para no prestarles a ellos la atención que requieren. Cuando los más jóvenes caigan en la cuenta de su ingratitud, será ya demasiado tarde. Desde su perspectiva ha de concluirse que les asiste toda la razón para clamar contra ese presunto abuso, que su sentimiento de desamparo debe ser así de forzoso y absorbente. Uno piensa que esta tensión irremediable forma parte del estado de la vejez y también que el viejo que no viva así su despedida del mundo será poco menos que un santo. Sé de sobra que yo seré aquel otro viejo más común y gruñón.

QUITAR LA VIDA

Otros viejos, por desgracia, no sólo dejan de insuflarte la vida que también a ti se te va, sino que te la están hurtando, que te la ocupan demasiado con sus vidas y preocupaciones mediocres. No me cuente usted esas tontunas, esos lugares comunes, esas vaciedades —les soltaría uno a gusto—, que tampoco yo tengo tiempo que perder. Me faltan años hasta para lo imprescindible, no me haga gastar horas en sus bobadas. Parece no darse cuenta, pero yo —como usted— me estoy jugando la vida, las últimas etapas de mi vida. Me juego aprender todavía un poco de lo mucho que ignoro, gozar algo de lo que aún no he disfrutado, conocer a personas que merecen la pena, querer y ser querido como nunca quizá hasta ahora. Déjeme usted dispensar mi tiempo tan escaso a quien le será más útil. Sólo la piedad puede inclinarme a atender al necio; pero por desgraciado, no por necio.

VIVIR A LA DEFENSIVA

Creo que una de las más acuciantes tentaciones del viejo como tal es vivir a la defensiva, preservarse del dolor. Su preocupación básica sería que nada ni nadie le hagan daño o el mínimo posible. Es cierto que esa prevención se presenta también en todas las edades, pero más obsesivamente aún en los mayores. Han comprendido que vivir entre hombres es estar expuesto a hacerse daño recíproco, queriendo o sin querer. Lo que resulta más extraordinario y, sobre todo, más temible: nos hacemos un daño tanto mayor cuanto más cercanos lleguemos a ser. Somos como los erizos del cuento que porfiaban por estar juntos, pero no podían juntarse porque se pinchaban entre sí. No hay ser más dañino para el hombre que el ser humano. Pero ¿no es acaso también el más benéfico? Desde luego, pero reparamos más en los males que en los bienes por la misma razón de que solemos estar más temerosos que satisfechos.

Pues bien, tanta experiencia de dolor han acumulado que los veteranos viven en guardia permanente, olfateando posibles ataques allí donde otros

más jóvenes ni siquiera los atisbarían. No quieren más, aunque sepan que ese deseo es fatalmente utópico; se dicen a sí mismos que ya han cubierto su cupo y que el sufrimiento posterior será insufrible. Cuando llegue — porque llegará, tampoco se engañan— habrán de preguntarse si no hubiera sido mejor morir tiempo atrás y abandonar toda esperanza. Entretanto continúan viviendo con el escudo siempre alzado por si acaso. Les tacharán de una prudencia que aniquila la vida, de avistar peligros que sólo están en su imaginación. Cosas de viejos... ¿Estamos seguros? El tiempo próximo podría confirmar que bastantes de aquellos temores eran bien reales, pero sólo un cuerpo ya curtido llega a husmearlos gracias a esas finas antenas que son sus propias cicatrices.

Pero no seamos injustos. Frente a tantos ancianos prevenidos y acorazados, se yergue también la figura de otros que no se rinden tan fácilmente a esos pavores. Se les ve en las empresas, en los gobiernos, en los laboratorios científicos y en ONGs de varia índole. Son viejos superiores, no hay duda. ¿O quizá unos que están huyendo a la desesperada para que los males más visibles de la vejez no les alcancen o posterguen su aparición? ¿O que procuran no quedarse a solas frente a su autoconciencia atribulada y evitan encerrarse para mejor zambullirse en el mundo exterior? Como gusten, pero justamente por eso estoy más dispuesto a admirarles que a los anteriores. Eso sí, me pregunto de dónde sacan sus fuerzas...

ELLOS NO, YO SÍ

No he consignado todavía una reflexión recurrente a partir de la muerte de un amigo al que recuerdo cada vez que diviso esa Peña cercana. Me refiero a mi autoconciencia de ser un superviviente, de que estoy viviendo un *plust tiempo*, un además respecto del que otros disfrutaron; de que sólo eso ya es razón de estar agradecido y responder al regalo. Tengo que exprimir y disfrutar cada minuto que gratuitamente se me concede. Pero también se cuela un sentimiento de culpa: ¿por qué a ellos no les fue dado

proseguir y a mí sí? Esa desigualdad me golpea por injusta, me entristece, me provoca lágrimas.

La responsabilidad del superviviente. Lo escribió Lévinas: «En cualquier muerte se acusa la cercanía del prójimo, la responsabilidad de superviviente». Si tal responsabilidad no estriba en no haber sabido impedir aquella muerte, ¿en qué consistiría entonces? Quizá en no haber acompañado, arropado, animado a quien se iba a morir. Antes todavía, en no haber reparado siquiera en que estaba ahí, a menudo a mi lado, y no haberle ofrecido entonces la atención que merecía. Y, aunque tenga ya menos sentido, me siento obligado a rendírsela por lo menos ahora. Lo inaceptable es que eso que es *todo* para el otro no sea *casi nada* para mí, algo del todo intrascendente. Esa asimetría infinita e irremediable me parece perturbadora.

Ya he vivido más. Caigo en la cuenta de que ahora mismo ya he vivido más de lo que ha durado como promedio cada generación de la Humanidad a lo largo de la Historia. Mi edad ha llegado mucho más lejos que la de la mayoría de los hombres que me han precedido. Incluso bastante más allá también de los años que hoy mismo alcanzan los habitantes de países enteros desnutridos y sumidos en una miseria inhumana. Soy una excepción y me pregunto de qué me han valido estos años de más.

ESPIANDO A LOS OTROS

Tan preocupados andamos por la crecida de nuestros años, que nos inquieta mucho que los demás los noten. Y nosotros mismos espiamos el rostro o los gestos de los de nuestra edad, por si revelan los estragos en parecida medida que los nuestros. Las que nos dirigimos los viejos unos a otros —ya percibo esa complicidad— son miradas en que queremos adivinar las penas y perplejidades del otro para corroborar las propias, como si nos preguntáramos: «y tú ¿cómo lo llevas?». Los que aparentan

ser más viejos nos tranquilizan a los que sólo empezamos a serlo. Claro que también es frecuente que a casi todos los demás les juzguemos más ancianos que nosotros, un curioso vicio de la autopercepción. Pues mostramos aproximadamente las mismas huellas.

Una mirada bochornosa. Me he descubierto observando con cierto regusto de satisfacción a un pariente, algo más joven que yo, que aliviaba su gran cojera mediante una muleta. Ha sido la mirada de quien se consuela diciéndose que él todavía no; una mirada que me abochorna.

Experiencias comunes. Modos variados de confirmar nuestro común destino. Esas personas que reparan en ti con indisimulado gesto de sobresalto, preguntándose quién es ése al que creen reconocer pero que ha envejecido demasiado..., mientras tú les observas sintiendo una extrañeza similar ante tanta arruga y otros signos inequívocos de la decrepitud compartida. Seguramente ambas partes tratamos de averiguar si tenemos miedo o no ante lo que se avecina. A unos y otros nos anima la ilusión de descubrir algo que nos asegure que aún no estamos tan estropeados. Aun reunidos por esta condición, todavía queremos resaltar nuestra ventaja en cuanto a la fecha en que se cumplirá la sentencia. Dudo si llamarla la mirada del desengaño o la de la solidaridad con otro desamparado. Sólo los de nuestra edad estamos expuestos a un desvalimiento que nos debería predisponer a la mutua piedad. Todas las diferencias que nos han separado a unos y otros, todas las afrentas que hayamos podido sufrir de los demás, ¿qué cuentan ante nuestra hermandad frente a esa muerte que nos acecha o ante el desasosiego en su espera? De modo que buscas otro encuentro con ellos, perdonas, sonrías...

Ver, ser visto, no verse. Hay un fenómeno, tal vez más corriente de lo que supongo, que estos últimos tiempos me sucede con bastante frecuencia. Y es que, tras divisar de lejos a alguien con la apariencia

de un anciano muy decaído, compruebo asustado cuando se aproxima que se trata de un antiguo compañero de colegio o de juegos; y cuando al fin nos cruzamos o saludamos en la calle, vuelvo a ver al escolar, no al vejestorio. Es como si su cara actual fuera tan sólo una careta que deja entrever su verdadero rostro adolescente. Todavía me cuesta aceptar que los conciudadanos más jóvenes me encuadren entre los mayores y que los abuelos me identifiquen como uno de los suyos. No me he preparado para entrar sin rebeldía en mi grupo de edad y sólo algún achaque serio me persuadirá en su momento de que debo resignarme a esa forzosa compañía.

AL FINAL, UNOS GROSEROS

Es instructivo que, llegados a este punto de nuestro itinerario vital, no nos importe tanto el estado del espíritu como el del cuerpo, como si éste contara más que el otro. Uno se teme entonces que, al término de la partida, el sujeto apetece la supervivencia física por encima de cualquier otra aspiración más etérea. Una por una, deseamos hacer bien la digestión, defecar sin dificultades, estar libres de dolores. Por muy espirituales que nos consideremos, a última hora nos volvemos abiertamente unos groseros.

Bienvenido el pedo. El júbilo que, en ciertas coyunturas delicadas de salud, llega a suscitar la ventosidad del enfermo o una deposición largamente esperadas. El buen o mal gusto tienen poco que ver con lo que entonces más nos conviene. Si eso no llega a producirse, es que el intestino o el riñón no funcionan y nuestra vida corre peligro; la señal de que ese peligro se aleja y que de momento la crisis ha pasado es sencillamente que el paciente cague o mee. Que un ser tan valioso dependa de algo en apariencia tan despreciable (o indecoroso) da una idea de nuestra fragilidad. También aprendemos, por cierto, que no hay órganos físicos más dignos y otros más sucios y vergonzantes.

EL DISFRAZ DE LA PRUDENCIA

He tropezado con esta sentencia de Hemingway: «La sabiduría de los ancianos es un gran error. No se hacen más sabios, sino más prudentes». Creo que semejante aseveración transporta una buena carga de verdad, sólo que aún se queda corta. La ancianidad nos hace por lo general más prudentes y ello, por sí solo, nos vuelve probablemente más sensatos tras haber probado las perplejidades de la vida humana y sus pasiones. Ahora bien, esa condición puede asimismo arrastrarnos a ciertas bajezas y claudicaciones, de modo que no siempre conviene tildar de prudencia lo que merece nombres menos virtuosos.

No son pocos los mayores que tienden a desentenderse de cualquier combate enderezado a la justicia. Puesto que ya atisban su límite, no quieren más riesgos que añadir al riesgo seguro que les aguarda. El anciano, por imperativo biológico, tiende a cuidarse, a conservarse. No sólo se hace más comedido, sino seguramente también más cobarde. Sus temores aumentan al mismo ritmo que su impotencia para hacerles frente. Acertaremos también al emparejar la condición de la ancianidad con un notable escepticismo. Al viejo común ya no le mueve tanto asumir los compromisos arraigados en los valores que hasta ahora enaltecía; la amenaza de la nada inminente le anonada y anula muchos de sus mejores impulsos del pasado. Si todo acaba, si todo se desvanece y nada va a perdurar, ¿por qué esforzarse en emprender una tarea, finiquitar un pleito, conquistar un derecho? Pongámonos en su afligido lugar: ¿por qué creer, incluso por qué simular creer, en lo que *ya* no le afecta ni en adelante le afectará, dado que lo único cierto es su próxima salida? ¿Habría alguna causa que pueda embarcarle (o quizá embaucarle), como no sea a lo sumo la de asegurar la supervivencia o el bienestar de sus descendientes?

AMORTIZADOS VIENE DE «MUERTE»

«Estar amortizado», lo llaman. ¿Y si resultara, contra lo que uno está

dispuesto a admitir, que para estas horas unos cuantos ya han certificado tu decadencia y te están tratando —en el grupo, en la empresa, en la calle— conforme a un veredicto que opera como certificado de tu incapacidad? ¿Acaso voy a ser yo quien antes y mejor detecte mis propios fallos de lucidez o de energías? ¿Cuántos me están ahora mismo engañando sobre mis mermadas facultades, sin atreverse a desvelarme la amarga verdad? ¿Cuándo se presentará el momento de decir: hasta aquí he llegado y debo ya hacer mutis y abandonar la escena? La jubilación puede ser una institución necesaria y justa. Aunque no valga para las excepciones, parece valer para la regla.

EL PODER DE LA CORRIENTE

La impresión de haber fracasado en los proyectos, y tareas en que más empeño haya invertido uno en su vida. Ninguno o casi ninguno de ellos ha cuajado como esperabas. Se ha impuesto otra realidad, que ha sido más el resultado de los intereses particulares de quienes iban copando la dirección del proyecto, no tanto de las convicciones de quienes procurábamos pensar en el proyecto mismo. Han triunfado otros, sin razones apenas, pero que han remado a favor de la corriente, de la masa, de la desidia o la ignorancia general...

MÁS SUCIO QUE EL MORALISMO SUCIO

Ya es manido el cargo de moralismo que se lanza contra quien hoy se atreve a señalar en voz alta cualquier inmoralidad. Se da por supuesto que ahí siempre se oculta una perversión emboscada: el resentimiento y la alegría malsana que depara esa denuncia de la vileza ajena, que nos ofrece así la oportunidad de considerarnos puros. Pero muy bien podría suceder lo contrario, o sea, que fuera mayor el pesar o la indignación por el daño que éste causa que la eventual complacencia en el acierto de haberlo prevenido. ¿Y el placer de la venganza contenida en el repudio de los culpables? Seguramente innegable, pero de un peso mucho menor que

la tristeza de palpar el mal que el ser humano puede perpetrar. La denuncia del daño encubierto o ignorado y de sus responsables representa siquiera un modo de compensar a sus víctimas por sus sufrimientos. *Por lo menos*, que ese mal se haga público, que se vocean los nombres de los maleantes, la magnitud de los dolores injustamente causados.

Sea como fuere, por pringoso que fuera el fondo donde hunde sus raíces ese sucio moralismo, siempre parecerá más digno que el exquisito caldo en que se cuece el silencio timorato de quien calla. Entiendo mejor o peor al primero, tal vez porque su tentación me resulta más cercana. A los que no consigo excusar es a los otros, a los capaces de no chistar ante los desafueros del más fuerte o las súplicas del más débil, a los que se limitan a esbozar una sonrisa condescendiente ante la indignación del pequeño. Me repugna esa mezcla de indiferencia y conformismo que les recubre como una coraza, de ignorancia interesada y aparente buena conciencia que mantiene su equilibrio cotidiano. ¿Capacidad o incapacidad? Siempre me figuro que no logran dominar del todo su conciencia de culpa, que tiene que rozarles siquiera la sensación de alguna indecencia por permitir la iniquidad, que no consiguen evitar la impresión de su minoría de edad moral. Y eso por mucho que sea el desdén con que te miren o escuchen, por mucha sabiduría acerca del ser humano que desplieguen. Algún día tendrán que levantar sus defensas y aceptar que hay unos que viven de cometer el mal y otros de consentirlo.

Es verdad que, conforme uno envejece, va adquiriendo tanto conocimiento acerca de esta producción del mal, con frecuencia de su carácter inintencionado, que la certeza de nuestra impotencia renuncia a toda rebelión y busca algún refugio más cálido. Sí, eso pasa y seguramente no tiene más remedio que pasarnos a quienes no somos santos ni héroes. Pese a todo, a cada nuevo agravio que se presente, parece imparable la reacción indignada. A lo mejor nos arrepentimos enseguida de nuestra ingenuidad o de nuestro disgusto, pero aquella respuesta emotiva viene a ser la prueba de que todavía subsiste en

nosotros algún rescoldo de sentido moral.

EL ACONTECIMIENTO

De mayor —probablemente sólo de mayor— uno se mira a sí mismo, mira también a su alrededor, y se dice que quizá haya habido un acontecimiento que enderezó o torció el rumbo de su vida en la dirección que le ha conducido hasta aquí. No fue más que uno, o como mucho una corta serie de ellos no especialmente llamativos, en su momento casi inadvertidos, que nada revelaban de su transcendencia..., lo que decidió la vida del sujeto. Y me pregunto cuál pudo ser el mío.

POR PARTIDA DOBLE

Cuando hacemos daño a alguien, se lo hacemos dos veces como mínimo: el primer daño es el que le propinamos directamente, el otro es el modo como casi siempre y a renglón seguido lo disimulamos o lo justificamos. Uno es cometerlo, el otro tratar de encubrirlo, o sea, la lesión que volvemos a infligirle para así neutralizar la previsible defensa del perjudicado.

EL VIEJO Y LA VIEJA

A ver cómo explico que casi nunca haya comparecido la mujer como tal en este *Cuaderno*. ¿O es que no habrá alguna especie de vejez y envejecimiento propios del sexo femenino? Se diría que sí. Al estar más en contacto carnal con la vida (la maternidad, los hijos), parece más sensible a cualquier síntoma y anticipación de la muerte ajena: más proclive a la compasión, más cercana a las lágrimas. La que con dolor da la vida y la protege con su heroico esfuerzo no puede aceptar de buen grado que esa vida se duela y apague. Pero es la indudable intimidad con su propio cuerpo, la acuciante dedicación al cuidado de su apariencia la que tal vez nos ofrece las claves mayores sobre la propia vivencia de su

envejecer.

Siempre atenta a los menores estragos de la vejez, y con vistas a retardarlos o disimularlos, suele poseer recursos de los que sus compañeros masculinos comunes carecen. Uno diría que por ahí asoma también su punto más vulnerable. Pues, contemplada mayoritariamente por el sexo opuesto (y no menos por el propio) en esa labor seductora, ¿no se queja ella de que, apenas entrada en la primera madurez, la mujer se vuelve «invisible» en la medida en que se ha vuelto también menos o nada deseable a los ojos del varón? Ya sólo por eso parece que la mujer tendería a ingresar en la pudorosamente llamada «tercera edad» antes que el hombre. Y eso puede ser asimismo lo que explique que entre nosotros a las señoras de una edad parecida a la del viejo no se les llame «viejas»: pues el término conlleva en tal caso un evidente sesgo peyorativo. O bien se trata entonces de un manifiesto desprecio emanado del machismo reinante. O bien ha sido esa extendida identificación de la mujer con su poderoso atractivo sexual la que provoca que, cuando al fin éste decae o se disipa del todo, el halago anterior deje paso en los más bestias al insulto.

MÁS DONES QUE INCONVENIENTES

Uno está tentado de resumir todo su mensaje en *El inconveniente de haber nacido* de Cioran, pero acabo inclinándome por el *Otro poema de los dones* de Borges. Algo tan excepcional como nuestra vida humana merece menos rechazo y mayor agradecimiento.

UNANIMIDAD INDISCUTIBLE

¿No es cierto que todos sin excepción deseamos una larga vida, pero sin llegar a viejos...?

8. Achaques

UN MÉRITO NOTABLE

El gran mérito de ser viejo y sonreír.

EL TIEMPO AGRAVA LOS PESARES

En la vejez se sufre mucho más que en cualquier otra edad anterior: sencillamente porque ya se espera mucho menos, porque el tiempo que nos resta es más corto, porque todo resulta mucho más irremediable al día siguiente que el día anterior.

LA PEOR VEJEZ

La de quien no puede perdonarse a sí mismo sus errores o sus cobardías del pasado.

LA EDAD DE LA IMPOTENCIA

La vejez es, tras la muerte, lo más amenazador de nuestra vida. Porque es la época de la imposibilidad, dado que casi todas las oportunidades se han agotado y apenas cabe ya buscar o inventar otros recursos ni otras metas. Es la edad de la impotencia. En ella se ha petrificado lo que hemos sido, es decir, se ha malogrado definitivamente lo que algún día pudimos ser, no lo fuimos y, ay, ya no seremos jamás. La época de los reproches, de la

esperanzas fallidas, de los desengaños y de los colores tristes. Es la constatación de nuestras postrimerías, de que estamos «acabados» (pero, por desgracia, no en el sentido de habernos vuelto terminados y perfectos, puesto que somos aún manifiestamente mejorables...).

SOLIDIFICACIÓN, ANQUILOSAMIENTO

Creo con muchos que un rasgo sobresaliente de la vejez, el síntoma inequívoco de haber ingresado en ella, consiste en la solidificación, el anquilosamiento, lo mismo de los hábitos y defectos propios como de las expectativas que los otros puedan suscitarlos. Es la progresiva dureza para alterar nuestras opiniones y actitudes, la parálisis de nuestras relaciones por pura fatiga, la descreencia en que algo pueda ir a mejor o siquiera cambiar, que algún esfuerzo de mejora conserve todavía sentido. Supongo que es una proyección inconsciente de la amargura por el final que se acerca y la vida que se agota. La certeza de que no hay nada que hacer, sino aguardar el destino imparale.

El problema mayor no es el simple paso del tiempo, que por cierto no es tan simple. El mayor problema es que el transcurso temporal se lleva consigo unas disposiciones, gustos, capacidades, aficiones, saberes, en suma, unas posibilidades del sujeto... y pone otras en su lugar. No es sólo, entonces, que no se pueda recuperar el tiempo perdido. Lo peor es algo que acompaña a esa impotencia: que tampoco se puedan reconquistar las actitudes e ilusiones que los años nos arrebataron ni rehacer las preferencias que se llevaron consigo. Y peor aún es ese inigualable poder de lo que el tiempo ha depositado en nosotros como una costra que no logramos arrancarnos: las creencias, los hábitos. El joven se avejenta cuando comienza a aceptar acriticamente el peso muerto de las creencias ajenas. El mayor rejuvenece justamente cuando marcha en sentido contrario.

PERDER Y GANAR AMIGOS

A propósito de los amigos, se presentan al menos dos puntos para la reflexión: el alejamiento de los de siempre y la dificultad por hallar otros nuevos. Supongo que ambas son caras de la misma moneda y responden a la misma causa. La raíz no puede ser otra que el cansancio receloso ante lo ya conocido. Mejor dicho, ante lo conocido en exceso que no depara sorpresa y, cuando se trata de algo que nos disgusta, ante lo que ya no puede cambiar. Los hechos han pasado y no cabe rehacerlos distintos de como han sido. Y las personas nos vamos como petrificando, somos estatuas cada vez más terminadas. Los simpáticos defectos de antes nos resultan ahora escollos insalvables para el trato, lo que sólo apuntaba se ha vuelto inmanejable, las expectativas no se han cumplido ni podrán ya cumplirse. La metáfora aquí apropiada sería el *retiro*: igual que —según cuentan— ciertos animales se alejan del grupo para morir, así nos vamos retirando también nosotros cuando avistamos la meta próxima. ¿Buscar todavía nuevos amigos? Jamás descartaría esa ventura.

LO QUE NO PODÍA PASARNOS

Es el momento de verificar por fin lo que, en tiempos juveniles, nos advertían nuestros padres o las personas mayores en general: que los hombres no son de fiar, que hasta los grandes amigos defraudan, que te traicionará el que menos esperas. Y uno tendía entonces a creer que eso les pasaba sólo a los otros o —más todavía— a tus mayores, por su cortedad de miras o porque sus presuntos amigos no eran tales. Pero que no podía sucederle a uno mismo, flanqueado de excelentes compañías y además protegido por una actitud más avisada. Pues, ya ves, tenían razón. Habría que insistir cómo es responsabilidad de los adultos transmitir enseñanzas tan necesarias, pero de forma que se escuchen. Lástima que domine el desentendimiento recíproco por razones de «respeto» o de evitarse molestias. El resultado es demasiada experiencia desperdiciada y, en última instancia, mucho dolor inútil.

A pesar de los advertencias. Ahora sigo oyendo esos avisos, incluso a veces también se me escapa darlos, pero no es menos cierto —pese a todo— que hemos de seguir esperando de cada encuentro y de cada nuevo conocido. No nos importe equivocarnos cuando llegue el caso, que con toda probabilidad llegará. Siempre habrá merecido la pena esperar y ser defraudado antes que no esperar nunca para así no ser defraudado jamás. Basta un momento de comunicación profunda para notar su mayor peso en humanidad que tantos otros contactos ordinarios.

MALAS NOTICIAS

Como casi a diario, otra nueva noticia de la visita del cáncer, de su ataque por sorpresa a alguien cercano. ¿Qué pasará cuando me toque a mí? Que cambiará sin duda mi vida, que se tornará una tragedia, por más que intente suponer otra cosa o tomármelo a broma. ¿Y ahora mismo? Ahora no es más que materia de conversación incidental, no me afecta ninguna grave dolencia, parece que el enemigo pasa de largo. O sea —jugando con las palabras—, que no va conmigo, o todavía no y así puedo hacerme ilusiones de que acaso nunca. Bien, piensas todo esto en cuestión de segundos, la vida vuelve a empujarte, y acabas sumergiéndote de nuevo en la multitud, entre los colegas de vida y de muerte.

ENTENDER SERÁ PEOR

Parece una experiencia general del viejo el sentimiento progresivo de que sobra y está de más, porque no entiende a los jóvenes ni los cambios que están teniendo lugar a su alrededor, porque el mundo se mueve en dirección contraria a sus preferencias. Un «envejecimiento cultural», comentará Améry, que es responsable de esa pesarosa sensación de extrañamiento total que afecta a quien no puede adaptarse a la novedad.

Nos pasará a todos, pero tal vez a unos más que a otros. Quiero decir que,

si esa experiencia universal se manifiesta penosa para los más veteranos, conllevará mayor dolor todavía si uno cree entender algo de lo que está teniendo lugar. La gran brecha abierta en su formación y expectativas, en sus intereses y categorías teóricas, entre viejos y jóvenes, explicaría esa progresiva extrañeza de los mayores. Lo insostenible, sin embargo, sería esa infundada confianza en que los más jóvenes sabrán mejor lo que ahora nos conviene a todos. Me dedico a tareas que me obligan a cuestionar los modelos habituales de jóvenes y viejos, y no me entrego a la cómoda inconsciencia de los primeros ni a la desilusión resignada de los segundos. Seguramente lo pagaré más caro que la mayoría: no albergaré esperanza en el futuro de lo que dejo ni tampoco de lo que me aguarda.

Mejor viejo chocho. Se repite hasta la hartura que, a una edad avanzada, confesar que ya no se comprenden las novedades que van irrumpiendo en el mundo, las modas y costumbres, es un indicio evidente de que a uno le ha llegado el momento de retirarse al rincón de la sociedad. Un desacuerdo frontal con la mentalidad al uso sería señal inequívoca de la propia decadencia, y con ella de las limitaciones consecuentes..., pero nunca al parecer de la insensatez o indecencia de lo contemporáneo y de sus manifestaciones. ¿Y por qué habríamos de asumir por principio aquella extrañeza como un signo de interrogación frente a nuestra cordura y un síntoma seguro de habernos precipitado en la incapacidad? ¿Desde cuándo lo nuevo ha de ser por definición más valioso que lo viejo? ¿No podría ser que, al margen de su edad, a uno le avalen razones bien fundadas contra lo que es bendecido por el mero hecho de ser popular? No he de caer en esa resignación. Me ganará por fin la naturaleza y mis arrastrados ánimos quizá me fuercen a bajar la cabeza ante lo que me parezcan notables aberraciones. Pero espero que eso no sea al precio de renegar de mis categorías o mis valores. Y menos ante esos individuos huecos que adquieren cuantas baratijas les salen al paso, ante los reconciliados con la moda del día y que ya se preparan para

reconciliarse también con la del día siguiente. Prefiero ser tachado de viejo chocho, inconformista y renegón.

ANGUSTIA PREVISTA

Lo estaba temiendo hace algún tiempo: me detectan síntomas de una afección bastante común entre los varones que hay que confirmar, pero de la que caben pocas dudas. Como si fuera un consuelo para mí, añade el médico que las señales debían haberse presentado diez años antes... Ya llegan, ya llegan, todo a su tiempo. Vendrá también el día en que estos achaques serán recordados como algo maravilloso, casi como un favor concedido por la naturaleza, en comparación con la angustia que ese día venidero me traerá. Es la muy probable negrura, la desesperanza de ese momento la que tontamente me aflige por adelantado.

LOS TERRORES DE LA NOCHE

Puede haber muchos motivos para madrugar. Uno de ellos sería el no prorrogar durante el insomnio el desasosiego de los peores recuerdos que regresan, la punzada inmisericorde de los fracasos pasados o de los que aún nos aguardan, el examen de lo que pudo ser y no fue..., en suma, la voluntad de dar la espalda a esa colección de penas sin remedio. No son pesadillas que ataquen a los jóvenes, por carecer éstos de un pasado tan largo que —por malo que haya sido— llegue a espantarles y les conmueva su confianza en que habrá un mañana. Esos terrores parecen más propios de los viejos, pero nadie nos lo había contado antes. No se trata de saltar de la cama, sino de huir de ella para escapar del desvelo.

Así aprendemos que los objetos familiares, los colores y ruidos cotidianos, la atmósfera doméstica, son lo que nos tranquilizan, los que nos devuelven a una dimensión que, si no es la verdadera, resulta la más manejable, la que ofrece un rostro más reconocible y sereno. La luz del día, y lo que ella alumbra, aminora o despeja esas pesadillas. Se diría que

permanecer en el lecho ofrece alguna analogía con reposar en la tumba y algunas noches especialmente sombrías nos acucian a salir de allí cuanto antes. Para entrar en la vigilia y ponernos a vigilar.

EL DESPERTAR DEL ANCIANO

Se despertó y, como cada mañana, comprobó que la causa de su tristeza seguía allí.

NO SABES LO QUÉ TE ESPERA

Estoy convencido de que todavía no hemos empezado a intuir la hondura de nuestra cercana degradación o el vértigo de nuestra caída imparable. Eso sólo se experimenta cuando llega. De momento sólo podríamos hacernos una pálida idea a fuerza de observar o acompañar a viejos degradados (¿y qué viejo no lo está?). Empiezo a sospechar que no hay anciano por encima de esta conciencia de su desgracia; y no creo engañarme, a no ser que mantener la lucidez fuera una cuestión de lotería. Mientras tanto, el más longevo que está experimentando ya el frío en sus huesos y en su alma nos tiene que mirar con envidia, sí, pero también con alguna conmiseración por nuestros afanes diarios; con esa mueca irónica que viene a decir: «¡No sabes lo qué te espera!». Entonces, ¿hay término medio entre meditar sobre la vejez como tarea inexcusable del aprender a vivir (que es aprender a morir), pero con el riesgo de pesadumbre aparejado, y el escapar de toda reflexión que vaya más allá del presente, el limitarse al *carpe diem*, si bien al precio probable de permanecer en la mera superficie de las cosas? Resolver ese dilema sería decisivo.

LOCOS DE TRISTEZA

No es verdad que alguien esté o se vuelva loco de alegría o de contento. Sólo nos podemos volver locos de tristeza; entiéndase: por culpa de la tristeza.

ESAS RUPTURAS INESPERADAS

A propósito de lo que me cuentan éste y el otro. ¿Qué sucede para que una relación por lo menos amistosa de largos años se quiebre en un instante y sin intento de mediación o arreglo? ¿No será que ese nudo estaba ya muy flojo y casi suelto de tanto forzarse en esta o aquella situación, por ese mal encuentro o por aquel silencio que tanto nos humilló o nos dejó solos? ¿O es que los hombres no aguantamos la proximidad más que unos pocos años, que llega un momento en que no podemos soportar a los más cercanos ni siquiera a nosotros mismos? La vejez parecería entonces la ocasión de revelarse la distancia que siempre ha estado latiendo entre nosotros. Así las cosas, ¿cuál sería más verdadera: la cercanía anterior o la lejanía presente y al parecer definitiva?

Un síntoma de la desesperación. ¿Por qué esa tendencia cuando nos hacemos mayores a las rupturas permanentes con amigos por las cosas más nimias, cuando nada lo hacía presagiar? Arriesgo algunas respuestas: porque en nosotros la desconfianza ha ganado la partida; en consecuencia, porque ya no estamos dispuestos a esforzarnos más en cuidar ese lazo y también, seguramente, porque nos estaríamos preparando para la soledad definitiva que nos aguarda. Pero asimismo, sin duda, porque nuestro carácter, casi siempre falto del certificado de excelencia que los otros deben expedirnos, se esquiva y se agría. En suma, aquellas disoluciones inesperadas son un síntoma de nuestra desesperación.

Sin esperar en la esperanza. La amarga respuesta que recibí me hizo pensar muchas cosas. Lo más temible de este período postrero de la vida es que las rupturas no se limitan al vínculo con unas pocas personas, sino que amenazan extenderse al género humano. La decepción con uno hace prever ya la decepción futura con otros más,

con cualquiera. Igual que este caso me ha pillado por sorpresa, me sorprenderán también los que vengan después. Pierdes la esperanza. Lo que es mucho peor, pierdes la esperanza en rehacer la esperanza. Y esto lo digo a sabiendas de que conviene esperar hasta el final y de que el hombre no puede subsistir sin una ni otra.

EL ABANDONO FORZOSO

Que hasta los más tuyos te van a abandonar. Sencillamente porque aún no son viejos y la naturaleza les pide pasar por encima de ti, seguir su curso, que tiene que ser a costa de lo que envejece y se echa a un lado. Verbigracia, Fulano —íntimo amigo mío— pronto va a depender profesionalmente más de Mengano que de mí. Luego desde ahora tiene que complacerle o al menos no contrariarle en exceso, aunque intuya que eso me duela. Sólo es una figura más de la impotencia del mayor. Se abre la etapa en que asoman algunas de las calamidades nunca previstas.

QUE TODO SE DESMORONA

De pronto la impresión nítida de que la vejez consiste en la experiencia de que todo comienza a desmoronarse a tu alrededor, y tú junto con ello y que así seguirá siendo en adelante. Las convicciones, las costumbres, las amistades, las cosas más seguras se tambalean y a menudo caen. En realidad, eres tú el que te vas cayendo. Esos cambios suceden en todo momento, pero sólo en la vejez parecen notarse y afectarnos más.

No importamos. Es una intuición basada en múltiples síntomas que parecen apuntar a lo mismo. A saber, que el sujeto que uno es no le importa nada al resto de la Humanidad, que pasará por encima de tu cadáver; y, por si ello fuera poco, que la Humanidad entera tampoco le importa gran cosa al resto de la Naturaleza, que le sobrevivirá con creces. Ni una cosa ni la otra tienen que ver con la malignidad del hombre o de las cosas: estamos hechos para ser así, no hay culpables

ni inocentes, es el movimiento prefijado y eterno. Algo de eso se entrevé en la mirada apagada de los ancianos; con mayor claridad aún en la mirada de los ancianos que ni siquiera ponen el menor interés en mirar. Ya han visto bastante, o eso creen. Y hay como un inmenso pudor en desvelar esa sensación que saben compartida entre sus coetáneos y un cierto temor a turbar con ella la vida de los más jóvenes o a suscitar su burla.

EL PRESENTE RESTANTE

Una experiencia que ineludiblemente anticipa la vívida conciencia del viejo que aún no lo es del todo: hacer limpieza de sus papeles: documentos, recortes, cartas, recibos, fotos, etc. Melancolía abrumadora. Es la constatación del pasado como algo efectivamente pasado; o sea, de que ha habido muchos presentes que ya no son y otros tantos futuros posibles a partir de cada uno de ellos... y que de todo eso ya no queda sino el esquelético presente actual. Aflora entonces la ineludible pregunta de qué vale todo lo que ha sido, adónde ha ido a parar. ¿Y a qué se reduce su vida entera?: ¿a esas reliquias, que son nada más que restos del naufragio? Y además los rostros o los nombres que ahora reaparecen. Añoranza. Nada consuela el pensar que muchos otros mejores que uno se fueron antes con sentimientos parecidos.

DESENCANTOS VARIOS

La vejez trae la ocasión de los peores descubrimientos; y lo digo para contraponerla a la juventud, que suele ser la época de toparse con los más sugerentes. Eso de los descubrimientos «peores» (y, para colmo, ya definitivos, que vuelven irrecuperable la ingenuidad anterior) quiere traducir el desencanto de lo que con mayor duración o intensidad nos ha mantenido encantados; de aquella creencia o prejuicio que parecían incommovibles, a los que no alcanzaban los golpes ni los mentís y de los que menos esperábamos desdecernos. Cierto que podíamos haber

aventurado ya ese riesgo de desengaño, pero nos resistíamos a darle entrada en nuestras previsiones. Sea como fuere, siempre habrá que llegar a ese momento largamente diferido en que uno no tiene más remedio que decirse, por ejemplo, con toda piedad: mi padre y mi madre fueron probablemente unos pobres seres, bastante limitados y harto desdichados.

LA EDAD DE LA VERGÜENZA

La vejez ocupa el período más triste de la vida, sobre todo porque no puede librarse de prefigurar su desembocadura inexorable. La vejez acaba con la muerte, carece de otra fase posterior, nada la sigue. Esto lo sabe el anciano y cuantos le tratan, por más que casi nadie lo mencione. En realidad a los viejos, en demasiados casos, se les mira como muertos precoces. Por eso mismo es también la fase vital de la que más nos avergonzamos. Los viejos no queremos mostrarnos físicamente ante los que todavía no lo son, pero nos «huelen» y repasan nuestras arrugas o se asombran de nuestras torpezas y vacilaciones. Ni siquiera queremos acercarnos unos a otros, porque somos espejos recíprocos de lo que rechazamos contemplar, que no son sino las marcas de nuestra ruina. La vejez busca ocultarse.

¿DECADENCIA MORAL?

Probablemente lo más duro de la vejez no sea el declive físico. Éste se limita a custodiar otras miserias de este período y servir de telón de fondo a una decadencia moral. Lo más insufrible de ésta sería la convicción creciente y al final asfixiante de que el hombre es un ser desgraciado, que se ha ganado sus desdichas por mucha dignidad que le atribuyamos. Esto es lo que sabe el diablo por viejo. Cuando lo pregona también el viejo, justamente al dudar de su dignidad de ser humano, es señal de que se está volviendo un pobre diablo.

Pues el hombre se mueve en este mundo gracias a un puñado de

postulados sobre la naturaleza humana, previsiones sobre el otro que le ayudan a mantener una confianza básica en la humanidad de esos con quienes convive. Los hombres nos queremos unos a otros buenos, nos necesitamos decentes y nada nos resulta más penoso —salvo que seamos unos desalmados— que ver frustradas estas expectativas. Y aquí viene un doble interrogante para el que suplico respuesta. ¿Será que, conforme el ser humano se apresta por su edad a abandonar esta convivencia, algunos de ellos ya no requieren esas ilusiones que se les van deteriorando? O, tal vez al revés, que renunciar a tales ilusiones les lleva a envejecer y desear morir, a aflojar así el lazo con sus congéneres? En cualquiera de los dos casos, terrible.

EQUIVALENCIAS

La vejez equivale asimismo a no encontrar felicidad o plenitud en lo que haces o vives. Tal es el pago debido a su vecindad con la muerte.

LA MUERTE EN VIDA

Parece mentira, pero con cierta frecuencia sostenemos nuestras antiguas querellas hasta el último aliento. Cuando el resentimiento acumulado se desborda, el sentido de justicia trastornado en sed de venganza nos solicita pregonar a los cuatro vientos que el mundo entero es culpable y uno su víctima inocente. La muerte, cuando por fin llegue, viene a ser ya lo de menos; lo verdaderamente tremendo es esto otro, esta muerte en vida.

INACCESIBLE

La conducta ordinaria te va tallando, limitando tus posibilidades, fijando tu rostro e imagen ante los demás y para siempre. Estos otros saben (o creen saber) lo que pueden esperar de ti, para lo bueno y lo malo, para ellos y los demás. No caben más expectativas. Ya no hay puente de

acceso y te juegas quedarte solo. Otro paso y te asomas al borde de la autodestrucción completa, pero nadie podrá advertirte de ello, porque no saben cómo llegar a ti.

EL FONDO DEL DESINTERÉS

La cantidad de gente con la que nos tropezamos a diario y que no nos despiertan la menor atención. ¿Qué viene a significar y en qué se traduce a la postre ese desinterés? Respuesta última: que no nos importa que mueran, así como tampoco nos importa que vivan. Es decir, que rehusamos acompañarles en el proceso de su deterioro y despedida, igual que tampoco deseamos que nos acompañen en esas tribulaciones porque ya suponemos que no van a llorarnos... Ocurre a veces, sin embargo, que en alguna otra coyuntura posterior comprobamos lo injusto de nuestras previsiones. Que no teníamos derecho a cerrarles la puerta, a negarles todo crédito.

LA VIDA SIGUE IGUAL

Síntomas múltiples e inequívocos de que me hago viejo. Lo notas cuando, ante cualquier plazo temporal que se anuncia, te asalta la duda —apenas barnizada de broma— de si seguirás vivo para entonces. O bien cuando, en medio de la gente y sus críos que estrenan por fin el arranque del verano, te esfuerzas en recordar a compañeros ya desaparecidos. Quizá, más que un recordar, es un anticipar: esto va a seguir siendo cuando tú ya no seas. Y, lo que aún cuesta más digerir, que todo será igual que si no hubieras existido.

SERÁ PRONTO

Probablemente ya no habrá para mí un sólo día libre de esa autoconciencia más o menos pesarosa de viejo. El presentimiento me asalta al detectar el trato que me dispensan los otros y ese gesto de

algunos que te dan por finado antes de tiempo. Es una percepción de mí que yo mismo no dejo de alimentar. Por ejemplo, cuando en ciertas circunstancias me descubro olfateando síntomas seguros de mi decadencia, preservándome de ese golpe que puede alcanzarme en cualquier momento. Y entonces me digo: será ahora, quizá un poco más tarde, pero será pronto. Habrá llegado el momento de la retirada del terreno de juego de la mayoría, de la clausura de muchas expectativas que aún pudiera disfrutar. Desapareceré de agendas y directorios. No es otra la razón, estoy seguro, de que algunos procuren alargar su vida laboral: una añagaza más para prolongar su vida biológica a secas.

La prueba de la horquilla. Hay una operación desoladora y tal vez no recomendable ni para el más osado. Consiste en sumar a los años actuales de uno los que le faltan para alcanzar la edad máxima que se tenga hoy por razonable y delimitar así aproximadamente la «horquilla» de los años entre los cuales va a morir. Y, a partir de ahí, descartar también con seguridad los años en que ya no estará en el reino de los vivos. Ese ejercicio impone un crudo realismo del que por lo general nos evadimos. Es bien distinto dar por sabido que uno ha de desaparecer e imaginar el período de tiempo —cuanto más preciso, mejor— en que eso ocurrirá. El futuro es muy amplio e indefinido y deja opciones a la cábala interesada, mientras que un período dado (pongamos que abarque del 2020 al 2025, por ejemplo) no permite demasiada flexibilidad ni margen sensato de prolongación. De ahí ya no nos escapamos. Es aproximadamente entonces, si no incluso más temprano, cuando puede tocarte; después ya no estarás. Tremendo. La lección práctica más inmediata de ese cálculo es que uno viviría a otro ritmo y con otra urgencia para que ese punto final le sorprendiera trabajando, gozando, aprendiendo... ¿Por qué esa previsión habría de fomentar tan sólo la ansiedad? ¿Nos obligaría a vivir en adelante con los ojos fijos en el calendario?

INSOPORTABLE

Algo difícil de soportar, supongo, es que uno vaya a desaparecer mientras la mayoría no se ha percatado de que eras TÚ ese que andaba por ahí. La nuestra será sólo una desaparición que habrá de pasar del todo inadvertida para los más y, quién sabe, incluso festejada por los menos. Pero aún peor sería marcharte sin recibir siquiera un leve anticipo de algún fruto que hubieras debido cosechar o, en el colmo, recibiendo amargas muestras de lo contrario. Seguramente este último ha sido el sino de casi toda persona que sobresaliera un poco de los demás.

El narcisismo herido. La vejez, según Jesús Ferrero, «resulta ingrata porque es la edad del narcisismo profundamente herido. ¿Qué fue de la belleza, de la fuerza, del futuro?». La juventud podría definirse tal vez como la edad del narcisismo en eclosión y satisfecho: al fin y al cabo, no tiene el menor barrunto de su seguro desengaño, del próximo decaimiento de sus fuerzas todavía plenas. Sólo la vejez experimenta la falsedad de aquel narcisismo complacido, o sea, su progresivo desgaste y el anuncio de su agotamiento. Ya no caben ilusiones gratificantes acerca del propio valor. Aun y todo, me pregunto si no subsiste todavía latente en el viejo otro narcisismo muy próximo al resentimiento. Puede no ser sólo la afligida confirmación de la pérdida de la belleza o de la energía en el presente, sino el agrio recuerdo de que tampoco en el pasado los contemporáneos reconocieron lo bastante aquella belleza y aquella fuerza cuando eran patentes. Su ocaso actual quizá fuera más llevadero si aún resonaran en su interior los elogios venidos de años atrás.

Ovación. Un amigo mayor que yo me cuenta con cierto pudor que ahora, de viejo, siente una mayor necesidad de reconocimiento que cuando era joven. Es verdad que se trata de una demanda humana universal y propia de cualquier edad, pero se agudiza a partir de la madurez. Cuando viejo, esa necesidad de ser bien valorado es un síntoma de que mi partida está próxima y pretendo que los demás se enteren de

que me voy, que éste es para mí el más extraordinario suceso posible: ¿o es que no valgo lo bastante como para que el mundo dé muestras de enterarse? Antes de hacer mutis, quiero recoger la ovación de los espectadores, mis contemporáneos. Ante la nítida conciencia de mi fracaso vital, busco algo que lo contrarreste. Tal compensación la reivindico con mayor razón todavía si no espero que en «la otra vida» Alguien salga a recibirme. De modo que aquella reclamación se convierte en una exigencia a grito pelado. He aquí un yo que se niega a diluirse en el magma de lo impersonal y caótico, sin que un tú (mejor dicho, tantos tú como sea posible) le celebre y despida como merece. En definitiva, no estamos dispuestos a irnos de este mundo sin la ilusión de suponer que algunos nos van a echar en falta. Tal vez eso podría aliviar la llegada de lo irremediable, aunque tampoco sé si en cambio prevalecerá el sentimiento de horror ante el desamparo total o el de rencor porque otros sigan vivos.

SIN RECONCILIACIÓN POSIBLE

«... esa furia compulsiva con la que algunos viejos desechados por el declive de la edad y la cercanía de la muerte desearían que el mundo no los sobreviviera» (Antonio Muñoz Molina). Por brutal que suene, semejante furia sería comprensible. Se comprende menos la reflexión que le sigue: «Dice Camus que la tranquilidad de saber que las tardes perfectas de septiembre seguirán sucediendo cuando nosotros no estemos lo reconcilia a uno con la muerte». Esa idea podrá reconciliarme con la muerte en caso de que ella fuera sólo un paréntesis provisional que dejará paso algún día a otra vida en que vuelva a disfrutar de esas «tardes perfectas de septiembre» o de momentos aún más gratos. En caso contrario, ¿por qué iba a amigarme con el Enemigo que me privará de esas tardes (y de todas las tardes y mañanas y noches) para siempre? Aquella fatídica previsión podría disponerme, siempre que amordace la envidia, a alegrarme con los hombres venideros que van a gozar de lo que yo ya no gozaré. Al fin y al cabo, no han sido ellos los que me han robado

esa oportunidad; y también a ellos les llegará la angustia previa y el momento de dejarlo todo. Pero ¿por qué y cómo reconciliarme con mi propia muerte?

ENVEJECER NO ES SÓLO DURAR

A primera vista me apuntaría al dictamen de Comte-Sponville de que envejecer es durar. «Es vivir todavía, luchar todavía, actuar todavía, amar todavía. Es superar el cansancio, el aburrimiento, la desgana, el temor, el horror (...). Delante del adulto, para cualquier porvenir personal, ya no hay más que el anciano o la nada (...). Hay otras cosas más urgentes. Hay la dureza del mundo, su belleza y su fragilidad (...). Hay los amigos y los enemigos, las causas por defender, los horrores que afrontar...». Todo ello vale para no morir, todo conspira a favor de que el *hic et nunc* se crea autosuficiente y, por tanto, en cierto modo, lo sea.

Hasta ahí, de acuerdo, pero el problema comienza un paso más allá de la edad adulta y a la entrada en la vejez. Envejecemos desde que venimos al mundo, pero lo que conocemos propiamente como vejez se sitúa en la última etapa del recorrido. Entonces envejecer ya no es sólo durar, que eso se limita a sobrevivir, sino además arruinarse gradualmente a lo largo de esa duración; es durar, pero con miedo y sin esperanza suficiente. Por eso se ha escrito también: «Quien alaba la vejez no le ha visto la cara».

LA FATIGA DE SER HOMBRES

A menudo me malicio que son los otros los que van poco a poco fatigándonos de ser hombres. La necedad, el raquítrico interés, el espíritu vanidoso, en fin, todo eso que impregna nuestra atmósfera cotidiana nos va dejando su impronta en forma de cansancio. Sobre todo, en forma de una creciente desconfianza hacia el ser humano. Esta desconfianza nos incluye desde luego a nosotros mismos, que recelamos si nuestro propio ánimo y reflexión no serán tan mezquinos como los que impugnamos.

Ignoro si otros animales pueden subsistir sin algo así como una confianza en los demás miembros de su especie. Pero estoy seguro de que el hombre no llegará a sobrevivir como ser humano (sí como un bicho) en caso de haber perdido su crédito en el hombre. No sólo porque entonces no puede esperar la ayuda que él sabe que necesita, sino porque en ese supuesto habrá perdido la fe en su propio valor. ¿Cómo vamos a reclamar de los otros alguna caricia, si pertenecemos a una especie que no la merece ni es capaz de prodigar tal mimo? En ese desierto afectivo sólo quedaría una inconsolable desdicha.

Según eso, ¿será verdad que el infierno son los otros? Lo cierto es que no escasean los seres ejemplares que nos alientan a vivir, que nos hacen mirar más lejos y a mantener la fe en el hombre. Otros, sin embargo, nos incitan oblicuamente a desaparecer, a preferir cualquier salida si la vida humana fuera eso que ellos exhiben en la suya. Carecer de alicientes para rastrear en busca de los mejores ya es predisponerse al fracaso y consumarlo. Sería un chapotear satisfecho en esa parodia de vida, en la que nada se echa en falta o, mejor dicho, en la que precisamente se echa en falta la nada...

ALZHEIMER

La única actitud posible hacia tan despiadada dolencia —ya que no hay por ahora forma preventiva de desafiarla— es la ironía y desprecio con que la tratemos mientras no nos dé caza. Se trata de una venganza anticipada. Al menos mientras no haya aniquilado mis facultades, la maldigo: es el único modo a mi alcance de responder al proceso degenerativo con que me reta. ¿Que es sólo una manera de conjurar el miedo? Sin duda, pero ¿acaso tendría que proclamar su victoria por adelantado?

Hay en ella algo espeluznante, con todo. Si no estoy seguro de que la meditación acerca de la muerte me prepare para ésta, es de temer que

aquella progresiva ruina cerebral me dejará más inerte todavía. Cuando llegue a su culmen, me habrá robado mi memoria y no sólo olvidaré todo esto, sino que ya no seré yo y seré en realidad *nadie*. «Quién soy», «dónde estoy», «quiénes son esos»..., enuncian preguntas elementales que no me haré y a las que no daré respuesta. Ni siquiera me quedará esperar mi pronta desaparición. Es que no seré un yo que conozca su deterioro ni que albergue alguna esperanza de curación o propósito de suicidio. Serán otros los que, al convertirse en mis sentidos y en mis muletas para vestirme o saber a qué día estamos, vean y administren todo por mí. Serán otros yoes, muy limitadamente y tan sólo por deber profesional o humanitario, los sustitutos de mi yo. Resulta aterrador imaginar que *ese ser* no sepa ni que está vivo, ni se pregunte quién es el que se está muriendo.

Nuestro ultimátum. Mal de Alzheimer, he ahí el nombre que hoy —y sobre todo a mi edad— recibe nuestro ultimátum. Y tanto más temible cuanto más universal e irremediable se presenta. Y más todavía porque este descalabro no nos privará sólo de esta o aquella función particular, sino nada menos que de mi autoconciencia. Es decir, por culpa de este mal llegará un día en que yo no sabré que soy yo. Me pueden poner delante este texto que ahora estoy escribiendo y no reconocer ni quién lo ha escrito ni a qué se refiere. Nada. Estaré y a la vez no estaré. Mejor: seré y, como ser *humano*, ya no seré; el individuo A.A. se habrá esfumado, borrado para él mismo. Sólo quedará su rostro idiotizado. Tiemblo al escribirlo.

Aun sin habérselo propuesto, hemos cambiado una vida más prolongada por otra menos humana. Llega un momento en que nuestras células cerebrales no pueden más y empiezan a desvariarse. Envejecemos sobre todo porque se marchitan nuestras neuronas, y no tanto porque se acumulen años en nuestros músculos o en nuestro estómago. Envejecer es degenerar. Si antes se temía una muerte más temprana precedida por los dolores propios de la enfermedad que nos

aqueje, en adelante quizá apenas quedarán dolores porque los fármacos podrían calmarlos, pero nadie se libraría de ese sufrimiento del alma que no recuerda y desconoce a quienes le rodean y a sí mismo. Una vejez semejante ya no corresponderá a la época de echar la vista atrás y hacer balance, de recordar con nostalgia o vergüenza los tiempos pasados. De seguir así esa vejez será cada vez más, precisamente por ser más vieja (o sea, más dilatada), la fase del desamparo y desconsuelo, tan sólo paliada por la misma ignorancia de ese desamparo y desconsuelo. ¿Quién va a querer llegar a viejo ante este panorama probable de su propia ancianidad? Antes morir del todo, desaparecer de la vista de todos y hasta de nuestra propia vista, que sobrevivir como un espantajo de sí mismo. Parece que esa perturbación será nuestro destino más próximo. No habría abatimiento mayor, a menos que aún nos quedase un resto de conciencia suficiente para suplicar nuestra muerte por mano ajena y que en ello se concentrase toda nuestra esperanza. Alzheimer, nuestro máximo común denominador.

Extraviados de sí. Ahora comprendo que cultivar la memoria no entraña sólo un adiestramiento en conservar lo pasado y no dejarle borrarse del todo. No mira sólo a preservar *cosas mías*, sino mucho más a preservarme *a mí mismo*. La memoria es la encargada de configurar mi unidad como sujeto, de enhebrar cuanto me ocurre. Por decirlo así, sería la sinapsis continua de los hechos y emociones que pueblan mi existencia, que de lo contrario se dispersaría en algo caótico y variopinto en perpetuo transcurso. La memoria es la que me hace yo, porque yo mismo sólo puedo ser la autoconciencia de lo que he sido; y yo soy, por supuesto, lo más importante para mí. Por eso es tan atroz imaginar la pérdida del yo propio. Mejor dicho, imposible, pues cuando por desgracia pudiera afectarme yo no estaré allí para percibirlo y lamentarme por ello. Será la última de la cadena de pérdidas de tantos seres queridos, pero sobre todo la más dura. Quedará un extraño sujeto ausente, vaciado de su subjetividad. Al

menos para los testigos que le amen, dudo que haya algo más angustioso que ese espectáculo: extraviado de uno mismo, perdido en la más negra penumbra, el enfermo vaga sin ninguna marca que le ayude a reconocer lo que fue su propio territorio.

SOLAMENTE VIEJO

Ya es crucial el momento en que, sin mayor previsión, se te echa encima la vejez. Más decisivo empero es ese otro en que nos entregamos a la condición de viejo en su sentido terminante: o sea, a modo de destino o de condena ineluctable que ya ha empezado la cuenta atrás. Mientras la autoconciencia del viejo vaya todavía a una con sus recientes afanes de madurez, esa fusión puede ser provechosa para mantener el equilibrio. Pero en cuanto uno acepte encasillarse *solamente* como viejo, entonces está literalmente perdido.

LA VENTAJA DE LOS SUCESOSES

Los que vengan detrás tendrán una ventaja sobre nosotros nada más que por sobrevivirnos. Incluso desde ahora podemos adivinar sin gran margen de error quiénes serán esos que seguirán en nuestro mundo cuando ya no estemos, incluso quiénes de ellos serán los más cercanos a nuestra ausencia o incluso los más afectados por ella. Sólo para unos pocos seremos alguien del que quizá se acuerden de tarde en tarde. Ya no estaremos, pero ellos sí, y podrán hacer impunemente con nosotros lo que quieran: añorarnos, celebrarnos o, sobre todo, olvidarnos. No se lo reprochemos, porque también ellos sufrirán el mismo destino.

SEÑALES DE MUERTE

Con cierta frecuencia, si uno no da señales de vida, es fácil que esté transmitiendo —a poco que nos fijemos en él con detenimiento— unas cuantas señales de muerte; incluso de descomposición avanzada.

9. Prejuicios

«RECOGÍOS»

Un amigo y su idea de que contamos ya con la edad de estar *recogíos*. Me resisto a aceptar semejante recomendación, que quiere ahorrar la edad moral o mental a la edad física, por excesivamente acomodaticia. Sí, ya sé, el riesgo opuesto es equivocarnos, pasar por alto nuestras evidentes limitaciones, desatar desastres afectivos, exponernos a la humillación y otros muchos peligros. Pero esos riesgos ciertos me parecen menores comparados con el de resignarnos de entrada, sin haber probado de qué seríamos tal vez aún capaces, sin haber intentado desplazar esos límites en apariencia insoslayables que amenazan cercarnos. Significa negarnos probables placeres o novedades aunque el precio que nos exigirían fuera probablemente elevado. No me convence el consejo, pero a lo peor acaba persuadiéndome la pura y dura necesidad.

ACOMODARSE A LA APARIENCIA

En la piscina me confunden a veces con un mayor de 65 años —que aún no he cumplido— y me rebajan el precio de la entrada. Muy divertido para todos, pero en el fondo no me hace gracia. Para ser sincero, no comprendo siquiera que los otros me vean de una edad que yo no acierto a concebir para mí. Me veo (porque me ven) viejo y no me reconozco. La solución se hallará en aceptar que uno ronda esos años y, por tanto, ofrece tal apariencia inevitable; pero, al mismo tiempo, en rechazar abiertamente

que deba por ello acomodar sus proyectos y conducta a lo que los demás esperan de uno precisamente en virtud de esa apariencia. O sea, en mantener lo que uno quiere ser al margen de lo que pretendan los demás para uno. Supongo que algo de ese aspecto exterior se transmitirá también a mi ser, pero no será porque admita someterme a lo que está mandado. Seré yo quien lo decida, y porque (y cuando) no tenga más remedio. Espero no ser un viejo corriente, porque tampoco me dejaré convertir en un viejo que acepte con facilidad serlo.

AL MONTÓN

Sólo en un día, el de hoy mismo, por la mañana y por la tarde, he escuchado dos noticias sobre «los mayores de 65 años» a propósito de que están expuestos a mayor riesgo respecto de algo (¿la gripe?). Me entero así de estar encuadrado en una categoría de población que engloba indistintamente a los viejos. Ni siquiera se quiere distinguir entre los 65 y los 75 años, por ejemplo, sino que por encima de los 65 nos arrojan al montón de los desahuciados, de los destinados a lo que ya se sabe pero no se nombra...

LOS VIEJOS ESTORBAN

Incluso habiendo tan sólo iniciado el camino de la vejez, los viejos estorban a los que no lo son o creen no serlo todavía. A menudo los prejuicios sobre la vejez ahogan de raíz las razones de los mayores, que están ya condenados antes de abrir la boca. Les destina a ello un motivo irrefutable, el de que pronto van a irse y los siguientes se están apresurando ya a ocupar su sitio.

LA PRESUNTA INDIGNIDAD DEL VIEJO

Para Jérôme Porée, la indignidad vendría a ser el compendio de las características esenciales del envejecimiento; sobre todo, de su

dependencia, del despojo de su autonomía, en último término de la «pérdida de sí mismo». Quizá deba ponderarse que existe una diferencia radical entre la pérdida de la vida y la metafórica pérdida de uno mismo, y es que en aquélla muere también el sujeto, mientras en la última el sujeto permanece y puede ser (siquiera al inicio de la pérdida) más o menos consciente de su progresiva privación. El sujeto acompaña, bien es verdad que cada vez de más lejos, su propio oscurecimiento.

Pero ahí me parece detectar un peligroso malentendido, a saber, confundir la dignidad humana con un cierto talante o figura que se ha convenido en tildar de dignos. Más grave todavía será ese malentendido cuando es el propio paciente quien lo hace suyo y siente humillada su dignidad por la inocultable merma de sus facultades. Savater ha escrito que «hay una humillación a la que nada resiste y que derrota cualquier rebeldía por medio del ridículo: la de envejecer». Sí, los estragos de la vejez nos humillan ante nosotros y los demás, pero no socavan nuestro valor. Pues la dignidad indica una propiedad moral, no física ni social; es un rasgo exclusivo del hombre que está mucho más allá de su semblante o su apariencia. No es que la vejez sea negadora de la dignidad del hombre, sino que las «formas» externas socialmente consagradas de esa dignidad humana no se adecuan a las de la vejez, pero no por ello la primera se degrada con la degradación de la segunda.

Lo que hay de digno en el hombre es justamente esa razón y esa voluntad capaces de quebrantar su sumisión al mecanismo natural. De ahí que no pueda perderse por el hecho de que la naturaleza vaya imponiendo al hombre su dominio y determinando su desarreglo. El individuo humano sigue siendo valioso, aunque acabe convertido en un inválido. La dignidad sólo se perdería cuando su menoscabo fuera premeditado o consentido; pero, incluso en tal situación, semejante voluntad ratificaría su diferencia frente a lo no humano. Si distinguimos entre la dignidad como potencia o como acto, la dignidad se sitúa sobre todo del lado de la potencia. Ella se conserva porque ese individuo, precisamente como ser

racional y libre, representa un ser de posibilidades. Es un ser digno por las posibilidades que tuvo, por las que aún le quedan, por las que ya no conserva pero que sólo él —y ningún otro ser— albergó. «Perder la dignidad» entraña un absurdo. Tal como habitualmente se malemplea, la expresión sólo remite al orgullo personal herido, al qué dirán. Y entonces se vuelve incluso peligrosa, como algunos den por sentado que a quien ha perdido esa sedicente «dignidad» se le puede tratar poco menos que como a un perro.

Vergüenza y miedo de uno mismo. Lo describe muy bien un personaje de Philip Roth frente a quien intenta librarle de esa vergüenza. «No poder cuidar de ti misma, la patética necesidad de que te consuelen (...). No puedes ni imaginarte. La dependencia, la impotencia, el aislamiento, el temor... todo es tan atroz y vergonzoso. El dolor hace que sientas miedo de ti misma. La completa otredad de todo ello es algo espantoso». Tal sentimiento de vergüenza resulta indudable, y más si se mide por su frecuencia, pero el embarazo resultante no equivale a cesión en nuestra dignidad. La inteligencia brilla incluso en esos momentos denigrantes y ello puede contener o compensar aquella humillación. Interesante la idea de que el miedo a uno mismo sería aquí un subproducto del miedo al dolor. Pues ese dolor ya no viene de fuera, sino que anida dentro de uno mismo y aguarda la menor ocasión para despertarse.

Muerte digna. La muerte se vuelve digna no por su apariencia, sino por la autonomía de su sujeto para decidir su cuándo y su cómo. O sea, de dejar de ser su mero paciente para volverse su agente. Sí podemos saber entonces el día y la hora, puesto que podemos predeterminarlos. Y decir como el estoico cuando comparaba el suicidio con la salida voluntaria de una habitación en la que reina un ambiente demasiado cargado: «Hay humo, me voy».

SUFRIR POR QUIEN NO SUFRE

Uno puede apenarse a la vez de la desgracia del otro y de que éste no la experimente como tal desgracia o no como debiera. Sobre todo, claro está, cuando no se trata de un infortunio natural, sino de un atropello social sin justificación alguna. Pues si el otro no repara a fondo en esa adversidad, no protestará ni se alzarán frente a ella, sino que la tendrá por producto del destino y se acomodará como mejor pueda. De modo que no parece un comentario acertado exclamar: «pero si ese otro no sufre como tú te imaginas»... Por eso mismo sufro, habrá que replicar: porque aquél no sufre; me apeno porque él no está apenado, o sea, porque aún no ha comprendido.

NO ES HORA DE MUDANZAS

Otro supuesto rechazable además de descorazonador sostiene que de los viejos ya no cabe esperar ningún cambio; para ser más preciso, ningún cambio a mejor. Al viejo sólo le tocaría apechugar con su pasado, sin que su presente y su escueto futuro le marquen otro deber que el de recordarlo o reiterarlo hasta su término. La observación común atestigua esta conducta como la más general. Advertida de su próximo acabamiento, la naturaleza nos presiona para que vayamos amoldándonos a la proximidad de la partida y no intentemos reemprender aventuras o iniciar nuevos caminos. El viejo tiene que admitir de buen o mal grado que ya no es hora de mudanzas ni de proyectos, que debe acostarse en su rincón y no molestar. Si su vida le parece un fracaso por lo menos parcial —¿y a quién, siendo franco, no se lo deberá parecer?—, que se aguante. No es momento de adoptar otra conducta salvo la de su rendición o el disimulo... Pues bien, contra todo esto, repliquemos que no con toda la fuerza que aún nos quede y mientras nos quede.

MENOS VIEJO, PERO VIEJO

«La felicidad excluye la vejez (...). Quien conserva la capacidad de ver la

belleza no envejece», pensaba Kafka. ¿No habrá que rebajar en algún grado semejante optimismo? Ese dichoso —y excepcional— individuo envejecerá más lentamente, conservará rasgos juveniles que chocarán a los más conformistas, pero no dejará de envejecer y ello asomará de cuando en cuando (o cada vez más) a su rostro y, sobre todo, a su autoconciencia. Quiero para mí esa vejez, porque es la menos vieja, pero procuraré no engañarme: seré viejo y en camino de desaparecer, ya cerca de la llegada. Lo malo es que los incapaces de captar aquella verdad o belleza que a él le subyugan y le alientan a seguir con vida, todos ellos sólo le contemplarán como un viejo más. Y si los otros nos ven así de proyectos, nos *obligarán* primero a parecerlo y por fin a serlo.

LO QUE SE OCULTA

Son muchos los tópicos complacientes que se pronuncian en torno a la vejez. Pero su realidad se oculta todavía demasiado y se me ocurren dos razones para ello: una, no ensombrecer aún más la vida del viejo; la otra, apartar de nuestra mente previsora las amarguras que nos aguardan. Por eso es común referirse a los males físicos que aquejan a la persona mayor, pero no tanto a los psíquicos y morales. En el baúl de lo que toca callar se guarda su tristeza obligada, su progresiva soledad, su desmemoria galopante. Un viejo optimista es una contradicción estruendosa, pero no menos el anciano amable, el que aún espera, el generoso. Dicen que la edad, en general, nos hace peores. ¿Sería la perspectiva final —la falta de perspectiva— la causante de esta depreciación, como parece?

Embelecados para el viejo. Por mucho que haya cambiado la consideración de los mayores en nuestros días y en nuestra cultura, no ha sido tanto como para desterrar el hábito de tratarlos igual que a niños grandes. Que reclamen unas atenciones no menores que en las etapas infantiles no justifica que les atiendan infantilmente y, con frecuencia, que se les engañe. Y les engañamos al atribuirles una lista de falsas cualidades que seguramente persiguen camuflar sus probados

defectos. Si no es abuso ampararme de nuevo en Montaigne, el viejo no abandona los vicios de cuando joven, sino que sólo los cambia y para peor: «Aparte de un necio y caduco orgullo, de una cháchara molesta, de esos humores espinosos e insociables, y de la superstición, y de una preocupación ridícula por las riquezas cuando se ha perdido su uso, encuentro en ella más envidia, injusticia y maldad. La vejez nos imprime más arrugas en el espíritu que en la cara; y no se ve alma alguna, o muy escasas, que al envejecer no huelan a agrio y a enmohecido».

No juzgo este retrato demasiado cruel, si bien las penurias subrayadas encontrarían en la misma vejez su posible disculpa. Se requieren unas inmensas reservas de alegría para que, quien se sabe ya en el último tramo de su camino, no incurra en una suerte de abatimiento exasperado. Es también probable que el consuelo que entonces quiere procurárseles movilice una compasión que se aprovecha de su estado de necesidad. Importa no menos decir que, al procurar complacer a los viejos con sus pretendidas virtudes, sus cercanos buscan más de una vez engañarse ellos mismos. En el anciano al que se dirigen están anticipando la ancianidad que a ellos mismos les aguarda y se esmeran en aplacar sus miedos tenaces con blandos lugares comunes hacia el abuelo. También es verdad que, cuando no logran apaciguarse con sus falsos consuelos, unos y otros se refugian en el tabú. De la muerte no se habla porque hiere la sensibilidad de todos.

PROPIO DE SU EDAD

Esta tarde-noche, en casa de un amigo con otro amigo. Hablábamos de las convenciones sociales sobre lo propio de cada edad. Cuando uno de ellos confiesa que acude con frecuencia a las páginas eróticas de Internet para pasar el rato o distraerse, el segundo amablemente se lo recrimina como impropio de sus muchos años. Debería estar por encima de semejantes solicitudes, le dice, y no en tal dependencia respecto de estas bajas

pasiones. Yo me limito a insinuar que la cosa parece más sencilla. Ese atractivo más o menos compulsivo hacia las incitaciones sexuales podría revelar carencias, traumas, complejos, frustraciones afectivas de todo género, de acuerdo. Pero le cuadra más significar, sin mayores aspavientos, ganas de vivir o afán de no morir, necesidad de sorber el zumo de la vida hasta el último trago. Perfectamente propio de la vejez, pues; en cierto sentido, incluso más propio de esa edad última que de cualquier otra.

DECADENCIA Y ASCENSO

Para calificar al anciano el primero de esos términos acude enseguida a la cabeza, pero no tanto el segundo. Y menos aún en una sociedad que ha perdido el respeto a ese anciano por su pasada autoridad, lo cuantifica por sus escasos rendimientos económicos y sus costes sociales crecientes. Desciende su «productividad» ya en las prestaciones sexuales de las que antes se jactaba y, a ese mismo ritmo, en las dotes físicas que ahora se le escapan y trata de mantener en forma a toda costa. No menos decrece asimismo intelectualmente según revelan sus constantes olvidos, su pérdida de agilidad mental y argumental...

En términos generales, sin embargo, su rendimiento no disminuye en otras muchas áreas de la existencia. Ahí pueden brillar todavía su capacidad de observación, el juicio atinado, su perspicacia para lo que hay que hacer, múltiples capacidades nacidas de la experiencia. De ahí también su ejemplo estimulante, el impulso que sabe dar a los más jóvenes, el buen gusto, la sabiduría acerca del *kairós*. Por eso la vejez puede ser asimismo la edad de la ascensión final, de la coronación (de una vida, una carrera, una obra). El que sube tiene que bajar, pero este decaimiento sólo ha sido posible gracias a aquel ascenso previo. Ese viejo es mucho más que aquel otro individuo —de cualquier edad— que no haya ascendido nunca porque ni siquiera percibe las alturas.

ÚLTIMAS NOTICIAS

El *Hades' News/ Correo del Hades* de anteayer informaba a toda página a sus lectores de que, en los sótanos de un convento madrileño, habían creído identificarse algunos restos mortales del inmortal autor del *Quijote*.

10. Antídotos

LA TENSIÓN INDISPENSABLE

Aprendamos a vivir en la aparente incongruencia de desear como un joven, mientras los demás nos advierten a cada paso que eso ya no nos corresponde. Seguramente esta duplicidad representa una cierta excepción a la regla, pues lo común es que la gente mayor se crea sólo o primordialmente vieja o, si no, más o menos joven todavía. En la primera alternativa, muchos ceden al desánimo, que a menudo equivale de hecho a someterse a la convención reinante; es decir, a lo que uno acepta limitarse por la poderosa razón de que así quieren verle los demás sujetos convencionales. En la segunda, la de creernos todavía con algún rastro de juventud, porque así fingimos escapar de la enojosa realidad que nos desmiente.

EMPEZAR DE NUEVO

Volver a empezar, inaugurar una nueva etapa en la vida, tendría que ser la inmediata providencia de quien percibe que comienza a envejecer. Seguramente es un modo de rechazar lo indefectible, de retrasar lo que ya anuncia su llegada. Pero, sobre todo, de mantener abierto el horizonte: no todo está perdido ni terminado, nada es irreparable del todo, aún puedes arreglar algo de lo mal hecho, enderezar parte de lo torcido, recordar lo olvidado, descubrir nuevos paisajes, hacer nuevos amigos. Aún es posible la esperanza en medio de la desesperación. Donde todo indica fin,

deseamos a toda costa el principio o al menos el «continuará». ¿Es sólo un autoengaño, un mecanismo defensivo tan corriente que no merece más atención? No lo creo. Este empeño en rebelarse contra la sumisión ante lo necesario no es tan universal, ni mucho menos. Al contrario, son demasiados los que aceptan su nuevo papel apenas sin queja, porque es lo que ordena la naturaleza. Por eso es tan difícil decir *no* y, sobre todo, *ahora empiezo*.

La primera capacidad. «La libertad, como capacidad interna de un hombre, se identifica con la capacidad de comenzar...» (Hannah Arendt). He caído hace poco sobre este pasaje y me ha dejado muy pensativo. Tales palabras, por de pronto, esbozan a contrapelo una verdad implícita: la vejez es la edad menos capaz de libertad, encadenados ya como estamos por nuestras opciones pasadas, los hábitos que nos han forjado y lo que todo esto pesa en nosotros como una segunda naturaleza. ¿Cómo ser capaces de empezar cuando nos sabemos ya próximos a acabar? Cuando ya hemos sido juzgados y recibido nuestra sentencia, ¿cómo vamos a creer que todavía haya una apelación posible?

Si pronunciar *ahora empiezo* supone un expreso reconocimiento de cuánto me equivoqué o de lo que todavía me falta, se trata de un gesto heroico. Ese empezar de nuevo nos enfrenta a veces a los otros (a sus expectativas o a sus férreos prejuicios) y, lo que es más inquietante, siempre a nosotros mismos. Semejante voluntad de reiniciar suena a reproche en bastantes oídos ajenos y a los propios; para superarlo hacen falta muchos arrestos. El intento reclama, en definitiva, una fe primordial en la vida y en su potencial excelencia, y consiguientemente un descreimiento en la muerte y en las obras que la preceden. Ahí se encierra la voluntad estremecedora en el sujeto de preferir unos pocos días plenos a una sucesión interminable de jornadas anodinas; de abrirse a lo desconocido, de dar por sentado que la trayectoria humana contiene más posibilidades de las que

imaginamos, que la apuesta merece la pena, que no todo está acabado. En fin, que por ahí se mide el valor de una vida: tal vez por un solo acto, más que por una suma de comportamientos automáticos. Frente a esto, ¿por qué ha de contar como valiosa la hastiada fidelidad a uno mismo y a las rutinas de costumbre más que el sí resuelto a un futuro que nos da miedo explorar?

Sin descanso. Qué gran error cuando uno descansa en lo que ya posee o ya es, sin disponerse a renovarlo o sin pararse a pensar en lo que los demás nos demandan, sin sospechar lo mucho que aún le queda por recorrer, lo pobre que resulta contentarse con ese pequeño logro que sólo parece grande porque es el suyo. Una vez más, ¿cómo llegar a ser viejo y joven a un tiempo, con la experiencia del último y la ingenuidad y ganas de empezar del primero? Sólo así se podría compensar el ánimo melancólico del uno y la tonta ignorancia del otro.

¿LA PURA TRISTEZA DE EXISTIR?

El escritor Luis Landero cuenta de su padre que «la suya fue una vida trágica sin argumento, sin historia, sin otra cosa que la tristeza de desear en vano, que es tanto como decir que la pura tristeza de existir». Por emocionante que sea la declaración, hay algo de extremado en aquel juicio. Desear en vano, desde luego, nos inunda de tristeza, pero mucho más triste todavía sería acabar no deseando. El éxito en nuestros quehaceres infunde una alegría que nos impulsa a proyectos más ambiciosos, pero su fracaso no debería rebajarnos a la mera subsistencia vegetal mientras no nos privara de seguir aspirando a otras nuevas metas. Tan sólo ese abandono total nos dejaría entregados a «la pura tristeza de existir». El existir del hombre tiene que llenarse de previsiones que trasciendan el fatigoso seguir perdurando propio de animales y cosas. Para el ser humano, aunque apenas se atreva a declararlo y hasta vocee lo contrario, el «ir tirando» de la desnuda existencia apenas vale como

humano.

UN DÍA MÁS

¿Y si el viejo se empeñara en sobrevivir a fuerza de recordar lo bueno de su vida por encima de todo? Ya, ¿pero acaso podemos confiar que en el hombre lo bueno sobrepasa a lo malo u ocurre más bien lo contrario? También me confunde esa fuerza futura que estoy dando ingenuamente por supuesta. ¿No es la vejez por definición la edad que ensombrece cualquier perspectiva que queramos adoptar, hasta la más jubilosa, sencillamente porque sabemos que esto se acabó, que nada va a ser igual puesto que me despojan de todo?... La réplica no se hará esperar: «Diga usted lo que quiera, señor mío. El caso es que me han concedido un día más y yo existo ahora para disfrutar de él; en realidad, para disfrutar de mí mismo».

¿DIAGNÓSTICO?: SEGÚN LOS CASOS

La vejez viene con la conciencia de contar con muy poco tiempo. «Quien ha entrado en la edad tardía vive, más o menos angustiosamente, el contraste entre la lentitud con que se ve obligado a proceder en su trabajo, que requeriría disponer de más tiempo para realizarlo, y el inevitable acercarse del fin (...). Empleo más tiempo y tengo menos» (Bobbio). El diagnóstico no tiene vuelta de hoja, pero se adaptará a cada cual según éste haya encarado las fases precedentes de su vida. A la mayoría parece no incumbirle demasiado el tiempo que transcurre y lo dilapida exactamente igual que como lo ha dilapidado hasta entonces. Ni le angustia el paso del tiempo, ni necesita ampliarlo porque tampoco se lo demanda una tarea que le apremie. El pregonero que nos llame a extraer el máximo rendimiento del tiempo debería ser el viejo, porque a él se le está acabando, pero de hecho sólo lo es quien —viejo o joven— quiere ser y hacer más.

La mejor estrategia. Escribe también Cicerón en su célebre tratado que «el arma mejor adaptada como estrategia para combatir la vejez es el ejercicio de los valores humanos». Muy cierto, sólo que ese ejercicio que combate las peores taras de la vejez (soledad, desesperanza, egoísmo, miedo...) ¿no tendrá ya que venir en cada cual de bastante atrás? La vejez pone su propia rémora, desde luego, pero cada viejo está poniendo mucho más todavía: su ilusión o desilusión, su autoengaño o su capacidad de autoexamen, su afán de saber o su gusto en conmemorar lo ya sabido, su satisfacción por logros misérrimos o la esperanza de lograr mucho más. Todos nos enfrentamos al descenso vital de la vejez, a su característico desánimo, aunque se sobrelleva de modo muy distinto según las armas que cada cual lleve a esta batalla. No me hago ilusiones sobre mí mismo, pero suelo asustarme cuando intuyo lo que muchos cargan en sus mochilas al traspasar ese umbral. Alguien lo llamó *tedium vitae* y es de temer que, en medio de ese tedio, estén llamando a la muerte de tanto como malemplean su vida. El orador romano ya lo había advertido: «Pero yo prefiero ser viejo menos tiempo que hacerme viejo antes de serlo».

NECESIDAD DEL COETÁNEO

A quienes militamos en la categoría de los mayores, ¿no debería interesarnos pasar el máximo tiempo razonable en compañía de los nuestros? Sería un modo de resguardarnos un tanto del temor a la muerte, así como de infundirnos fuerza unos a otros. Y la razón es bien simple: ¿a quién podría yo confiarme lo suficiente como no fuera mi coetáneo? Es decir, ¿quién mejor para ser partícipe de mis penas que el que se sabe tan condenado como yo, tan escaso de futuro como yo, tan defraudado tal vez por la vida o por los hombres como yo? Sólo a quien alcance mi edad puedo considerarle para este trance «uno de los míos»; todos somos *morituri*, pero, ya al borde del abismo, unos más que otros. Sería llegado el momento de mirarnos siquiera como se mirarán los náufragos antes de

decirse adiós arrastrados por el oleaje.

DISCULPAS

Daba vueltas a dos pensamientos. Primero, la culpa de quienes con sus mezquinos asuntos han ocupado más que otros un gran trozo de mi vida. Nunca será tarde para arrepentirme de mi propia estupidez por haberme dejado invadir. Segundo, la propia responsabilidad por haber colonizado a mi vez en cuantía variable —pero siempre excesiva— los días, los pensamientos y la conducta de los más cercanos. Que me perdonen, si pueden.

DESAHOGOS RITUALES

¿Qué?, ¿a cumplir el rito navideño de desearnos unas felices fiestas? Bien sabemos que no pasa de ser una convención que cuesta poco y cuyo benévolo propósito no es lo que se dice fiable. ¿De veras deseamos lo mejor para el otro, ese que no es ni siquiera amigo? ¿Acaso nos importa algo su felicidad o desgracia? ¿Estamos seguros de que, en caso de favorecerle la suerte como decimos desear, no nos asaltaría la envidia y acabaríamos trocando ese deseo en su contrario? Pasado un instante, ¿nos acordamos siquiera de los rostros o los nombres de esos a quienes les hemos dirigido aquella fórmula de trivial benevolencia? No parece una invocación que nos comprometa mucho con la real felicidad ajena ni, cuando alguien nos hace sus azarosos destinatarios, la tomamos demasiado en serio. La superficial universalidad con que se recurre a ella, la engañosa gratificación que llega a producir..., son motivos más que suficientes para arrojar esa fórmula a la basura de lo insustancial.

Así y todo, ¿no habría que esforzarse en mantener la ritual fórmula navideña? Aunque tenga más de facilona tradición, y aunque ese deseo resulte temporalmente tan limitado, ¿por qué prescindir de expresarlo? ¿Por qué negar que nos gusta creernos buenos y que nos produce placer

imaginar que contribuimos al bienestar (siquiera para un rato) de aquellos a quienes nos dirigimos? Basta poco para sentirnos humanos y para presentir qué sería una humanidad más humanizada. ¿Que ese dicho no transporta más que una levísima caricia, un gesto de acercamiento imaginario, una vaga intención de que ojalá a todos nos fuera algo mejor? Sin duda, pero, aun siendo tan poco, la vida sería más insoportable sin estos pequeños desahogos rituales.

APRENDER A DESPRENDERSE

Vivir, y más aún vivir de viejo, es aprender a despedirse, a soltar ataduras..., porque, de resistirnos, nos arrancarán todo por la fuerza. En el amontonar, en el coleccionar, se esconde un afán protector contra la muerte: que nada haya pasado y caído en desuso, que todo se guarde, que nada se pierda. Es el deseo de vivir en un perpetuo presente. Una traba demasiado grave para andar con soltura.

Ligeros de equipaje. Al examinar el interior del hombre añoso que ya soy brotan un sentimiento y una pregunta que llevan tiempo ahí, ronroneando sin hacerse notar del todo. Me refiero a qué hacer con las cosas de toda índole que nos acompañan como nuestros residuos o nuestras ganancias, que acumulamos en calidad de recuerdos o de productos, que se apoderan de nuestros espacios físicos, mentales y afectivos. ¿Qué hacer ahora con ellos, si al fin tendremos que dejarlos? Si una parte principal del aprender a vivir es aprender a morir, este último aprendizaje significa aprender a desprenderse, a ir dejando eso a lo que nos apegamos. Guardar, acumular o coleccionar son síntomas indudables del empecinamiento en seguir siendo uno mismo. Es vivir como si nuestras posesiones nos protegieran del desastre inapelable. Por el contrario, vivir sin aferrarse, usar sin conservar ni prevenir, regalar ahora lo que después vas a perder, son pruebas de inteligencia y traen consigo una satisfacción íntima.

«Ligeros de equipaje», así nos quería el poeta. Pero no sólo para ingresar más tranquilos en el reino de la muerte, sino para disfrutar más de la vida. Es un consejo que aprovecha a todos al margen de su edad: se viaja más cómodo con una maleta pequeña, bastante nos la van a engordar las vicisitudes diarias del viaje. Soltar lastre, desembarazarse para cargar sólo con lo esencial, atender a lo imprescindible... Nos agarramos a nuestras propiedades como nos agarramos a nosotros mismos y nos negamos a extinguirnos sin dejar siquiera algo nuestro. Pero desaparecer implica asumir que se borren con uno mismo todos los instantes, palabras, vivencias, amigos de nuestra existencia. ¿Acaso podría conservarlos?

Con uñas y dientes. Lo sé, pero no me induce a alterar mi disposición. Todavía se impone más bien la tristeza de la renuncia o de la pérdida. Si arrojó mis cosas al contenedor, siento que me tiro a mí mismo con ellas y que sin ellas demasiados aspectos de mi vida se olvidarían. Ahora bien, guardar es actividad incoherente con la finitud propia del ser humano, con su pregonada desaparición. Salvo que uno engendre creaciones inmortales (¡!), nada de uno va a permanecer. Ya se fue el tiempo pasado; conservarlo recogido en un relato o en un vídeo, ¿significa de veras traer aquel tiempo al presente? Son fantasmas, sombras de sombras. Ah, el tiempo pasado, ¿dónde está, como no sea en mi cuerpo avejentado y en mi mente desfalleciente?

En el fondo, la resistencia a desprenderse de lo propio manifiesta nuestro repudio de la desnudez con que nos iremos. Acumulamos para hacer esperar a esa muerte anunciada, y nos resistimos a entregar lo que nos pertenece para no prefigurar nuestra rendición. Viene a ser el doloroso reconocimiento de que sólo soy lo que va quedando de mi progresivo deterioro. ¿Nos mueve quizá entonces una especie de sentido de justicia? Quiero que se me valore por entero y, como desista de lo que fui, saldré perdiendo. Si mi pasado se desvanece hasta para mí, no quiero pensar cuánto se habrá borrado para todos los

demás. ¿No sería mejor que, mientras viva, me rodeen las cosas —ya que no siempre, ay, las personas— que han sido las más mías? Tal vez. Sólo que contestar estas preguntas exigiría primero dar respuesta sincera a esta otra: ¿así que esto era todo?, ¿esto es lo más valioso que deseas llevarte contigo?

Guardar para conservarnos. Llega un momento en que no somos ya dueños de nuestros objetos y utensilios, sino más bien ellos propietarios nuestros. Acaban apoderándose de nosotros en múltiples aspectos o dimensiones; es decir, invaden sigilosamente nuestro espacio más íntimo y nos expulsan de él. Guardamos mucho más que lo que nos va a aprovechar, como si nos quedaran todavía varios decenios de existencia a resguardo de la enfermedad o fuéramos de pronto a cobrar unas potencias sobrehumanas. Pero el sentido común no basta para enfrentarse a ese acopio que procede de nuestro miedo a ser nada; la lógica más sencilla no sirve para demoler esa ilusión que nos traiciona. Conservaremos y hasta sumaremos, porque así creemos que nos conservamos y prosperamos.

PARA DISFRUTAR DE LO HUMANO

Ha bastado la diarrea y los vómitos, amén de los malestares asociados, para que me tiente echarme a morir y tema que cualquier otro día alguna dolencia más seria (aunque todavía no mortífera) me empuje a rendirme. En esta ocasión ha sido la lectura de Chesterton la que me ha salvado. Era un paréntesis en medio de tanta nada, la brecha por la que entraba la luz a chorro. El escritor no hacía más que transportarme a un estado más pleno, a la riqueza del pensamiento y la argumentación, a la gracia y belleza del estilo. Pero ¿qué nivel de humanidad es preciso haber alcanzado para deleitarse con la gracia y las obras de los mejores?

NO ES PARA TANTO

Volviendo al omnipresente deseo de reconocimiento, ¿qué debería importarnos el juicio de un puñado de contemporáneos ante el silencio eterno que nos aguarda? Si esos pocos de quienes esperamos el aplauso son a su vez otros destinados a desaparecer bien pronto, ¿por qué habríamos de requerir tanto su aprobación? En el mejor de los casos, que uno sobreviva o no gracias al recuerdo que puedan dedicarnos, será algo olvidado del todo cuando ellos se desvanezcan también. ¿Pura *vanitas* o ahí se muestra algo más profundo o desesperado?

La sinrazón del ansia de reconocimiento no acaba aquí. Pues el caso es que casi siempre llega demasiado tarde, cuando apenas nos permite disfrutar de él ni exhibirlo desafiantes ante quienes creemos que nos lo han regateado durante muchos años. Lo que es peor, a menudo se otorga como prólogo de nuestra partida, como el anuncio público de que ya nos estamos yendo. O sea, los cinco minutos finales de halagos, frente al vacío de los años previos. Por si fuera poco, quienes otorgan ese aprobado tardío no siempre son los mejor informados, sino quienes no te conocen más que de segunda mano. Ya no vale, pues, lo mismo, porque cada cual quiere ser estimado ante todo por los suyos. Pero la última réplica a esta sed de reconocimiento es que, por naturaleza, resulta insaciable y tendrá que recomenzar sin tregua. ¿Y cómo no habría de serlo? Si enseguida seremos *nada*, ¡por caridad!, que ahora seamos por lo menos *algo*. Tal deseo vendría a ser como una barrera contra la privación completa, una especie de amuleto frente a la parca. Todos estaríamos llamados a satisfacer —parcialmente, claro está— esa aspiración de los demás y, si me apuran, incluso por encima de sus méritos o deméritos. Pues lo que no merecen es el olvido.

No sólo nos defraudaría por su cantidad aquella memoria que tal vez algún día nos dediquen, sino también por su cualidad. A menos que uno sea muy tonto, no deseamos ser celebrados por los tontos; ni por los malvados, si uno no se considera socio de esa cofradía. Hay, pues, un baremo con el que escogemos a nuestros iguales y fuera de ellos el

homenaje que otros puedan prestarnos debería resultarnos decepcionante o molesto. Queremos ser reconocidos ante todo por aquellos a quienes uno mismo está dispuesto a prestar su reconocimiento.

JUBILAR AL JUBILADO

Distingo con gruesos trazos dos tipos de jubilados, esa categoría en la que muy pronto ingresaré. Está primero el jubilado que comienza la mañana acompañando a su nieto hacia el colegio o de vuelta a casa. Supongo que lo hace con cierto gusto, siquiera sea por la alegría que transmiten los críos y la conciencia de que uno aún puede ser de alguna utilidad. A saber en qué se ocupará el resto de su día, que por definición es para él un día forzosamente libre, un día de holganza y vacación. No resulta difícil comprobar que este grupo arrastra su aburrido existir delante de la tele o por las calles, parques y bares, las más de las veces en porfiado silencio, como un rumiante concentrado en su digestión. Entregado a sus rutinas, como todo quisque, pero en su caso unas rutinas vacías, hechas de solitarias miradas perdidas y, a su hora, de partidas de cartas o almuerzos poblados de comentarios sobre el último chisme futbolístico o de «famosos». Siempre parecen a la espera; ellos no van a parte alguna ni vienen de ninguna parte: se diría que están aguardando a que les traigan o les lleven. No se les conoce grandes amigos, sino compañeros de horas muertas, colegas de un fastidio compartido. Su sentencia de muerte laboral suele coincidir con su sentencia de muerte civil y, a veces, lo que es peor todavía, con su expulsión de la vida humana a secas. Muchos vegetan. Estos jubilados no parecen jubilados por serlo.

Aspiro para mí a la vida que conozco o intuyo en otros jubilados que, salvo en la edad y estar asimismo libres de fichar en la oficina, apenas se asemeja al modelo anterior. Los jubilados de este grupo están todavía *activos*. En muchos casos se proponen recuperar, aunque sea en corta medida y a destiempo, las largas jornadas que el trabajo de subsistencia les ha quitado. Lo reconfortante es que no les haya arrancado también las

ganas de disfrutar, de emprender, de inventar, de ayudar, de coleccionar, de viajar..., de todo lo que han debido posponer durante decenios a la cría de la prole o a las órdenes del jefe. Son los ancianos que vemos caminando deprisa por las calles, como quien sabe adónde va y necesita llegar a la hora; los que se ocupan de múltiples actividades solidarias tan sólo por la satisfacción de la alegría repartida; los que se reúnen en programas colectivos de entretenimiento o en fiestas alborotadas; los que se proponen paladear ahora por fin y todas seguidas las mejores novelas de la literatura universal, o las obras clásicas del pensamiento o deleitarse con una selecta colección de música clásica o... En menos palabras, son los que tienen a la vez conciencia de su singularidad y de la aceleración del tiempo que pasa. El caso es demostrarse a sí mismos que aún viven y que esa vida merece la pena.

ADELANTARSE A PERDONAR

Me acecha el pensamiento de si, por grande que sea el daño que esa persona me haya hecho, puedo dejarle morir en la soledad y amargura. Sencillamente, si no debo pedir perdón, en lo que me toque, y adelantarme también a perdonar. Me atrevo incluso a añadir: y eso aunque se tratase de una simulación, puesto que me haría más fuerte e infundiría paz al otro. Cuando uno comprende con la edad la infinidad de hilos, casualidades y errores de que está trenzado el destino de los humanos, ¿cómo condenar en el último acto?, ¿cómo saber si tal destino es merecido e inmerecido? Y aunque el otro se aproveche o me desprecie, ¿qué más da? Hay que reconciliarse con los enemigos antes de partir de aquí. Y el mejor de nosotros será seguramente quien más sepa perdonar, aunque el ofensor no muestre arrepentimiento alguno.

TODAVÍA SOMOS

Me levanto con una tristeza propia del que sabe que le falta poco para irse, de quien no espera gran cosa de los hombres, quizá por haber

esperado tanto. Tal vez el remedio más eficaz sería ponerme a pensar que «ahora soy», que «estoy siendo»: ¿es que me parece pequeño privilegio?, ¿y no será incluso un milagro? O, lo que es igual, trataré de concentrarme en el reverso de esa tristeza, en lo opuesto a ese «no ser» al que apunta, y comparar y por fin sacar conclusiones.

ACOGER LA FINITUD

Ante el asunto más nimio uno comprende que vivir es tener que escoger. Es decir, aceptar la limitación. Uno quiere ojear todos los periódicos, leer todos los libros, coleccionar todo lo que merezca la pena, saber de todo, viajar por todas partes. No sólo sería un propósito irrealizable, sino desastroso. En ese empeño puede palpase a veces la locura, el proyecto de huir de este mundo. Por eso vivir es aprender a recortar los gustos y preferencias, a delimitar lo imprescindible dentro de lo deseado, a decir pocas veces que sí y muchas que no. Hemos de contentarnos con gozar algo de lo posible, con obtener lo menos malo de lo que sabemos bueno. Es un resultado forzoso de la desproporción entre nuestro deseo infinito y nuestro minúsculo poder, la marca de nuestra esencial infelicidad. El secreto del único bienestar accesible estriba en admitir que, dada esa desproporción constitutiva de lo humano, procuraremos querer sólo lo que está a nuestro alcance y disfrutar de lo alcanzado. A ver cómo se logra el equilibrio entre lo que esperamos y lo que ya tenemos, sin renunciar a lo primero y sin renegar de lo segundo. Sería lo mismo que asumir de buena gana la limitación, regocijarme hasta de mi poquedad y de la que me rodea porque es *la mía*, mi propia finitud.

LA EDAD ELUDIDA

La vejez como la edad eludida, en la que nadie quiere reparar pese a sus múltiples signos inocultables en uno mismo. En esto preferimos mirar hacia atrás y no hacia delante. De ahí lo conveniente de contrarrestar la vejez gracias a la juventud del entorno. Un viejo que se hace cargo de un

joven que confía en él: he ahí un expediente para superar el ánimo quejumbroso de la vejez, una fórmula milagrosa contra el desaliento.

COMPETIR CON LOS MEJORES

Tal vez sea más difícil decir adiós a todo esto cuando el viejo que uno es no se ha elevado lo bastante en la vida. También a mí muchos compañeros de travesía me parecen más valiosos que yo en aquello en que desearía destacar. Entre ellos están los que me seducen todos los días y asimismo los ya consagrados, esos que me deslumbran cada vez que les contemplo. Pero me satisface el saberme miembro de la misma especie humana y, para mayor fortuna, contemporáneo de esos seres ejemplares. Lo cierto es que su elevada presencia, lejos de rebajarme, me anima a seguir compitiendo con ellos. Sólo a ratos me acosa la pena de no contar con una vida más larga o con más de una vida para darles alcance.

Respeto y admiración. «Pues el hombre ama y respeta al hombre mientras no se halle en condiciones de juzgarlo, y el deseo vehemente es el resultado de un conocimiento imperfecto» (Thomas Mann). Así, a una primera lectura, la observación me ha impresionado por su sagacidad. Cuando la releo, no sólo no me parece para tanto, sino que pongo en duda su acierto. Comparto lo primero que —según interpreto— quiere decirse: conocer bien a alguien es conocer asimismo sus limitaciones, detectar lo que le falta. Juzgar lo admirable significa separar lo que en el otro nos parece excelente de aquello que lo rebaja a ser como cualquiera. Pero no apruebo la conclusión de aquellas líneas. El respeto no entra en estas cuentas, pues debemos respetarnos al margen de nuestros defectos. Si no fuera así, nadie merecería respeto. Amar, por su parte, es compatible con el juzgar, a menos que queramos negar al amor mismo su condición de posibilidad. Otra cosa, es decir, amar sin sospechar siquiera las carencias del otro, amar sin conocer, sería parecido a estar enajenado. ¿Y el admirar?, ¿cabe admirar cuando se conocen sin duda el estado incompleto o las carencias del

otro? Pues claro, porque siempre admiramos parcialmente, sólo la dimensión en verdad admirable de ese otro.

Ante la cuesta abajo. La vanidosa conciencia de que ya no vas a hacer nada de interés. Que tu período de rendimiento ha pasado, que ya notas la cuesta abajo, que toca retirarse y dejar paso. Acertada o no, ésa es por momentos tu sensación y no se dejará rebatir. Probablemente comparezca en la vida de todos, al menos en la de quienes tenemos el prurito de la autosuperación; ¿o es más bien la manía de entablar la competencia con el rival con quien nos comparamos? Resulta lo de menos. Lo que importa es conservar siempre la capacidad de disfrutar de los productos del pensamiento o del arte de otros y agradecerlo como una virtud propia de la humanidad y un regalo que se nos hace. Es decir, la capacidad para embridar la envidia y trocarla en pura admiración. ¿Pura? La admiración se decía en griego *emulación* y la emulación significa disputar a otro la prevalencia en el mérito y los honores. Siempre anda el yo de por medio y seguramente no puede ser de otra manera.

Agacharse y empinarse. De Emerson: «Casi todas las personas se agachan para encontrarse». Creo comprender lo que quiere decir, pero evitemos los malentendidos. Tal vez sean muchos, desde luego, los hombres que achiquen su propia estatura a fin de acercarse a otros y sentirse aceptados por el grupo. Es ley de psicología colectiva que los individuos medianos se reúnan en el término medio, que prefieran instalarse en la mediocridad y en el mundo de los *normales*. Pero seguro que son más aún los que no requieran ningún esfuerzo para rebajarse, porque no destacan por su estatura o porque han aprendido a vivir con la cabeza baja.

Por el contrario, hay otros —los mejores, sin duda— que saben encogerse un tanto para que los demás no se sientan humillados, y así acomodarse provisionalmente a las preferencias y usos más generales,

que es una actitud voluntaria de almas grandes (una forma de compasión que el mismísimo Nietzsche celebra). Tampoco cabe olvidar, en fin, que algunas personas acaban descubriendo a esas mejores precisamente porque deciden empujarse sobre sí mismos; ocurre cuando admiramos a alguien que nos aventaja y nos incita a imitarle. Seguro que el admirado deberá agacharse para que los más bajos logremos aproximarnos un poco a su talla. Y ahí se revela ya una cierta sintonía entre nosotros, una comunidad que nos ennoblece a todos.

VIVIR BIEN PARA SEGUIR VIVIENDO

A fin de salvaguardar la vida durante todo el tiempo posible, la receta parece fácil y a la mano: que no falten ganas de vivir. Lo que apenas se tiene en suficiente consideración es que esas ganas no se inventan ni se nutren a voluntad, que no siempre dependen de uno mismo. Hay que vivir ya relativamente bien si queremos gozar de ánimos para seguir viviendo. Y ese nivel básico del vivir atañe primero al mero bienestar orgánico. Puede haber proyectos o planes en marcha, tareas por culminar o proseguir, personas con las que conversar, lugares por conocer y obras geniales con las que disfrutar. Se diría que cada uno de esos capítulos bastaría para estimular el afán de permanecer en el mundo despreciando la edad que figure en nuestro documento de identidad. Es falso. Como falten los apoyos más básicos, todo se viene abajo y ningún quehacer conserva su atractivo más allá del subsistir a secas. Han sido varias las ocasiones en que a uno u otro amigo machacado por sus tumores les he expuesto con vehemencia las maravillas de Internet, capaces de auxiliarnos también en nuestra última etapa. Por lo escéptico de su reacción, supe que me equivocaba. Para acoger mi sugerencia, era condición previa que disfrutaran de una calidad de vida que les faltaba. No se puede vivir mejor si no se vive ya decentemente. Para dar tal paso, es preciso sobrepasar ese tono vital que amenaza con ahogarnos; para salir de sí y asomarnos fuera, hace falta que la obsesión por la

supervivencia de uno mismo nos deje algún respiro y hagamos un hueco para el otro y para lo otro.

El efecto Mateo. Tras muchas vueltas creo haber entendido el sentido de aquellas enigmáticas palabras de Jesús, lo que se conoce como «el efecto Mateo». Era aquello, se recordará, de que al que más tiene se le dará más todavía, mientras al que menos se le quitará hasta lo poco que tiene. Efectivamente, el que dispone de más (ya sea su riqueza económica o de cualquier otra índole) reúne ya también las condiciones para acrecentarla. Y, de modo paralelo, el que dispone de menos carece incluso de los requisitos básicos que le ayudarían a salir de su penuria; para empezar, las propias ganas de salir de ella, de modo que esa penuria crecerá. En definitiva, existe un umbral mínimo ya sea para aumentar la riqueza o para superar la pobreza. Pero amplíemos el campo de sus aplicaciones: sólo si uno es ya bastante honesto en el orden moral se siente inclinado a ser mejor todavía; cuando uno no lo es tanto, la mínima ocasión puede empujarle a desistir y ser peor.

¿UN AÑO MÁS O UN AÑO MENOS?

Hoy he cumplido 66 años: ¿tengo un año más de la vida que ya he vivido o un año menos de la que me queda? Al margen de lo que me pida el temperamento, me pregunto cuál de las dos expresiones alternativas es más acertada. Verdaderas son ambas, cada una significa el complemento de la otra, ésta la inversa de aquélla. Pero si busco discernir cuál resulta más acorde con la idea de humanidad, habría que escoger la primera, y así lo hacemos de ordinario. Lo que debe importarme es que hoy he ganado un año completo más de existencia *humana*, no de una existencia cualquiera. Que éste ha sido un año de adquisición y disfrute de más conocimientos, amistades, bellezas, reflexiones, emociones, éxitos..., frente a los cuales los disgustos y fracasos ya no cuentan o cuentan menos.

Ha sido, desde luego, un año que se me ha concedido de más con respecto a quienes vivieron menos, y éstos forman la mayoría de los seres humanos que me han precedido. Y, por si hiciera falta recordarlo, otro año de vida frente a esos seres «posibles» que ni siquiera han salido ni saldrán a la luz de la Tierra. Ya sólo por eso, soy un privilegiado. Casi todos los días soy consciente del favor recibido cuando me comparo además con los muchos millones que se hunden en la desgracia y en el desamparo. Pero eso no es todo, y tal vez ni siquiera lo principal. La naturaleza primero y luego mi educación, amén de los míos, me han regalado múltiples dones inmerecidos —porque no son producto de mi esfuerzo— de los que he sacado provecho. De todos estos beneficios he tenido un año más. Surge aquí, con todo, otra paradoja: ¿no parece que, a mayor riqueza vivida, más desgarrado el lamento por la inminencia de abandonarla? Según eso, para reducir al mínimo la inquietud ante la muerte, ¿deberíamos preferir una existencia ejemplarmente malograda...?

LAS TORNAS CAMBIAN

Que a cada día le basta su afán (o trae su preocupación, como también se traduce). Eso me viene a la cabeza cuando observo cómo de ayer a hoy las circunstancias han cambiado y alumbran otras facetas más amables de aquel tipo a quien dabas por perdido. Pese a aparatosas evidencias, por fortuna las situaciones no vienen de golpe ni las personas tenemos un solo rostro. Cuidado, pues, con los veredictos definitivos o con las rendiciones ante lo presuntamente irremediable, porque las tornas cambian y nada está marcado ni escrito para siempre. La esperanza, por mucho que otros la denigren, es una compañía que nunca nos deja ni podría dejarnos. Quien no se cansa de repetir «ya lo he hecho todo en esta vida», «lo he visto todo» o «no espero nada de los hombres», además de necio, está llamando a la muerte.

ESPERANZAS PENÚLTIMAS

Pues ya está, se dice uno de vez en cuando. La vida ha valido la pena: he conocido a estas personas, he llegado a intimar con estas otras, me ha pasado tal o cual cosa, he disfrutado con lo de más allá. ¿De verdad mi vida habrá merecido entonces sufrir tantas penas contrarias a estas alegrías? Hoy creo sinceramente que sí. Quizá porque lo mismo alegrías que penas son las de un ser humano, tan por encima de cuanto le sucede a cualquier otro ser vivo. Pero también porque, dígame lo que se diga, deben de sobreabundar los gozos sobre las sombras y la esperanza sobre la desesperación; de no ser así, ¿por qué insistiríamos en seguir viviendo? No será sólo por la incertidumbre ante el más allá ni porque confiemos en que algún día el mal definitivo, nuestra extinción, será vencido. No nos calienta el menor rescoldo de semejante esperanza última, pero las *esperanzas penúltimas* reúnen ya el bien máspreciado de nuestra vida. Sería muy grave que fuéramos incapaces de distinguirlas ni apreciarlas en lo que valen. Los momentos amargos, al reducirnos a puro dolor, miedo y oscuridad, pueden privarnos de toda lucidez y sentido de equilibrio, hasta del más leve recuerdo gratificante. Claro que la duda prosigue su labor de zapa: ¿y por qué no han de ser estos últimos momentos —nos preguntamos en silencio— *más verdaderos* que los anteriores...?

Vivir = desear = esperar. Vivimos gracias a nuestra esperanza y, deberá añadirse, por lo que esperamos y tanto cuanto esperamos. Ya se entiende que ese «vivir» es lo opuesto al mero «sobrevivir» (o a aquel más castizo «ir tirando»): sobreviven sólo quienes carecen de esperanza propiamente dicha. Es lo mismo que decir que vivimos como humanos en la medida en que planeamos lo que ha de venir. De manera que gozamos del presente porque nos atrae un futuro en que llegará o se cumplirá el objeto de nuestro quehacer. Resulta irrelevante que ese proyecto se culmine, porque lo que importa es que haya desempeñado la función de inyectar vida a cada momento de su transcurso. Seguro que, en el peor de los casos —el de la decepción o el fracaso de lo previsto—, con tal de seguir deseando, sustituiremos

la frustrada anterior por una nueva esperanza.

Esperar es lo mismo que desear, no puede darse lo uno sin lo otro. Vivir es tener deseos de vivir y razones de esperar; pero también, claro, temor de que esos deseos y esperanzas no se satisfagan. Por eso sorprende que haya críticos de la esperanza, como si siempre hubiera que confundirla con la cristiana o naciera de alguna otra creencia en el mundo de ultratumba. Tomada en serio, esta esperanza religiosa es el reverso de todas las demás, precisamente por pretenderse absoluta. La esperanza es la versión positiva del miedo y el miedo la cara negativa de la esperanza. Es cierto que al final llegará la desesperación. De momento, basta decir que aquélla forma parte esencial de nuestra condición humana, un componente crucial de nuestra fragilidad. Tanto es así, que la esperanza está en cuanto hacemos y emprendemos; ella es como el *humus* de nuestra existencia. Nada empezaríamos si no confiáramos en su éxito, sea éste cual fuere, mayor o menor, espectacular o anodino. Sin ella, no resistiríamos en pie ni un segundo más, a lo sumo nos dejaríamos arrastrar por la existencia como una hoja por la corriente del río. Sin anticipar el futuro, y un futuro alentador, el presente perdería su poder estimulante.

Hay tantos motivos para desesperar (tantos cuantas formas adopta la desgracia) que resulta milagroso que muchos sigan aguardando el amanecer de otro día, como si la jornada siguiente fuera a traer alguna novedad halagüeña. O sea, que mantengan la esperanza. Claro que es difícil discernir si bastantes individuos viven o sobreviven y duran, si tienen esperanza o simplemente están a la espera: todo depende de la intensidad y amplitud de sus objetivos. Por orondos que caminen, tal vez sean nada más que moribundos incapaces de albergar aspiraciones de algún fuste. Cuando vamos para mayores, comprendemos mejor la disminución de los deseos entre la gente, su rebaja en cantidad y calidad, hasta quedar reducidos a unos pocos y elementales. Se está a

la espera de lo de siempre o de la muerte.

Así que, a fin de cuentas —repito—, se impone la desesperación, cuando ya no hay miedo ni esperanza. ¿Quiere eso decir que la expectativa previa ha sido una pura quimera? No tiene por qué serlo si desde el principio ha sido franca consigo misma: sabe que es una esperanza *penúltima* que, más pronto que tarde, se topará con la nada última. Se engañaría si se empeñara en suponer que, tras vencer en otras ocasiones la tentación de desesperar, va a salir triunfante de su último embate. Pero sería de necios prevenir y lamentar a cada momento lo que sólo tendrá lugar en la estación término. Como la esperanza no es confianza absoluta, sino renovada a cada instante, sólo saldremos defraudados si la investimos de esa absolutez. Esperanza es confiar ante todo en la salvación de cada día o de cada empresa, no en la definitiva. En realidad, esa esperanza en una salvación terminante nace de descreer de la potencia contenida en cada ser humano y en la suma de sus creaciones. Esperamos tanto del Más Allá porque desesperamos demasiado del Más Acá.

Mientras hay esperanza, hay vida. También para el viejo parece mejor una vida con moderadas preocupaciones, quehaceres y compromisos que una vida deficitaria en todo ello. Esta última versión no sería vida lo bastante humana. Su riqueza dependerá de aminorar en lo posible los desgarros de nuestra despedida, de prolongar y amueblar esa espera con la ilusión y el quehacer del día siguiente. Son otras esperas que nos permiten entretener mejor la espera final. Mientras hay vida hay esperanza, se dice; pero no vale menos decir que mientras hay esperanza (o esperanzas) hay vida.

Habrà que sopesar, con todo, el valor de esas esperanzas para así medir también mejor el valor de esa espera última. No vaya a ser que quien ha soportado en su vida con resignación o indolencia largos paréntesis vacíos ignore cómo ocupar el paréntesis definitivo. Uno no

recomendaría nunca al anciano su «merecido descanso» ni calificaría a su edad como la de la calma ni con los demás tópicos que la adornan. El único descanso y la sola calma que debe admitir son los que el endurecimiento de sus arterias y demás achaques le prescriban, pero ningún otro que la sociedad le dicte conforme a los prejuicios reinantes. Ya llegará la hora, no la adelantemos.

Esperanza contra experiencia. Por más que la vida nos vaya enseñando que las situaciones más o menos placenteras no son perpetuas, que no pocas personas acaban decepcionándonos con frecuencia, seguimos aguardando que perdure lo bueno que afortunada e inopinadamente se nos depara. Siempre una esperanza tenaz contra la tenaz experiencia. Llega una buena temporada, ni siquiera digo unos buenos tiempos, y damos por seguro que será eterna. Pasamos un día estupendo y nos forjamos el supuesto de que los siguientes continuarán la misma tónica. Conocemos a una persona encantadora y, aunque hasta ese día nos devore el desengaño acerca de la condición humana, no dejaremos de confiar en que su compañía seguirá a nuestro lado tan espléndida y gratificante como entonces mismo.

Lo fácilmente que renacen las ilusiones, a pesar de que la experiencia reiterada nos muestra que son eso, ilusiones. La realidad, tan terca, nos revela una y otra vez que no cabe esperar demasiado, que no podemos impedir esa desgracia, que la situación no ha variado..., pero la menor lucecilla basta para alumbrar de nuevo una vía de salida, el camino salvador. Otra vez seguramente fallará, pero otra vez más volverá a prenderse la llama. A poco que adivinemos una aparente novedad, rebrotará la esperanza de que vendrán tiempos mejores. En realidad, apenas habrá elementos novedosos que permitan aguardar el éxito. Es sólo nuestra necesidad de que todo se enderece lo que resucita esa expectativa, nuestro deseo de superar el trance y su pena, de remontar la cuesta como otro Sísifo. Como sólo podemos saciarnos con la felicidad, estamos destinados por fuerza a la desgracia. Somos

arqueros apuntando a un blanco fuera de nuestro alcance. Todo eso es verdad, pero ¿acaso no son esa fe y esa esperanza elementos imprescindibles para vivir como humanos? (Y el eco responde con otra interrogación: ¿estás diciendo entonces que el hombre es por naturaleza un ser iluso, que vive de ilusiones...?)

Querer, esperar, aguardar. Quien quiere poco, poco puede temer o esperar. Cuando un gran empeño nos ocupa la vida, ése nos marca los caminos y desencadena las energías que tiran de nuestra existencia. A poco atrayente que sea nuestro objetivo, ganamos en largura, anchura y profundidad de vida al margen de que ese proyecto finalmente se desvanezca o tropiece con un muro infranqueable. Pero esta misma eventualidad nos hace depender en gran medida del favor de los demás, como mendigos supeditados al humor o las prisas del transeúnte. Nunca he entendido a quienes no se atreven a pedir un favor por miedo a recibir una negativa o por un orgullo entre ridículo y luciferino. Siempre lo he tomado como un síntoma de que no lo ansiaban lo suficiente.

NOS SALVA LA FE DEL OTRO

La fe no consiste sólo en creer lo que no vemos. La fe no toma sólo a un Dios y a su Providencia por objeto, sino también al ser humano y sus proyectos. Por eso estriba no menos en creer y esperar *contra* lo que estamos viendo, o frente a lo que la mayoría cree y espera, o a pesar de toda suerte de impedimentos y derrotas. La fe del hombre es sobre todo fe *en* el hombre: esto es, confianza en uno mismo y en los demás, en las posibilidades de la Humanidad. Podemos vivir sin aquella fe religiosa, pero no sin esta otra mundana. La falta de esa fe representa probablemente la mayor y más frecuente de nuestras ingratitudes. Olvidamos que vivimos gracias a la fe de otros, a la confianza que algunos hace tiempo depositaron y otros aún depositan en nosotros. Si no, ya nos habría abandonado la fe en nosotros mismos y estaríamos

literalmente perdidos. Vivir es creer en todo eso. Vivir como viejos es además creer que otros nos acompañarán en la trágica peripecia que nos aguarda y nos ayudarán a sobrellevarla.

EL ANIMAL ESPECIALÍSIMO

¡Qué empeño en apariencia tan absurdo el de querer seguir ideando proyectos cuando los que lleguemos a plasmar se desharán bajo el golpe que los deshace a todos! Pero lo propio del hombre es esperar contra toda esperanza última. Sólo por eso merece atención y cuidado como un animal especialísimo.

NOS INCORPORAMOS EN NUESTRAS COSAS

Con cierta frecuencia se nos revela un apego a las cosas cuando nos toca prescindir de ellas. Hay en ello una especie de animismo: el traspaso de nuestros propios sentimientos a algo inanimado, una necesidad de agradecer su presencia o sus servicios y de acariciarles. Sin pretenderlo les hemos prestado nuestro propio ser, reconocidos a su asidua compañía. Parece un modo de despedirse de esos años de la vida de uno que ya no volverán, de aferrarse a uno mismo en la figura del objeto —pongamos un viejo automóvil— que nos ha albergado y desplazado en momentos ordinarios o inolvidables.

Las cosas pueden así encarnar emociones, recuerdos, deseos. Esos objetos que durante más tiempo han sido nuestros, los que más hemos manipulado, pueden acabar siendo como otro órgano propio en forma de cosa. Probablemente arraiga en el afán de permanencia que ahora fijamos en alguna cosa nuestra. Renunciar a esa propiedad, perderla, dañarla, trocirla por otra... son otros tantos recordatorios de nuestra contingencia: nos desgastamos o nos vamos con ellas. Es curioso que pueda establecerse semejante avenencia entre personas y cosas, que pueda darse entre ellas tal grado de afinidad. Parece inexplicable que un objeto llegue

a ser parcial portador de mi personalidad, que esa cosa —al fin y al cabo un trasto, una mercancía—, se convierta en otra atadura a la vida. Seguramente se trata sólo de un vínculo del sujeto consigo mismo mediante un rodeo a través de su propiedad. O también de ese mismo vínculo subjetivo con ocasión de contemplar la «muerte» del objeto como una prefiguración de la propia. Nos vamos quedando en las cosas, igual que las cosas van metiéndose dentro de nosotros mismos y contribuyendo a forjarnos. Tal vez otras cosas parecidas sirvan igual, pero estas más sólo me sirven a mí. ¿Que ellas me dejan?; pues me quedo más solo y desamparado. Cuando a su manera se mueren, me muero también un poco con ellas.

CONTRA EL MIEDO Y LA ESPERANZA

Bobbio reniega de las dos habituales actitudes ante la muerte. «Contra el miedo actúa el *taedium vitae*, que hace de la muerte una meta no temible, sino deseable. A la esperanza, que puede socorrer al sufriente en situaciones que parecen desesperadas (...), se opone el *cupio dissolvi*, o sea el deseo de desmoronamiento, de no ser». Confieso que me cuesta imaginarme afectado por la primera actitud. Mejor dicho, me parece que de ese tedio no sólo es responsable el declive en nosotros de la naturaleza desgastada y los achaques e incluso las abundantes pesadumbres, sino principalmente uno mismo. Puedo experimentar más o menos la congoja y la desesperanza del anciano, pero de momento no el *aburrimiento* de la vida, salvo que haya muerto el deseo. No apostaría fuerte a mi favor, sin embargo, porque bien podría ocurrir que éste fuera otro modo de precaverme frente a un estado de ánimo que probablemente un día me parecerá insoslayable...

LA VALENTÍA COMO REQUISITO

Con la llegada de los años uno advierte con claridad que la valentía se encarama en nuestro interior como la suprema virtud; de hecho, la

primera y el requisito de todas las demás. Debemos comenzar por *atrevernos* a ser virtuosos, o sea, fuertes. La misma valentía que sin duda se adhiere a cualquier otra muestra de la excelencia humana exige una valentía previa: el coraje de ser valientes. No consiste en haber eliminado el miedo, sino en doblegarlo; y no de una vez y para siempre, sino provisionalmente y hasta su próxima acometida. Al fin y al cabo, el valiente es un experto en peligros y por eso el más proclive al miedo, pero también el que sabe que lo humano se muestra al desafiar algunas de las inapelables reglas de la naturaleza y las muchas convencionales que nos agarrotan. Lo natural es temer a la muerte, tener miedo del más fuerte; lo antinatural o lo propiamente humano, en cambio, temer al temor mismo que nos anula como seres libres. Sólo desde esa valentía como umbral de la humanidad empezamos a ser hombres. La sabiduría lo ha sabido siempre; la palabra más necesaria es la que le dice al niño y al hombre: «No tengas miedo». La superstición, que conoce la hondura y la universalidad de nuestros temores, nos ataca por ese flanco. Seamos más claros: lo peor nos viene siempre de ese miedo.

TENACIDAD CON LOS LÍMITES

La tenacidad es virtud que algunos atesoran. ¿Pero hemos pensado que practicarla requiere —con lo que eso cuesta— toparse día tras día con los propios límites, reconocer que lo son y hacerles frente? Por de pronto, hay que obstinarse. ¿Cuántas veces se obtienen las cosas, contra todo pronóstico, nada más que por empeñarse en que sucedan como uno ha resuelto? El secreto radica en la intensidad del aguante y esto remite a la potencia de su deseo originario. Ninguna cesión es inocua: basta pronunciar indebidamente «no puedo» una sola vez para que la flecha del deseo apunte al fracaso.

Es innegable la facilidad con que el individuo medio se conforma con los prejuicios del grupo acerca de qué sea posible o imposible, a menudo sin esbozar siquiera la menor prueba. Conviene, con todo, sospechar de las

propias sospechas. Pues no faltarán coyunturas en que la mayoría grupal tenga razón y la prudencia acumulada por la Humanidad no deba confundirse con la cobardía. Los héroes de carne y hueso a veces ganan, pero pierden en tantas o más ocasiones, y les veneramos por haber alcanzado la meta o pugnado con fervor por ella, pero no cuando su desafortunada empresa ha probado ser fruto de su obcecación o intransigencia. El realismo no siempre es un vicio, como tampoco el heroísmo es siempre una virtud.

SALVADOS POR MINUTOS

En la vida de todos —pero más entre los mayores— hay días que sólo se salvan por algún detalle, de última hora o de primera. Son días mustios, vacíos, sobrantes, jornadas que pueden hastiarnos de la vida. Si entonces uno se encuentra con algo bueno que hacer, si te reclaman un acto o una gestión que favorece a alguien en apuros, y respondes a ello, ese día al fin ha merecido la pena y ya no se precipita indiferente por el sumidero del tiempo. Han bastado unos minutos para redimir horas, como a menudo una sonrisa recompensa jornadas de tedio o malas caras. A B., por ejemplo, le bastan unas migajas de felicidad para olvidar la suma entera de pesares del día.

UNA PARADOJA APARENTE

Lo que puede quitarte la vida, también puede multiplicártela. Si la preocupación por el presente y futuro de un ser al que cuidas la vives con inquietud, no deja de proporcionarte tareas que cumplir, pensamientos que maquinan sin cesar justificaciones o procedimientos. En una palabra, lo que tiene todas las trazas de abocar al desánimo no para de alimentar esperanzas. Ya no albergas la menor duda de que sigues vivo y bien vivo.

AMAR EL DESTINO

El *amor fati* —que por su naturaleza sólo puede latir en el anciano— sería la prueba de fuego de nuestro deseo de vivir. ¿Estás dispuesto a sufrir de nuevo lo que has sufrido para disfrutar otra vez de cuanto has disfrutado? ¿Aceptarías *todo* a la vez, puesto que el goce se habrá aliado con seguridad al dolor? ¿Dirías, en suma, «váyase lo uno por lo otro» y ha valido la pena? Pues entonces, no sólo has vivido sino que estarías dispuesto a vivir de nuevo. Eres un anciano ejemplar.

EL HÁBITO DE TENER HÁBITOS

«Otro generador de vejez es el hábito: el mortífero proceso de hacer lo mismo de la misma manera a la misma hora día tras día, primero por negligencia, luego por inclinación y al final por inercia o cobardía (...). El hábito es necesario; es el hábito de tener hábitos lo que una debe combatir incesantemente si quiere continuar viva» (Edith Wharton). Es decir, preservemos la capacidad de modificar nuestros hábitos, de crearnos nuevas costumbres, no sea que nuestras manías nos agarroten cuando nos veamos obligados a afrontar situaciones inesperadas y a improvisar. O también cuando nuestra razón nos pida prescindir de usos letales para nuestro cuerpo o nuestro espíritu.

LA HUMANIDAD SOÑADA

Uno está a solas con su desgracia y su miedo, y otro le llama para infundirle ánimos y desearle su pronta recuperación. Es probable que, en cuanto acabe esa charla telefónica, al sufriente eso no le va a bastar y enseguida se quedará de nuevo a solas rumiando su desdicha. Pero, por el momento, le ayuda; el otro ha introducido un pequeño paréntesis en su angustia. La llamada sería como un anticipo de la soñada comunidad entre los hombres, que gracias a esa mediación se preocupa ahora de su suerte. Es posible que todavía no haya trazado una línea divisoria lo bastante marcada entre él, que se va, y quienes de momento nos quedamos. Más tarde puede hacerse explícita, y a lo peor entonces ya no

hallaríamos agradecimiento en caso de volver a interesarnos por él, sino más bien una desolación lindante con el resentimiento.

MENOS COSAS POR FUERA

Se dice que a quien va envejeciendo le pasan menos cosas y su vida social adelgaza. Es verdad, ser viejo es que a uno le pasen menos cosas... por fuera, pero no necesariamente por dentro. Mientras no naufrague en la demencia senil, el anciano puede estar lleno de sí mismo, literalmente ensimismado. Ese viejo ideal vuelve su mirada hacia dentro, seguramente hacia lo esencial, o sea, a lo que debe continuar de uno mismo. Sin agarres ni ataduras, salvo las imprescindibles, ha llegado el momento de arreglar cuentas consigo mismo. Es su negocio más arriesgado, el que más le importa. Así podría entenderse que bastantes viejos queden tal vez menos conmovidos por las partidas ajenas, las de los parientes o amigos que se van despidiendo. A lo que parece están menos afectados sencillamente porque esos difuntos iban ocupando ya menos espacio de su vida, absorbida cada vez más por las propias tribulaciones internas.

Del descentramiento a la concentración. ¿Por qué el longevo habitual se va retrayendo de tantas inquietudes generales que antes reclamaban su atención y su iniciativa para dedicarse por fin con mayor intensidad a su mundo más próximo y hasta singular? Si así fuera, ¿de dónde proviene esta necesidad de concentrarse en uno mismo? Quiero suponer que no se trata tanto del desengaño ante la vida, por ejemplo, de la frustración causada sobre todo por sus compañeros de ruta. Diría mejor que nace de la creciente conciencia de su pronta despedida y, con ella, del ascenso imparable de la percepción de su valor. Nada vale entonces más que el propio sujeto. Se reconocerá en ello el obsesivo propósito de Montaigne, a quien sólo interesaba estudiarse a sí mismo.

PREGUNTAS PARA MAYORES

Una pregunta inevitable en toda persona mayor: si muriera hoy, ¿cuántos me echarían de menos?, ¿quién lo sentiría de veras? Solamente una respuesta positiva fiable podría ayudarme a vivir, o sea, a posponer cualquier tentación de abandonar este mundo. Y esta otra interpelación complementaria de la anterior: ¿qué tareas apetecidas te quedan por llevar a cabo, en qué causas valiosas suspirarías aún embarcarte antes de irte de este mundo? O, expresado al revés, ¿qué te impide desear esfumarte ahora mismo?, ¿por qué no te marchas de aquí cuanto antes? Entre esos frenos que te detienen habría que incluir, en primerísimo plano, a ciertas personas a quienes quieres pertrecharles para el futuro y te hacen deseable tu propio futuro.

Salvar a los niños. Me asalta un pensamiento poco frecuente. ¿Estaría yo dispuesto a morir por otros, a ofrecer mi vida para que otro viva? Mi autoconciencia más inmediata me sugiere que tal vez la podría dar para salvar a un niño. El poder de la inocencia, seguramente. Pero la razón más honda de ese regalo sería no consentir que la muerte prematura les robe tantos años de experiencias y oportunidades. A ofrecerle mi vida me empujaría entonces lo que me parecería un derecho suyo —a vivir más tiempo— y un deber mío —por haber vivido ya lo suficiente—. Sería una especie de reparación de esa injusticia, de compensar semejante daño.

ACEPTAR LA CITA

«Lo peor no es envejecer; lo verdaderamente malo es que no se envejece» (Oscar Wilde). Al parecer el autor se refería a que no envejecemos por dentro y seguimos siendo los mismos, originando así una disociación entre nuestro ser real y nuestro incierto yo interior. Olvida, con todo, que ese comportamiento inmaduro también podría ser otro modo de envejecer, si bien el más irrisorio, porque sería de estúpidos resistirse a identificar los palpables signos de la muerte.

Así que una cosa es mantener rasgos del niño que fuimos, otra pretendernos perpetuos peterpanes. Envejecer como un ser humano (o sea, conforme a su dignidad) sería avenirse a la idea de la pronta desaparición de uno mismo, aun con la incredulidad que entonces nos invade. La aceptación de esa cita ineludible nos obligará a adelantar unas cuantas tareas que de otro modo quedarían inconclusas: los proyectos que queremos dejar como herencia, los gestos de amistad y amor que ya no debemos ahorrarnos, las reconciliaciones que todavía nos aguardan, las lecturas que aún nos permitirán descifrar algo más el misterio del hombre y del mundo antes de ausentarnos. Envejecer es un tránsito, el definitivo, pero con su propio ritmo, sus leyes y sus cometidos imprescindibles, tan privativos de la vejez como otros lo son de la infancia, juventud o madurez.

YA SIN MÁSCARAS

Más que ninguna otra fase de la vida, la vejez tendría que ser para cada uno la ocasión de la veracidad, de la comunicación sin dobleces ni engaños. ¿O no está claro que apenas queda ya tiempo de que estrechemos los lazos con los amigos y nos acerquemos a los adversarios? Parece llegado el momento de desvelar lo oculto y prescindir de disfraces, siempre que fuéramos capaces de confesar lo que nos avergüenza o afrontar el temor al desquite de esos a quienes hemos perjudicado...

Sin llegar a tanto, sería al menos el tiempo (¿cuándo si no?) de prescindir de los convencionalismos ordinarios y los tópicos más banales, de declarar que no damos crédito a unas cuantas insulseces que simulábamos creer. Seguro que en más de uno de estos desahogos acertaríamos, por mucho que tal vez disparatásemos en otros. Lo mismo viene a reconocer Marguérite Yourcenar: «La posibilidad de quitarse la máscara en todas las ocasiones es una de las raras ventajas que reconozco en la vejez». Hagamos, con todo, alguna observación cautelosa: ¿y por qué ese mismo

viejo, que en cada etapa de su vida pasada comulgó con tantos lugares comunes, no iba a comulgar ahora también con los estereotipos más gastados sobre la vejez misma?; ¿y cuántos habrían ya olvidado distinguir entre lo que en verdad le pertenece y lo que sólo pertenece a su máscara?

DOS CUIDADOS PRINCIPALES

La vejez, me dijo B. ayer, es la edad en que más debemos cuidar nuestra apariencia, por ser precisamente la edad en que el deterioro físico manifiesto puede provocar más repugnancia a los demás. Ha subrayado también que una tarea particular en esta etapa de la vida sería ocuparse de los camaradas de edad; precisamente porque, unos antes, otros poco después, pronto habremos de decirnos adiós. Yo añadiría que —aun desde una época más temprana— debemos cuidar en especial a los amigos, sobre todo para cuando más los vamos a necesitar: en la vejez.

LOS MALES QUE NO QUEREMOS

«No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero», nos confió San Pablo. Voy a suponer que el apóstol se refería al mal ordinario y no tanto al extraordinario, y así evito que la tesis que defiendo suene a brutal blasfemia. Pues, pese a tantas atrocidades del presente, me inclino a pensar que *por regla general* el mal entre los hombres es un producto involuntario o, para decirlo mejor, un resultado indirecto, colateral, casi casual. Mucho más todavía si destacamos el mal por consentimiento como una de sus figuras básicas. No creo tanto que busquemos premeditadamente hacer daño al otro como que nos importa ante todo el propio bien y, a menudo, a cualquier precio. De manera que con frecuencia no reparamos en el daño que de esa preferencia va a derivarse. Una por una, nos arrastra el desahogo, el apremio, la desidia inmediata..., pero el resultado puede llegar al horror. Así que cada uno de los males será tal vez reparable, pero la producción (o dejación) del mal es del todo irreparable, consustancial al ser humano.

Y en los breves intervalos en que nos dejan más libres las propias desgracias podemos ocuparnos de algunas ajenas. Sólo de las que afectan a los más próximos y durante poco tiempo. Es desazonante comprobar que nuestro altruismo no da para mucho más. No somos malos, no; somos sólo eso y estamos hechos de esa pasta.

¿AMISTADES ETERNAS?

Siendo alguien muy necesitado de amigos, me asombro de cuántos de ellos se han ido quedando por el camino. La conciencia me dice que así tuvo que ser. Unos debían desaparecer de mi vida y otros entrar en ella, y la razón residía en las diversas opciones que con los años íbamos tomando. A tales opciones, tales amigos principales y tales otros que bajaban un peldaño en la devoción o en el trato. Cierto que ha sido doloroso tropezarte con ése de quien te habías alejado y seguía reclamando pruebas de una camaradería ya imposible. En realidad, ¿quién había abandonado a quién? Para el que se queda detenido, quien avanza es el que se separa; para quien continúa su camino y prosigue su búsqueda como hasta entonces, es el otro, quien ya no quiere acompañarle más allá, el que se aleja precisamente por detenerse. Desde cada opción singular, ambos tienen razón. Eso sí, uno mira más lejos y el otro mira más cerca; aquél cree que lo principal está aún por conocer y hacer, el otro se conforma con lo ya sabido y hecho.

Por deseable que se pinte, y salvo valiosas singularidades, me cuesta entender que una amistad nacida en la adolescencia se mantenga indemne en la madurez o vejez. Tiendo a suponer que ese milagro sólo es posible bajo dos condiciones al menos: o bien en medio de unas vidas sin mayores aspiraciones, y entonces no veo mérito notable en esa duradera amistad; o bien en unas vidas que poco se exigen entre sí, y que me hacen dudar de que eso merezca llamarse amistad. Me extrañan esas eternidades amistosas que logran sortear los obstáculos que levantan las forzosas discrepancias, a la larga tanto más difíciles de evadir cuanto más grave

sea la materia puesta en juego. Apenas puedo comprender esas cenas o reuniones de los de siempre, donde siempre y como siempre; más aún, con un orden del día sobre lo de siempre. No estoy seguro de que la rutina o la costumbre deban aclamarse por principio como virtudes, porque pueden reflejar más bien el miedo a la soledad, a la nada. Oiga —ya me llega la réplica—, ¿y no ha pensado que esos ahora reunidos se proponen simplemente conmemorar que siguen vivos? Claro que lo he pensado y me sumo encantado al festejo. Pero ¿le llamaremos por eso amistad?

En resumidas cuentas, hemos ido optando por nuevas amistades al tiempo que languidecían algunas más primerizas. Era inevitable que, al inaugurar unas, nos alejáramos de otras. La pregunta es si las más recientes eran de mayor calidad que las otras o, sencillamente, las que la situación iba demandando a cada cual según sus pasos. Habrá que ser fieles a todas ellas, porque todas nos han forjado y endulzado la vida. Pero no porque hayan sido necesarias y gratificantes en su momento alojan para mí un valor equiparable ni me han marcado con la misma profundidad. Eso sí, todos ellos son los amigos que me he merecido, a los que más he cuidado y más me han cuidado a mí.

CONTRA LA LEY DEL OLVIDO

¿Por qué quienes vamos para viejos nos inclinamos, más que en ninguna otra época de la vida, a rememorar el pasado y a regresar a nuestra infancia o juventud? Caben varias explicaciones, aunque no sabría privilegiar ninguna de ellas. La adquisición de capas sucesivas de años, y el conocimiento de que el término se aproxima, nos empujan a viajar hacia atrás como si corriéramos en sentido contrario al avance de la catástrofe. ¿Pretendemos retrasarla o simplemente nos animaría un propósito instintivo de contemplar nuestro ciclo completo, ahora que va a terminar? En esta fase de muy probable desengaño ante ilusiones más o menos truncadas, la representación (enriquecida) de lo que al principio fuimos sirve de contraste que nos reanima. Un día no seré, pero hubo

otros días en que fui, y viví con los míos y hasta me sentí feliz. No es cierto aquello de que «cualquier tiempo pasado fue mejor», pero el dicho es fascinante..., aun cuando aquel pasado pudo haber sido tanto o más deficitario que este presente.

Enterados de que pronto no estaremos aquí, y que entonces seremos para otros asimismo una borrosa estampa, hurgamos en nuestra memoria para recuperar a quienes nos precedieron y hacerles justicia, una justicia anamnética o ejercida mediante el recuerdo. A lo mejor oscuramente intuimos que, si ahora nos olvidamos de nuestros antecesores ya desaparecidos, cuando nos vayamos nosotros —sus testigos más directos—, aquéllos habrán desaparecido del todo lo mismo que después nos sucederá a nosotros. Como no la humanicemos, la norma más inmediata que dicta la muerte es la del olvido para con los muertos; ese olvido que es la mayor injusticia que podemos cometer con ellos.

Rememorando. ¿Cabría decir que todas las generaciones están engarzadas entre sí por una cadena de afectos? No podemos reconocernos en antepasados más alejados en el tiempo, aunque sí en los de generaciones que también nos precedieron pero que ya estaban presentes en los inicios de nuestra trayectoria vital. Cuando menos lo esperamos, estos últimos recuperan su figura en nuestros recuerdos o en nuestros sueños. La historia fomenta la memoria de los grandes, pero de cada uno de nosotros depende el recordatorio de la legión anónima que forman los más pequeños. Sólo de éste o aquél retenemos su nombre, porque tuvo alguna pasajera presencia en nuestra vida, pero esa evocación circunstancial y hasta fortuita sería como un homenaje mínimo que les prestamos. Ése es el ejercicio al que se entregan afanosamente los viejos del lugar o los ancianos de la familia cuando en bastantes de sus conversaciones porfían en recordar a los que se marcharon para siempre. Lo que hasta ahora me parecía un entretenimiento sin demasiado sentido, lo va adquiriendo con los años.

AMOR AL (Y DEL) VIEJO

No hay antídoto más potente para la tristeza del viejo, como de cualquier ser humano, que el amor que le prestan los demás. Es lo que todos necesitamos y queremos, pero con mayor razón aún el cargado de años. Y es que su dolor o su tristeza están hechos de despedida, soledad y pérdida. También cuenta el amor del viejo hacia otros, claro está, pero éste es más difícil: por ser último y porque exige salir de sí cuando todo le pide atrancar sus puertas y ventanas. Para mi gran suerte, quiero y soy querido.

CUANDO LA VEJEZ SE HACE ARTE

«El arte de envejecer es el arte de conservar alguna esperanza» (André Maurois). ¡Ay, y cuánto desearía uno convertirse en semejante artista...!

A pesar de los pesares
Aurelio Arteta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la cubierta: J. Mauricio Restrepo
© Imagen de cubierta: Summer Retreat, 2005, Ron Bone (1950-2011), Colección privada, Bridgeman Images/Aci

© Aurelio Arteta, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2015

ISBN: 978-84-344-2295-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S.L.
www.victorigual.com